

UNA JEFA CON MUCHO *peligro*

AITOR FERRER

UNA JEFA CON MUCHO *peligro*

AITOR FERRER

Primera edición.

Una jefa con mucho peligro

©Aitor Ferrer

©diciembre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 1

“El mar lo cura todo. Menos lo que no se puede curar.”

No sabía quién dijo eso. Tal vez fue mi abuela Julia. O puede que lo leyera en una taza de esas que vendían en las tiendas de souvenirs en la playa de La Caleta. El caso es que la frase me rondaba en la cabeza desde hacía años.

Porque si algo había aprendido en estos últimos tiempos, y a base de palos, no de libros, es que había heridas que ni el mar ni el tiempo sabían cerrar. Que lo que te rompía por dentro a veces se quedaba ahí, flotando en el agua, esperando que bajases la guardia para volver a arañar.

Siempre había vivido en Cádiz. Aquí nací, aquí crecí, y aquí me había quedado. Porque, aunque a veces soñaba con perderme en otra ciudad, más grande, más anónima, más mía… algo me ataba a esta tierra. A este mar. A mi historia.

Mi casa estaba en el centro, en un ático con terraza que daba justo a la bahía. No era grande, pero tenía encanto. Muebles modernos mezclados con piezas heredadas, paredes blancas, suelos de parqué. Me gustaba el orden. Me daba paz.

Todo tenía su sitio: las mascarillas de algas en el baño, las muestras de laboratorio en una caja de cristal, las libretas con anotaciones en la mesa del salón, las plantas aromáticas en el balcón. Ese lugar era mi refugio. Mi búnker. Lo único que controlaba al cien por cien desde hacía un tiempo.

Porque había cosas que no se controlaban. Como el amor.

Estuve ocho años con Sergio. Ocho años creyendo que había encontrado al hombre perfecto: educado, simpático, trabajador, metódico, atento… Los domingos hacía café con leche como a mí me gustaba, dejaba notitas en mi bolso cuando viajaba, venía a las reuniones de la empresa con esa camisa blanca remangada que tanto me gustaba. Encajaba con mis padres, con mis amigas, incluso con Diego, que no soportaba a casi nadie.

Entró en *Salval* como jefe de expansión, con ideas nuevas que a mi padre le parecieron brillantes. A mí me costó cederle terreno, pero lo hizo bien, muy bien. Demasiado bien, tal vez. Porque, cuando una historia era tan perfecta… a veces lo era porque es mentira.

La verdad llegó una tarde de jueves, como llegaban todas las verdades que dolían: sin aviso.

Yo estaba en la oficina, revisando unas facturas. Mireia me llamó al móvil. Su voz sonaba rara, tensa, entrecortada.

—Elena… necesito que salgas ahora mismo al aparcamiento. Ya.

Allí estaba. Sergio. De pie, con una mujer morena a su lado. Y un niño de unos cuatro años y unos ojos verdes idénticos a los suyos que le llamaba "papá". Lo vi besarlos a los dos antes de subirse al coche.

Todo se desmoronó en tres minutos. Tres.

Después vino el resto: la confesión, el escándalo, las reuniones familiares, las lágrimas que no lloré en público, la rabia que sí grité a solas. Descubrí que Sergio llevaba casado desde hacía diez años. Que tenía un hijo. Que su mujer vivía en Madrid y él "trabajaba en Cádiz" de lunes a viernes. Que yo había sido su segunda vida. La de mentira. Aunque para mí era la única.

Lo eché de la empresa, de mi casa, de mi vida. Y cerré una puerta tan grande que aún hoy no sabía ni cómo volver a abrirla.

Desde entonces no había estado con nadie. Ni una noche loca, ni una copa de más, ni un roce, ni un "vamos a ver qué pasa". Nada. No porque no

pudiera. Sino porque no quería. No confiaba. Ni en ellos, ni en mí. Había aprendido a detectar la mentira en los ojos. Y la verdad… la verdad ya no me seducía.

Así que me volqué en lo único que podía controlar: *Salval*.

La empresa de mi familia nació hacía treinta y cinco años, en un taller chiquitito que mi padre montó junto a un viejo químico al que llamábamos don Anselmo, aunque eso le horrorizaba. Empezaron haciendo jabones con sal marina, barros de la Bahía y aceite de oliva. Mi madre los envolvía a mano con papel de seda y un lacito de cuerda. Yo ayudaba en verano, pegando etiquetas con una pistola de calor que quemaba como el demonio.

Con los años, fuimos creciendo. Ferias, nuevos productos, acuerdos con spas, clínicas, hoteles rurales… Incorporamos algas, abrimos un laboratorio, contratamos personal joven. Yo estudié Administración de Empresas en Sevilla, pero siempre supe que volvería. Y volví. Con una carpeta llena de ideas y una coraza que aún no me había formado del todo.

Ahora dirigía la empresa. Mi padre aún estaba involucrado, claro, aunque cada vez más desde la sombra. Decía que se jubilaría "el año que viene", pero ese año nunca llegaba, y yo lo dejaba estar. A veces me desesperaba; otras, lo agradecía. Tenía sabiduría y aún conservaba esa mirada que detectaba cuándo algo olía mal, incluso antes de que oliera.

Mi madre, Isabel, es otro cantar. Ella no trabajaba en *Salval*, pero lo sabía todo. Se lo contábamos todo. Era de esas mujeres que escuchaban con atención, que no juzgaban, que se preocupaban de verdad. Siempre tenía un consejo, una frase bonita, una receta con romero para el estrés. Se parecía a mí en los ojos y en lo terca. En lo demás, era toda corazón.

Cuando pasó lo de Sergio, me abrazó fuerte y solo me dijo:

—No se muere una de amor, hija. Pero de amor falso, casi.

Desde entonces, venía más por la empresa. Me traía táperes. Organizaba comidas. Hacía de mediadora entre mi padre y yo cuando discutíamos por alguna decisión. Y, sobre todo, me miraba con esa preocupación contenida

que dolía más que un grito. Sabía que no estaba bien del todo, pero respetaba mis silencios.

Y luego estaban ellas. Mis dos salvavidas.

Mireia, mi amiga del alma desde el colegio, compañera de juegos, cómplice de adolescencia, guerrera de copas y risas. Esa mujer era puro nervio, pura risa, pura vida. Trabajaba conmigo en ventas, y no había cliente que se le resistiera. Siempre tenía una frase divertida, un vestido nuevo, una cita fallida. Y un "amigo con derecho" con el que se acostaba desde hacía tres años, pero juraba que no sentía nada. ¿La verdad? Sí sentía algo. Yo la conocía mejor que nadie.

Por otro lado, Valeria, que era pura luz. Alta, elegante, fuerte. Era dueña de su propio salón de belleza, y cuando entraba en una habitación, todo el mundo se giraba para mirarla. Pero no siempre fue así, puesto que antes, cuando no éramos más que niños y adolescentes, fue Víctor, y cuando nos lo dijo por primera vez, Mireia y yo solo lloramos de emoción.

Su proceso fue largo, duro, lleno de lágrimas y soledad. Su familia le dio la espalda, pero nos tuvo a nosotras. Y ahora era una mujer brillante, libre, con estilo y con un corazón que no le cabía en el pecho. Me maquillaba para eventos, me peinaba para entrevistas, pero sobre todo… me cuidaba el alma.

A veces salíamos las tres. Íbamos al bar de siempre, al de Titi, pedíamos vino blanco y brindábamos "por los que no supieron ver lo que se perdían". Otras, nos quedábamos en casa, con mascarillas de *Salval* en la cara y una lista de *Spotify* que solo tenía nuestros temas favoritos. Nos reíamos, nos contábamos secretos y nos curábamos un poco cada vez.

Porque sí. Había aprendido a ser fuerte. A levantarme sola. A dirigir una empresa, a mirar de frente, a tomar decisiones duras. Pero a veces… cuando cerraba la puerta de casa y me quedaba en silencio, sentía ese hueco. El que dejó una mentira bien dicha. El que no tapaba ni el mar.

Y aunque no lo dijera en voz alta, a veces soñaba. Con algo distinto. Con alguien que no mintiera. Con volver a confiar. A besar sin miedo. A reír con las tripas.

Pero luego abría el correo y había pedidos pendientes, reuniones por cerrar, proveedores que exigían, informes que esperaban. Y se me pasaba. Porque no tenía tiempo para soñar.

Tenía una empresa que salvar.

Aquella mañana, el cielo de Cádiz tenía ese azul rabioso que solo aparecía cuando estabas de mal humor. El tipo de azul que parecía decirte: "Sonríe, anda, que estás en el paraíso", y tú solo querías mandar el paraíso a la mierda.

Entré en la sala de reuniones como siempre: puntual, con el portátil bajo el brazo, una carpeta negra llena de notas, el moño perfectamente recogido y la expresión seria que me había aprendido desde que dejé de fiarme de los "buenos días" vacíos, y allí estaban todos.

Mi padre, en su silla habitual de cuero, con las gafas al borde de la nariz, hojeando papeles como si fueran la Biblia.

Diego, el contable, que ya tenía cara de preocupación antes de que empezáramos. Carmen, mi secretaria, me dio un leve asentimiento desde la esquina, donde tomaba notas en su *iPad*

Y en el centro de la mesa, como una bomba con el temporizador encendido, el dossier de la oferta de inversión.

—¿Empezamos? —pregunté, sin sentarme aún. Sabía que en cuanto lo hiciera, no habría escapatoria.

—Llevamos ya unos minutos hablando —respondió mi padre con su tono neutro, casi diplomático, ese que solo usaba cuando venía algo que yo no iba a querer oír.

—Pues, que conste, que no estaba convocada antes de las diez —dije, sentándome finalmente, y respiré hondo. Sabía que ese día llegaría. Llevaban semanas dejándome caer indirectas.

"Necesitamos escalar." "Los pedidos crecen más que la producción." "Estás sobrecargada." "Hace falta una visión fresca… externa."

Yo fingía que no escuchaba. Porque sí, tenían razón. Pero no era el qué. Era el cómo. Y, sobre todo, el quién.

—Vamos al grano —dije, cruzando las piernas y mirando a mi padre directamente—. ¿Qué es esto exactamente?

Diego carraspeó y se adelantó un poco en su silla.

—Es una oferta preliminar. No vinculante, claro. Pero interesante.

Arqueé una ceja. Odiaba la palabra "interesante". Era como una chaqueta que no te quedaba bien, pero que te decías "no está mal".

—¿Y quién la hace?

—Se trata de *Morales Investment Group* —intervino mi padre, sin levantar la vista de los papeles—. Christian Morales, el hijo de Eugenio Morales, ¿te acuerdas?

Se me heló la sangre. Christian. Claro que me acordaba.

Diez años mayor. Vecino de mis abuelos. Aún podía recordar perfectamente cuando era una cría y él venía con su moto, con su risa descarada y su forma de mirarme como si supiera algo que yo aún no sabía.

Nos veíamos en reuniones de nuestros padres, en ferias del pueblo, en fiestas donde él era el hombre y yo solo "la hija de Rafael".

Luego se fue a Madrid, donde se hizo rico, según decían. Empresario de éxito, soltero empedernido. Una de esas figuras que salían en suplementos dominicales con frases como "rompedor" o "visionario".

Lo que no decían era que también era arrogante, controlador y que siempre quiso lo que no podía tener.

—No puede ser en serio —murmuré, cerrando el dossier con fuerza—. ¿Has traído una oferta de inversión de Christian Morales sin consultarme primero?

—No la he traído, Elena. Me la han presentado. Y no es personal. Son negocios —dijo mi padre, mirándome por fin a los ojos.

—Todo es personal cuando se trata de la empresa familiar, papá. Esto no es una empresa más. Es nuestra historia.

Diego intervino con cautela, como el que caminaba por una cuerda floja.

—Elena… con la previsión de crecimiento para el año próximo y la nueva línea masculina a punto de salir… no es descabellado pensar en un socio estratégico.

—¿Y por qué precisamente él? ¿No hay cientos de fondos verdes, sostenibles, éticos, internacionales? ¿Por qué Christian Morales?

—Porque conoce el sector. Porque ya trabaja con marcas naturales. Porque tiene una red de distribución brutal. Y porque… —Mi padre se detuvo un segundo, como midiendo—, porque ha mostrado interés desde hace tiempo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace casi un año.

El silencio que siguió fue espeso.

—¿Y me lo decís ahora?

Mi padre se cruzó de brazos. Su gesto era el de siempre que me ponía demasiado emocional: firme, contenido, paternalista. Lo odiaba.

—Porque sabíamos cómo reaccionarías.

—¿Y cómo queríais que reaccionara? ¿Con una ovación?

Carmen fingía mirar su Tablet. Diego tamborileaba los dedos. Nadie decía nada.

—Él no es de fiar —añadí, bajando el tono, pero con la voz firme—. No es alguien que acepte estar en segundo plano. Si entra, querrá control. Querrá

decidir. Querrá cambiar la esencia. Y yo no estoy dispuesta a cederle eso.

—Lo que no estás dispuesta es a compartir —respondió mi padre con una dureza inesperada, y esa frase me golpeó como una bofetada. No solo por el tono, sino por el fondo.

—¿Eso piensas? ¿Que no quiero compartir? ¿Después de todo lo que he hecho por esta empresa?

—No se trata de lo que has hecho, hija. Se trata de hacia dónde vamos. Y si tú no eres capaz de ver que necesitamos avanzar… entonces tendremos que tomar decisiones.

La palabra "decisiones" flotó en el aire como una amenaza. No era una amenaza directa, pero lo conocía demasiado bien como para no leer entre líneas.

Me levanté despacio, cogí el dossier, lo metí en mi carpeta y miré a cada uno. Primero a Diego, luego a Carmen. Y, por último, a mi padre.

—Si vamos a avanzar, será porque yo marque el camino. No pienso dejar que alguien como Christian Morales venga a decirme cómo dirigir lo que yo he levantado con mis propias manos. Y si eso es un problema… entonces sí. Habrá que tomar decisiones.

Salí de la sala sin mirar atrás. Sentí la presión en el pecho, ese viejo enemigo que volvía cuando algo se tambaleaba. Caminé hasta mi despacho, cerré la puerta y me dejé caer en la silla respirando hondo.

—*Christian Morales* —dije con los ojos cerrados—. *Otra vez tú…*

Capítulo 2

Mi madre había hecho su clásico arroz con marisco. Ese que siempre le salía igual: ni demasiado jugoso, ni del todo seco, con ese sabor que solo ella conseguía, como si cada grano llevara siglos respirando aire de salinas. Yo lo tenía en el plato, pero no lo estaba probando.

Ella, sentada frente a mí, con las manos cruzadas en el regazo y la servilleta doblada con obsesión matemática, me miraba de reojo cada vez que pinchaba algo con desgana.

—Elena, hija, por favor, si vas a revolver el arroz como si fuera un sudoku… déjalo —dijo al fin, dejando su tenedor a un lado.

—No tengo hambre —contesté, aunque sabía que no era cierto. Tenía el estómago hecho un nudo desde por la mañana.

—Ya… —asintió—. ¿Reunión con tu padre?

—Ajá.

—¿Y qué ha hecho esta vez? ¿Ha vuelto a decirte que estás sobrecargada, que necesitas ayuda, que deberías delegar más?

—Peor —resoplé—. Ha traído una oferta de inversión. Formal. Con dossier y todo.

Ella arqueó las cejas, pero no parecía tan sorprendida como yo habría querido.

—¿Y eso es malo? —curioseó.

—¿Tú también vas a empezar con lo mismo?

—No empiezo, Elena. Continúo. Porque llevo años viéndote trabajar doce, catorce horas al día, cargar con la empresa como si fuera tuya sola. Y te admiro, de verdad, pero también me preocupo. No es pecado buscar apoyo.

—Una cosa es buscar apoyo y otra… venderle parte de tu casa a un desconocido —dije, empujando el plato hacia adelante—. Porque para mí, *Salval*, es eso. Casa. Y ahora parece que todos quieren reformarla sin preguntarme.

—¿Quién es el inversor?

—Christian Morales.

Silencio. Ese nombre sí que no se lo esperaba. Lo vi en sus ojos. Primero, sorpresa; luego, una especie de brillo nostálgico y, finalmente, sospecha.

—¿El hijo de Eugenio Morales y María Arenas?

—El mismo. Viene de Madrid, con su empresa de inversiones, su traje caro, su sonrisa de tiburón, y pretende… ¿Qué? ¿Aliarse con mi padre para meter mano en todo lo que hemos construido?

—Pero si le conoces desde que eras una niña —dijo mi madre, casi sonriendo.

—Precisamente. Le conozco demasiado. Siempre le gustó mandar, ¿te acuerdas? La abuela decía que le veía en el patio de su casa y él era el jefe hasta en los juegos.

Ella no respondió. Se limitó a sorber su agua con limón y mirar por la ventana de la cocina, donde las persianas bailaban con el levante flojo de octubre.

—Tu padre cree que es lo mejor —dijo, al fin.

—Mi padre cree que lo mejor es que yo me calle, firme papeles y le diga que sí a todo —solté sin pensar.

Ella giró la cabeza despacio. No estaba enfadada. Peor. Tenía esa expresión de madre que se sentía decepcionada y triste al mismo tiempo.

—No digas eso, Elena.

—Perdón —dije con un suspiro demasiado largo.

Volvió a hablar con suavidad, pero con esa firmeza que me desarmaba.

—Tu padre confía en ti más que en nadie, aunque no sepa expresarlo. Lo que pasa es que le cuesta aceptar que los tiempos cambian, igual que a ti. Y quizá, solo quizá… Christian no viene a destruir nada, sino a sumar.

—¿Y si se equivoca? ¿Y si nos hace perder el alma de la empresa? ¿Qué haré entonces, mamá? ¿Cómo le explico a los clientes, a nuestros trabajadores, que *Salval* ya no es *Salval*?

Mi madre se levantó despacio. Vino hasta mi lado y me acarició el pelo, como cuando tenía quince años y no quería ir a clase porque me había salido un grano en la frente.

—Si tú no eres capaz de proteger el alma de *Salval*, nadie más podrá hacerlo. Pero no lo hagas sola, cariño.

Me apoyé contra su pecho por un segundo. Solo uno. Porque después de dos años aprendí a no quedarme mucho tiempo en los abrazos. Esos siempre dolían si duraban demasiado.

—¿Crees que papá de verdad ha dado con la persona adecuada?

—Sí —respondió ella, sin titubeos—. Porque esa persona… eres tú.

Me mordí el labio. Ojalá me creyera la mitad de lo que ella lo hacía.

Esa tarde, Cádiz olía a pan caliente, humedad marina y café tostado. Un olor que me devolvía, sin pedir permiso, a mi yo de hacía años: cuando aún

no tenía responsabilidades, ni cuentas que revisar, ni ofertas de inversión que me quitaban el sueño.

Quedé con Mireia y Valeria en una de nuestras cafeterías de siempre, un pequeño local con paredes de ladrillo visto, plantas colgantes y camareros que sabían exactamente cuándo hablarte y cuándo dejarte en paz. Teníamos un rincón reservado con sofá y dos butacas viejas pero cómodas.

Cuando llegué, Mireia ya estaba sentada con su capuchino, en posición estratégica para ver entrar a todo el mundo.

—¡Por fin! —dijo, abriendo los brazos como si lleváramos un mes sin vernos, aunque nos habíamos cruzado en la oficina hacía dos horas—. Te has retrasado… ¿Todo bien?

La adoraba. Mireia era un poco más bajita que yo, curvilínea, de piel clara con pecas ligeras, cabello rubio oscuro, liso, algo por debajo de los hombros, ojos azules y labios generosos.

Siempre vestía con estilo moderno, colorido y le encantaba seguir tendencias. En cuanto a su forma de ser, era desenfadada, extrovertida, cariñosa, bromista, algo alocada, y tenía muy buen oído emocional para los demás, menos para ella misma. Y como mi compañera de trabajo, conocía todos los recovecos del negocio y siempre aportaba ideas frescas.

—Digamos que ha sido un día con sabor a empanada quemada —respondí, dejando el bolso a un lado.

Valeria llegó justo detrás de mí, impecable como siempre, con unas gafas de sol enormes y un pañuelo de seda que parecía salido de una editorial de moda.

Valeria era la más alta de las tres y tenía una figura estilizada, la piel morena clara, cabello rizado corto teñido con reflejos rubios ceniza, ojos marrones grandes y una sonrisa amplia que iluminaba cada rincón donde estaba.

Siempre vestía con gracia y tenía un gusto exquisito combinando estilos clásicos con toques vanguardistas. Era sensible, fuerte, auténtica, muy

empática. Tenía buen gusto por la belleza, pero no era superficial: valoraba la honestidad, la autenticidad, que las personas fueran lo que sentían, dado que ella misma había tenido que luchar mucho para definirse y ser aceptada.

Nacida como Víctor Cortés, creció con una familia muy conservadora. Desde joven sentía discrepancia con su género asignado al nacer. Al independizarse, ahorró, hizo terapia y luego la intervención. Fue un proceso doloroso: su familia le dio de lado, tanto sus padres como sus hermanos se volvieron muy distantes, y dejó de recibir apoyo emocional. Fue por eso que se refugió en nosotras, en su trabajo, en su pasión por la estética. Ahora estaba operada desde hacía unos años y tenía esa vida feliz que siempre deseó.

—Dios mío, acabo de terminar con una clienta que quería que le tiñera el pelo "color lavanda espiritual" —dijo, haciendo comillas con los dedos—. He tenido que disimular las ganas de teñírselo con lejía.

—¿Color lavanda espiritual? —Mireia estalló en carcajadas—. ¡Eso suena a *reel* raro de Instagram!

—Literalmente —respondió Valeria, dejándose caer en la butaca—. He buscado el hashtag y existe. Ojalá fuera mentira.

Reímos las tres y, por un momento, se me olvidó la tensión de la mañana. Por eso quedábamos. Por eso éramos un trío necesario. Porque incluso en los días más asquerosos, sabíamos reírnos del mundo… y de nosotras mismas.

—Venga, suelta prenda —dijo Mireia, bajando la voz con tono conspirativo—. ¿Qué ha pasado con tu padre? ¿Sigue emperrado en lo de buscar un inversor?

—No. Ya lo ha encontrado —solté, sin rodeos.

Ambas me miraron como si acabara de anunciar que me mudaba a Laponia a criar renos.

—¿Cómo? —dijo Valeria.

—¿Quién? —preguntó Mireia al mismo tiempo.

—Christian Morales.

Mireia abrió tanto los ojos que pensé que iba a atragantarse con el café.

—¿Christian Morales? ¿Ese Christian Morales? ¿El que tenía una moto negra y salía con futuras modelos y olía a pecado capital?

—Ese mismo —dije, dando un sorbo a mi café con leche—. Ahora es "socio potencial". Lo ha traído mi padre como posible inversor. Con dossier, números y seguro que una sonrisa de tiburón incluida.

Valeria chasqueó la lengua.

—Pues mira, yo no quiero decir nada… pero ese chiquillo estaba como un queso añejo de los buenos. Un poquito duro, un poquito salado… pero que da gusto.

—¡Valeria, por favor! —me reí, aunque por dentro sabía que tenía razón.

Mireia me miró con picardía.

—¿Y tú? ¿Te sigue poniendo nerviosa como cuando eras adolescente y se quitaba la camiseta en la piscina de tus abuelos?

—¡No digas tonterías! —protesté, aunque noté cómo me ardían las orejas.

—Uy, eso es un sí clarísimo —rio Valeria.

Me crucé de brazos, fingiendo indiferencia.

—Una cosa es que estuviera bueno, y otra muy distinta es que lo quiera metido en mi empresa.

—Bueno… tampoco estaría mal tenerlo metido en otro sitio —murmuró Mireia con su voz de diablilla, y las tres rompimos en carcajadas como si estuviéramos en primero de bachillerato otra vez.

Aquella risa fue medicina. De la buena. De la que no se vendía ni se formulaba. Por unos segundos, me sentí ligera. Como si todo lo que me

pesaba, todo lo relacionado con la empresa, los fantasmas del pasado y el nombre de Christian Morales, no existiera.

—¿Y sabéis qué? —dije, levantando mi taza como si fuera una copa—. Esta noche no quiero pensar en inversiones, ni en padres, ni en tiburones con trajes. Esta noche quiero desconectar.

—¿Eso es una propuesta indecente? —preguntó Valeria, entrecerrando los ojos con teatralidad.

—No sé si indecente, pero sí definitiva. Salimos. Las tres. Una copa. Ropa que no sea de oficina. Y nada de hablar de la empresa.

—¡Hecho! —dijeron al unísono.

Mireia sacó el móvil y empezó a buscar sitios. Valeria ya estaba planeando qué ponerse. Y yo… bueno, yo me sentí por primera vez en mucho tiempo con ganas de salir sin la coraza puesta.

Quizá no podía controlar lo que pasaba en *Salval*. Pero esa noche, al menos, podía controlar lo que pasaba con nosotras tres. Y eso, para mí, ya era una pequeña victoria.

Capítulo 3

Aquella mañana empezó como tantas otras, con la misma mezcla de estrés y determinación que llevaba impregnada en cada fibra de mi ser desde que había tomado las riendas de *Salval*. El sol de Cádiz se colaba tímido entre las persianas de mi despacho mientras repasaba las últimas cifras del informe trimestral, cuando mi padre irrumpió con su habitual energía y esa sonrisa de hombre que ya no estaba dispuesto a perder una oportunidad.

—Elena, cariño, tenemos que hablar —me dijo, con esa mirada que siempre usaba para convencerme de algo, y esta vez sabía lo que quería.

—¿Otra vez con lo del inversor, papá? —respondí, tratando de ocultar la irritación que me subía por la garganta—. Ya sabes que no quiero perder el control de la empresa familiar. No necesito que un extraño venga a meter las narices en lo que he construido.

Llevaba meses resistiéndome a esto, meses en los que pensé que mi padre se daría por vencido y seguiría todo tal como estaba ahora, que podríamos con todo como siempre habíamos podido. Pero su gesto me indicó que no iba a dejar pasar el tema.

Él suspiró, con la paciencia que solo los padres sabían tener cuando su hija era una cabeza dura.

—Lo entiendo, pero el mundo cambia, Elena. *Salval* no puede seguir creciendo si no tenemos apoyo. Y Christian es de confianza.

—¿Y si no lo es? ¿Quién puede asegurarnos que no va a venir aquí para hacerse con la empresa? ¿Quién nos asegura que no trae intenciones de absorbernos como te he oído decir mil veces que ha hecho? ¿Quién, papá? Porque yo no pondría la mano en el fuego por él.

—Es el hijo de un buen amigo mío; sabes que Eugenio me ayudó con muchos de los clientes que aún hoy en día tenemos. Christian es de fiar, Elena, es como de la familia.

—Ah, así que es como un primo lejano para mí o algo así, pues qué bien que me entere ahora —resoplé.

—Hija, no tienes que ponerte así.

—Me pongo como quiero, papá, porque me jode y mucho que este hombre pueda venir para querer quedarse con la empresa y tú quieras servírsela en bandeja de plata con una botella de *Moët & Chandón* bien fría para que lo celebre. ¿Es que quieres ceder la dirección a otra persona? ¿Es eso? —pregunté, entre enfadada y un poco histérica.

—¿Cómo puedes pensar algo así, Elena? *Salval* es tu legado, hija, es tu empresa y nadie va a quitártela.

—Eso espero, papá, porque si eso pasa… —Suspiré un segundo—. Si eso pasa, a mí me pierdes para siempre.

Mi corazón dio un vuelco cuando me anunció que Christian Morales, el hijo de su mejor amigo fallecido, un hombre al que había visto desde niña como parte del entorno de mi padre, vendría hoy mismo. Pero lo que yo recordaba de Christian no era precisamente confianza, sino una mezcla de arrogancia, encanto insolente y cierta distancia que nunca supe cómo romper.

Llegó la hora de la reunión. El salón principal estaba lleno de empleados y miembros del consejo, con un aire cargado de expectativas. Christian entró con paso firme, esa elegancia despreocupada que lo hacía parecer dueño del mundo, como si Cádiz fuera un simple rincón más de sus dominios.

Seguía siendo igual de alto que recordaba, solo que ahora se veía un poco más atlético, con un cuerpo trabajado, aunque no culturista, piel algo tostada

por el sol, cabello castaño oscuro con algunas canas muy sutiles repartidas por las sienes, los mismos ojos azules, la mandíbula bien marcada, una sonrisa seductora y una mirada intensa. Y no, el muy canalla no había perdido ese porte de hombre seguro de sí mismo que recordaba.

Cuando nos cruzamos la mirada, su sonrisa fue una daga clavada en mi orgullo. Él también me reconoció al instante, y su expresión cambió un momento, lo justo para que yo viera la chispa de diversión que le causaba verme tan tensa.

—Elena —dijo, saludando con una voz segura y un poco burlona—. Parece que los años no han hecho que pierdas esa mirada tan… ardiente.

—Christian —respondí, controlando la irritación—. Me sorprende verte por aquí. Pensaba que Madrid te habría tragado.

Mi padre intervino para calmar el ambiente, pero la tensión entre nosotros era innegable. Los demás asistentes notaban el choque, el choque de dos mundos que se habían conocido de lejos pero que ahora chocaban de frente.

Durante la reunión, Christian expuso con pasión su visión de futuro para *Salval*, mientras yo mantenía mi postura firme, defendiendo la independencia de la empresa. Pero en el fondo, algo en su voz me hizo dudar por primera vez.

Cuando la reunión terminó, el murmullo del grupo confirmaba que la chispa entre nosotros no era solo profesional. Era una mezcla peligrosa de respeto, atracción y rivalidad que ninguno quería admitir.

Aquel día, después de la reunión tensa y cargada de miradas, no pude evitar que mi mente viajara años atrás, a cuando era solo una adolescente curiosa y él, Christian, era casi una leyenda en mi pequeño mundo.

Tenía quince años y, aunque mi padre siempre lo trató como a un hijo, para mí Christian era un enigma. Siempre lo veía en las reuniones familiares, en las tertulias de negocios, en las cenas con amigos, pero nunca lo había sentido cercano. Tenía entonces unos veinticinco años, diez más que yo, y un aura de seguridad y misterio que me atrapaba sin que pudiera hacer nada.

Aún lo recordaba bien, de pie junto a mi padre en la terraza de nuestra casa, fumando un cigarro y charlando animadamente, con esa sonrisa encantadora que parecía capaz de conseguir lo que quisiera. Yo estaba escondida tras la puerta, escuchando sin que me vieran, sintiendo una mezcla de admiración y timidez.

Christian hablaba con mi padre sobre negocios, sobre proyectos, pero cuando dirigía la mirada hacia mí, su expresión se suavizaba. Como si viera a alguien frágil que quería proteger, aunque nunca se acercaba a mí lo suficiente para cruzar esa línea.

En ese tiempo, para mí él era el hombre que me mostraba un mundo que yo apenas podía imaginar. Tenía algo especial, un aura que me hacía soñar despierta, aunque también sabía que él era inaccesible, un poco distante, con ese punto de arrogancia que solo los que sabían que valían mucho podían permitirse.

Recordaba una ocasión en la que, siendo apenas una niña, me atreví a acercarme a él durante una fiesta en casa de mis padres. Christian estaba sentado en un sofá, rodeado de adultos, pero al verme me sonrió y me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Me habló de Cádiz, de sus viajes a Madrid, de sus planes. Nunca supe si realmente me prestaba atención o si solo disfrutaba de la atención de aquella joven fascinada por su mundo.

Para mí, era un sueño imposible, una especie de héroe que se mantenía fuera de mi alcance y, aunque él era amable, su mundo era otro, uno donde no cabía una niña como yo.

Aquellos años pasaron, y mientras yo crecía entre responsabilidades y desengaños, Christian se convirtió en un hombre de negocios que parecía invencible. Nunca imaginé que años después tendría que enfrentarme a él como un rival, ni que la tensión entre nosotros iría mucho más allá de lo profesional.

Capítulo 4

Dos días después de enterarme de que Christian Morales iba a ser el inversor oficial en *Salval*, la atmósfera en casa de mis padres se sentía diferente. No era solo la tensión habitual de un asunto importante de la empresa, ni la carga de la reunión del consejo familiar. Era algo más, un peso invisible que me oprimía el pecho y me hacía dudar de cómo iba a encajar aquel hombre en un círculo que durante años había sido solo nuestro.

La cena que organizaron mis padres y María, la madre de Christian, era formal, pero con un aire de cordialidad que intentaba esconder el trasfondo comercial. Había varios invitados, todos personas de peso en el sector y algunos amigos cercanos de la familia. A pesar de ello, para mí aquella velada tenía una carga personal muy distinta. Sentí que iba a ser un campo minado en el que cualquier palabra mal dicha podría explotar.

Al llegar, saludé a mi madre con un beso y un suspiro. Ella tenía ese aire sereno y comprensivo que solo una madre podía ofrecer cuando sabía que estabas pasando por un mal momento.

—Tranquila, hija. Todo saldrá bien —me dijo, casi en un susurro, mientras me apretaba la mano suavemente.

Tanto María como su difunto marido, Eugenio Morales, habían seguido en mi vida durante los años de ausencia de su hijo. María era de estatura media, algo rellenita, cara dulce, ojos marrones, cabello canoso recogido muchas veces y un estilo clásico.

Siempre llevaba vestidos de telas finas, aunque discretas. Tenía muy buena presencia, pero sin ostentación. Era una buena mujer, muy maternal, acogedora y muy amiga de mis padres. Sabía que siempre había querido lo mejor para su hijo, aunque, por lo que escuchaba cuando hablaba con mis padres, no entendía del todo su visión de las relaciones. Le dolía que Christian hubiera estado tan solo emocionalmente, pero también presumía de su éxito lejos de casa y de su ética de trabajo, asegurando que su padre estaba orgulloso del hombre en el que se había convertido, al menos, profesionalmente hablando.

Mi padre, como anfitrión, tenía una sonrisa firme y orgullosa, aunque sus ojos reflejaban cierta ansiedad. Sabía que la inversión era un paso necesario para la empresa, pero también sentía la incertidumbre de entregar parte del legado familiar a manos ajenas, y peor aún, a alguien como Christian.

Cuando entré al comedor, ya estaba casi todo el mundo sentado. Al fondo, entre otros, estaba Christian, impecable como siempre, con esa sonrisa que parecía no cansarse de seducir y esa mirada intensa que ahora me parecía un poco más peligrosa que antes. Mis músculos se tensaron al verlo, y el estómago se me encogió. Intenté controlar la respiración y tomar asiento.

Pero entonces, el destino se ensañó con nosotros y nos sentaron en la misma mesa.

No fue casualidad, claro. Mi padre había pensado que, poniéndonos cerca, podríamos empezar a limar asperezas y aparentar un ambiente de colaboración. Yo, en cambio, sentí que me colocaban en la línea de fuego.

Christian me miró con una sonrisa que no sabía si era de triunfo o de provocación. Le devolví la mirada, fría y desafiante, y asentí con un “buenas noches” seco.

La conversación comenzó con temas triviales, intentando disimular el pulso que se libraba en cada frase, en cada mirada. Mis padres y María, con su carácter conciliador, trataban de poner orden y marcar el camino a seguir para que la inversión fuera un éxito.

Pero no tardó en llegar el primer roce.

Christian, con esa habilidad que tiene para decir lo que quería con una mezcla de verdad y provocación, comentó algo sobre cómo veía la empresa. Dijo que *Salval* tenía un "potencial enorme", pero que "había que modernizar ciertas cosas", y que él estaba dispuesto a aportar "no solo dinero, sino experiencia y contactos para impulsar el crecimiento".

La frase sonaba inocente, pero a mí me llegó como un dardo. ¿"Modernizar ciertas cosas"? ¿Eso era un ataque velado a mi gestión? Mi piel se erizó, y aunque mantuve la calma, pude notar cómo mis ojos se clavaban en los suyos con una mezcla de desafío y reproche.

—Claro que modernizar es necesario —respondí, intentando sonar diplomática—, pero también hay que respetar la esencia y el trabajo que hemos hecho hasta ahora. No queremos perder eso en pos de un crecimiento rápido y desmedido.

Christian me sonrió, ladeando la cabeza con ironía.

—Por supuesto, Elena. Respeto eso, pero si no aceptas ayuda externa, la empresa puede quedarse estancada. No lo digo por ti, sino por el bien de *Salval*.

Sentí que el aire se espesaba. Algunos de los invitados comenzaron a prestar más atención a nuestra discusión velada. Mi madre, que estaba sentada frente a mí, me lanzó una mirada rápida, como diciendo "aguanta".

Pero entonces ocurrió lo peor.

En un intento de rebajar la tensión, Christian lanzó un comentario con un toque de humor, que, lejos de aliviar la situación, encendió una chispa inesperada.

—Bueno, Elena, al menos ahora no tendremos que preocuparnos porque las decisiones se tomen con el "corazón de madre". A veces, un poco de frialdad empresarial es necesaria.

El silencio se hizo pesado. Aquello fue como una puya delante de todos. Mi rostro se calentó y, sin poder controlarme, respondí con dureza.

—No sé si te das cuenta, Christian, pero aquí quien manda soy yo. Y la frialdad que veo en ti no es precisamente un ejemplo de buen liderazgo, sino de arrogancia y falta de respeto.

Un murmullo incómodo recorrió la mesa. Algunos invitados bajaron la mirada, otros intercambiaron miradas sorprendidas. Mi padre frunció el ceño y trató de intervenir, pero yo estaba demasiado enfadada para detenerme.

Christian se recostó en la silla, con una sonrisa cínica.

—Veo que no has cambiado nada, Elena. Sigues siendo igual de orgullosa que cuando eras una niña.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Por lo menos no soy alguien que viene a imponer su presencia con amenazas disfrazadas de ayuda.

La tensión era palpable, y aunque la conversación continuó, quedó claro que la velada se había convertido en un campo de batalla. Ni mis padres ni María pudieron hacer mucho para suavizar la atmósfera. Cada palabra estaba cargada de intención, cada gesto medido para no explotar en un conflicto mayor.

Al terminar la cena, me levanté sin esperar a los demás, con la sensación de que aquella noche iba a marcar un antes y un después en la historia de *Salval* y en la mía.

Salí de la casa de mis padres con el corazón todavía agitado, como si la tensión de la cena hubiera dejado una marca imborrable en mi pecho. El aire fresco de la noche gaditana me golpeó en la cara, y por un momento respiré profundamente, tratando de dejar atrás la mezcla de rabia, decepción y ese miedo sordo que me atenazaba.

No podía quedarme en casa, no aquella noche. Mireia estaba con Álvaro, su follamigo, y no quería molestarla en ese estado. Así que me dirigí directamente al piso de Valeria. Siempre había sido mi refugio seguro, la persona que me escuchaba sin juzgar, la amiga que sabía poner humor cuando más lo necesitaba.

Llamé a la puerta y, como esperaba, ella abrió con esa sonrisa franca que siempre conseguía arrancarme un poco de paz.

—¡Elena! Qué sorpresa verte tan tarde —dijo abrazándome con fuerza—. ¿Qué te ha pasado?

Entré dejando que el olor a jazmín y a chocolate caliente me envolviera. Me senté en su sofá mientras ella preparaba dos tazas.

—Ha sido una cena de negocios, Valeria —empecé, tratando de no hundirme en el tono dramático—. Ya sabes, de esas que terminan más pareciendo un ring de boxeo que una reunión familiar. Una maldita encerrona, vamos. Mi padre me dice que vamos a cenar en casa con unos conocidos, y resulta que me mete allí a Christian.

Ella soltó una carcajada y me tendió la taza.

—Me lo imagino. Cuéntame.

—No, créeme que no te lo imaginas —suspiré.

Y empecé a contarle lo ocurrido en la velada, con sus momentos tensos, las puyas de Christian, la bronca pública… y esa sensación de invasión que me había dejado.

—No entiendo cómo mi padre piensa que este hombre va a ser la solución. Yo llevo la empresa bien, ¿por qué necesitamos un inversor que venga a organizarnos la vida?

Valeria me miró con esa mezcla de comprensión y sorna que siempre tenía cuando quería darme una lección.

—Porque, cariño, aunque tú seas la reina del castillo, a veces hace falta un rey que ponga orden o dinero. Y ese rey, en este caso, parece que viene con capa y espada. Pero sabes qué, eso no significa que vaya a conseguirlo.

Yo reí, aunque con pocas ganas.

—Lo que me revienta es él. Siempre fue un enigma, ¿sabes? Cuando era adolescente, me parecía casi un héroe, casi inalcanzable.

Valeria arqueó una ceja divertida.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso lo sabías solo tú? Si mal no recuerdo… te morías por sus huesos años atrás.

—Lo admito —dije con una sonrisa cansada—. Cuando tenía diecisiete o dieciocho, Chris era como un misterio fascinante. Tenía esa seguridad, ese encanto… y aunque siempre supe que era mayor que yo y que él nunca me vería como algo más que la hija del viejo amigo de su padre, no pude evitar sentir algo.

Valeria soltó una carcajada y se dejó caer en el sofá a mi lado.

—Te recuerdo perfectamente. De hecho, hubo más de una noche cuando nos quedábamos a dormir en tu casa las tres, o en la de cualquiera de nosotras, que te escuché murmurar su nombre entre jadeos en sueños. Y si sigue estando tan bueno como le recuerdo… no me extraña que sigas mojando las bragas.

Volteé los ojos con una sonrisa y bebí un sorbo de mi taza.

—Está mucho más atractivo ahora que entonces, te lo aseguro. La última vez que le vi fue hace ya diez años, y estoy segura de que, si le conociera hoy por primera vez, se me caerían las bragas. Y no solo por el físico, sino por todo lo que transmite. Tiene un imán.

Valeria me miró divertida.

—Pues eso tienes que comprobarlo tú misma. Nada como el contacto directo para darse cuenta de cómo es alguien. Y si va a estar en la empresa, más te vale prepararte.

Suspiré y dejé la taza sobre la mesa.

—Lo sé, Valeria. Y me da miedo. Porque no sé si podré lidiar con él, ni con lo que representa. No es solo un inversor, es alguien que sabe demasiado,

que viene con su ego y su pasado… y yo no quiero que todo esto se convierta en una lucha constante.

Ella me cogió de la mano con firmeza.

—Escucha, Elena. Tú eres más fuerte de lo que crees. Y aunque Christian tenga ese magnetismo y esas maneras, tú eres quien lleva la empresa, quien conoce cada rincón de *Salval*. Nadie puede quitarte eso. Y si alguien intenta hacerlo, les muestras que aquí manda la mujer que ha hecho crecer todo esto.

Sentí que un peso se aligeraba un poco con sus palabras.

—Gracias, Valeria. No sé qué haría sin ti —confesé, abrazándola.

Ella sonrió y se levantó.

—Ahora, ponte cómoda. Quédate a dormir aquí esta noche, que mañana será otro día y lo necesitarás con la cabeza fría.

Asentí, dejando que el cansancio y la sensación de alivio me abrazaran mientras me acomodaba en su sofá. Pensé en Christian, en esa mezcla de admiración y tensión que me despertaba, y supe que la llegada de ese hombre no iba a ser fácil. Pero también supe que, con amigas como Valeria a mi lado, quizá podría encontrar la fuerza para enfrentarlo.

Capítulo 5

Había pasado ya una semana desde que Christian Morales Arenas, alias “el seductor moja bragas”, según Valeria, entró formalmente en la empresa. Los primeros días, pensé que podría manejarlo, que quizás la tensión se iría disipando con el tiempo. Pero no fue así. Cada día que pasaba, la sombra de la inseguridad se hacía más pesada, más opresiva. Era como si él trajera consigo un viento helado que me atravesaba la piel y me hacía replantearme todo.

Desde aquella reunión inicial en la que nuestras palabras chocaron como dos trenes desbocados, no había conseguido ver a Christian sin sentir una mezcla de irritación, temor y una frustrante curiosidad. Él tenía ese aura magnética que me descolocaba, y no por primera vez. Recordaba muy bien esa admiración platónica de adolescente que había sentido por él, y aunque ahora era mucho más consciente y adulta, esos sentimientos se colaban de forma sutil y confusa en cada interacción.

Temía que él fuese otro más, un hombre con encanto, capaz de hablarte con dulzura para después clavarte una daga invisible en el pecho. Me asustaba que usara ese don para manipular la empresa, para poner en peligro lo que había construido con tanto esfuerzo. Y, sobre todo, me aterraba que se convirtiera en otra decepción personal, un hombre que no merecía la confianza y que dañara no solo a *Salval*, sino también a mí misma.

Por eso, sin darme cuenta, comencé a distanciarme. Intenté mantener la frialdad en cada encuentro, evitando miradas prolongadas, sonrisas cálidas o cualquier gesto que pudiera interpretarse como señal de debilidad. Me encerré en mi despacho, extendí mis jornadas hasta bien entrada la noche y

multipliqué las reuniones con proveedores, los informes de calidad, las llamadas a distribuidores. Cualquier excusa era buena para no tener que coincidir con él.

Era un esfuerzo agotador, porque Christian estaba en todos lados. Su figura alta y elegante recorría la empresa con la seguridad de quien sabía que tenía el control, aunque yo me resistía a ceder ni un ápice. Pero él también parecía jugar un juego distinto al mío: no intentaba atacar frontalmente, sino infiltrar su presencia como si fuera una brisa que poco a poco iba colándose en todos los rincones.

Una de esas tardes me resultó especialmente difícil. Me encontraba en el laboratorio, revisando las fórmulas nuevas de un sérum antiarrugas, cuando Christian apareció inesperadamente.

—Elena —me saludó con esa sonrisa seductora—, ¿qué tal van esos nuevos lanzamientos? He estado revisando los informes y creo que podemos ampliar la distribución.

Asentí sin mirarle, concentrada en mis notas.

—Está todo bajo control. No hace falta que te preocupes.

Su ceja se arqueó con ese toque irónico.

—¿De verdad? Porque parece que últimamente estás trabajando demasiado.

Guardé silencio, sintiendo que su mirada se posaba en mí con un interés que iba más allá de lo profesional.

—No necesito que me digas cómo gestionar la empresa —respondí con firmeza, sin querer mostrar lo mucho que me afectaba—. Gracias por el consejo, pero yo llevo esto adelante.

Christian sonrió, divertido, y se alejó con esa seguridad que parecía no tener fisuras. Me quedé sola en el laboratorio, sintiendo una mezcla de rabia y vulnerabilidad que me costaba controlar.

Esa semana se había convertido en un torbellino de emociones encontradas. Por las noches, cuando me acostaba, la imagen de Christian seguía dando vueltas en mi cabeza. Recordaba aquel joven con quien había compartido la adolescencia, aunque desde la distancia, y me preguntaba si había cambiado tanto o si, por dentro, seguía siendo ese mismo hombre que siempre había admirado y al que ahora temía.

Intenté pensar en otras cosas, en la empresa, en las fórmulas, en Mireia, en Valeria, en mi familia. Pero la duda estaba allí, persistente, como una sombra que se negaba a desaparecer.

Mi relación con mis padres también empezó a reflejar esta tensión. Mi padre, aunque con su carácter tradicional, parecía apoyar la entrada de Christian como inversor y amigo de la familia. Mi madre, con su sensibilidad maternal, trataba de suavizar los ánimos, pero ninguno terminaba de entender la tormenta interna que me consumía.

En el fondo, me sentía sola, atrapada entre el deber y mis emociones, entre la necesidad de proteger la empresa y el miedo a abrir las puertas a alguien que podría romper más que barreras comerciales.

Los días se convirtieron en una rutina que no me permitía ni un respiro. Trabajaba hasta que las luces del polígono se apagaban, y volvía a casa con la cabeza llena de preocupaciones. La distancia con Christian se hacía más evidente, y no solo en la oficina. Evitaba las reuniones conjuntas, las conversaciones informales, y prefería centrarme en lo que podía controlar.

Pero, a pesar de todo, sabía que esa pelea no había hecho más que empezar. La llegada de Christian no era solo una cuestión empresarial. Era una prueba para mí, para mi fortaleza, para la mujer que había aprendido a no depender de nadie más que de sí misma.

Y, aunque no quería admitirlo, también había una parte de mí que, por más que intentara resistirse, seguía sintiendo una atracción contenida, una chispa de aquello que había sido en otro tiempo.

Una semana, solo una semana, y ya me estaba costando demasiado.

Mireia siempre había sido la que veía justo lo que hacía falta cuando menos lo esperaba. Aquella semana, cuando ya me había convertido en un ser huraño y absorbido por la empresa, me propuso sin avisar una salida nocturna. “Para que te distraigas un poco, que llevas cara de haber vivido una catástrofe”, me dijo con esa sonrisa traviesa que tanto echaba de menos. Valeria también estaría, y algunos amigos más. No podía negarme, aunque una parte de mí quería esconderse y seguir con la rutina de trabajo.

Acepté a regañadientes, con la sensación de que iba a pagar las consecuencias de salir de mi zona segura.

El bar estaba en pleno centro, un local con encanto y un ambiente cálido, luces bajas y música de fondo que invitaba a olvidar las preocupaciones. Esa noche me había propuesto olvidar y disfrutar, y para ello me puse un vestido negro hasta las rodillas que me encantaba, los botines negros y un maquillaje sutil, pero con los labios rojos destacando.

Mireia y Valeria ya estaban allí, riendo y charlando animadamente cuando llegué, y su bienvenida me envolvió en una calidez que hacía tiempo no sentía.

—¡Elena! —gritó Valeria al verme, y me abrazó fuerte—. ¡Por fin sales de tu cueva!

—Demasiado tiempo encerrada en la oficina he pasado —respondí, esbozando una sonrisa.

La noche fue ganando color y ritmo. Risas, bromas, copas y confidencias, y por un rato, conseguí desconectar del negocio, de Christian y de las tensiones que nos envolvían. Mireia, como siempre, era el alma del grupo, animándonos a bailar y a dejarnos llevar, y Valeria no paraba de hacer comentarios pícaros sobre mis supuestas preocupaciones.

Como decía mi abuela cuando aún vivía, la noche era joven y yo quería vivirla, bebérmela y bailármela hasta que el cuerpo y los pies aguantasen.

Por eso, cuando empezó a sonar *“Vivir mi vida”* de Marc Anthony, lo di todo bailando sin importarme un pimiento quién me estuviera viendo. Mireia, Valeria y los tres amigos de esta última, Jesús, Rodrigo y Miguel, se unieron a

mi baile y acabamos las tres pasando de uno a otro, riendo y gritando a todo pulmón cada una de las palabras de aquella canción.

Pero entonces, lo vi. Christian estaba allí. No en la empresa, ni en la sala de juntas, sino en un contexto completamente diferente. Le vi cruzar la puerta y, a pesar de mí misma, sentí que el corazón me daba un vuelco.

No llevaba traje ni camisa impoluta, sino una camiseta oscura que marcaba su cuerpo trabajado y unos vaqueros. Su sonrisa seguía teniendo ese poder, pero sus ojos, cuando me vieron, parecían sorprendidos y… sinceros, en un momento que me costaba reconocer.

Intenté mantener la compostura, apartar la mirada y no dejarme atrapar por esa corriente que aún nos unía, pero no fue fácil. Él se acercó con paso tranquilo, saludó a Mireia y Valeria, a quien debía recordar tanto como a mí, y al final se quedó junto a mí.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo, con esa voz grave que siempre había sentido como un imán.

—Yo tampoco —respondí, sintiendo cómo un cosquilleo se despertaba en mi estómago—. Pero supongo que a veces hay que romper la rutina.

—Cierto, y nunca hay que decir que no a una copa —y sonrió, el muy canalla sonrió de ese modo que…

Miré a Valeria, que sonreía mientras se pasaba la mano por la barbilla como si me dijera “límpiate la baba, bonita”, y resoplé volviendo a mirar a Christian, pero claro, aquello casi fue peor. Ese hombre era el mismo chico que recordaba de años atrás, pero había cambiado tanto, y para mejor, que era imposible no sentir… algo.

La conversación fue fácil al principio, ligera, con un toque de complicidad que me hizo bajar la guardia, aunque solo un poco. Hablamos de cosas sin importancia. De la música, el lugar, las vacaciones pasadas, de cómo nos había ido en esos años. Pero por debajo de todo, la tensión estaba ahí, latente, como una corriente eléctrica invisible.

Entonces sucedió algo inesperado. Un tipo de un grupo cercano comenzó a lanzarme miradas y comentarios incómodos. Intenté ignorarlo, pero él no se daba por vencido. En ese momento, Christian intervino.

—¿Te importa? —le preguntó al hombre, con una sonrisa de suficiencia.

Christian no esperó respuesta, solo dio un paso adelante y, con una voz firme y clara, dejó las cosas en su sitio:

—Creo que no está para aguantar tus tonterías. Si tienes un problema, háblalo con educación o vete.

El ambiente cambió al instante. El hombre se encogió de hombros y se alejó, y yo me quedé mirándolo con una mezcla de sorpresa y gratitud. No estaba acostumbrada a que alguien defendiera mi espacio de esa manera, menos aún él.

—Gracias —le dije en voz baja, casi en un susurro.

—No tienes por qué agradecerlo —respondió, pero sus ojos me miraban con algo que no supe interpretar del todo.

Aquel momento fue diferente. Por primera vez, sentí una vulnerabilidad compartida, una tregua tácita que rompía la barrera entre nosotros.

Sin embargo, cuando llegó la mañana siguiente, mi instinto me llevó a replegarme. Guardé distancia de nuevo, como si temiera que abrir esa puerta fuera demasiado peligroso.

Mientras volvía a mi rutina, con la mente revuelta y el corazón un poco más confuso, supe que la llegada de Christian iba a ser mucho más complicada de lo que jamás había imaginado.

Capítulo 6

Habían pasado poco más de dos semanas desde que Christian se había unido oficialmente a la empresa, y aunque yo intentaba mantener la profesionalidad, en mi interior la tensión crecía con cada día que pasaba.

Su presencia lo impregnaba todo. Su voz, su aroma, su sombra, sus silencios. No solo por lo que representaba su llegada, un antiguo conocido con intenciones aún no del todo claras, sino porque justo entonces nos enfrentábamos a un problema inesperado: una de nuestras filiales, una que había sido rentable hasta entonces, estaba registrando pérdidas preocupantes.

Todo había empezado con un informe rutinario que me entregó Diego, nuestro contable, un hombre meticuloso hasta la obsesión, así que cuando su expresión cambió mientras hojeaba el balance, supe que algo iba mal.

—Elena —me dijo esa mañana, cerrando la carpeta con una fuerza que nunca antes le había visto—. Las cifras no cuadran. Hay gastos que no están registrados correctamente… y otros que, sencillamente, no deberían existir.

Fruncí el ceño. Me acerqué al escritorio y cogí el informe.

—¿Faltan autorizaciones?

—Sí. Y hay partidas duplicadas. Algunas facturas sin firma. Otras con proveedores que no reconozco.

Me llevé la mano a la frente. Sabía que no podía ignorarlo. Aquello no era un simple error. Era una grieta. Y si no actuábamos rápido, podía convertirse

en una fractura.

Esa misma tarde, convoqué una reunión urgente con el comité financiero. Christian, como era de esperar, llegó puntual. Siempre lo hacía. Siempre tan correcto, tan oportuno, tan… calculador.

Durante la reunión, escuchó en silencio, tomando notas, apenas levantando la vista salvo para observarme a mí. Sus ojos oscuros parecían analizar cada una de mis reacciones, cada duda que se asomaba en mi voz. Y cuando Diego terminó de exponer la situación, él fue el primero en hablar.

—Podemos cubrir estas pérdidas —dijo con una seguridad aplastante—. No son irreversibles. Solo necesitamos una inyección rápida de capital y una revisión profunda de los procedimientos. Yo puedo aportar los fondos.

Levanté la vista y lo miré con frialdad.

—¿Y qué pedirías a cambio?

Él sonrió, tranquilo.

—Nada que no beneficie a la empresa, Elena. Tú sabes lo que está en juego.

Y sabía que tenía razón. Lo que más me molestaba era eso: que tenía razón. Pero también sabía que con cada euro suyo que aceptara, una parte de mi poder, de mi autonomía, se desvanecería.

Esa noche no dormí. Me di la vuelta en la cama una y otra vez, repitiendo mentalmente cada palabra de Christian, cada gesto, cada pausa medida.

"No quiero controlar nada que no me corresponda", había dicho en una ocasión. ¿Pero qué significaba eso en su diccionario? Porque en el mío, el dinero siempre venía con condiciones. Con intereses. Y él no era un filántropo. Era un estratega. Uno brillante.

Recordé sus palabras durante nuestra conversación privada, poco después de la reunión, en mi despacho.

—*Elena, con mi apoyo esto puede salir adelante, y rápido* —me dijo, acercándose un poco más de lo que consideraba prudente. No de forma inapropiada, pero sí... deliberada.

—*Christian, aprecio tu oferta* —le respondí, cruzando los brazos con fuerza—, *pero no puedo evitar tener miedo de perder el control.*

Él inclinó la cabeza, como si me diera la razón, pero sin concederme nada.

—*No quiero controlar nada que no me corresponda, Elena. Solo quiero que esta empresa siga adelante, y estoy seguro de que tú también.*

—*Eso no lo pongo en duda* —repliqué—. *Pero tú y yo sabemos que esto no se trata solo de números.*

Un silencio denso cayó entre nosotros. Él sostuvo mi mirada y, durante un momento, ninguno dijo nada. Pero todo se dijo con ese breve silencio compartido.

Los días siguientes a ese fueron un torbellino. Reuniones, llamadas, informes cruzados. Diego se encerró en su despacho, revisando cada transacción, cada pago sospechoso. Cada cierto tiempo, me enviaba un correo breve y escueto.

"Movimientos inconsistentes detectados. Revisando proveedor 'Marconsulting'. Pagos duplicados. Pendiente validación."

"Sección de logística: discrepancias en gastos de transporte."

"Sigue sin cuadrar informe mensual. Posible fraude."

No quería creerlo, pero los indicios eran demasiado numerosos. ¿Quién estaba detrás de todo esto? ¿Era negligencia, o corrupción?

Y entonces, al llegar hoy a la empresa, Diego me llamó a su despacho. Lo encontré con el rostro tenso, ojeroso y rodeado de papeles.

—He encontrado algunas irregularidades —me dijo en voz baja, como si tuviera miedo de ser escuchado, aunque estábamos solos—. No son pérdidas

enormes, pero sí suficientes para preocuparnos. Hay movimientos de dinero que no tienen explicación clara y algunos pagos no autorizados.

—¿Tienes alguna pista?

Negó con la cabeza.

—Aún no. Pero tengo un nombre que se repite en los documentos... y no figura en ninguna plantilla.

—¿Quién?

—R. Salas. No aparece como proveedor ni como empleado. Pero firmó al menos tres recibos.

Sentí un nudo en el estómago. No podía ser casualidad.

—Sigue investigando y, por favor, no le digas nada a nadie. Ni siquiera a Recursos Humanos —le pedí, y asintió.

Al salir del despacho de Diego, mis pensamientos eran una maraña imposible. Me detuve un momento en el pasillo. Respiré hondo y por un segundo… me sentí observada. ¿Era paranoia?

En ese momento, Carmen, mi secretaria, se acercó. Llevaba en la mano una carpeta, pero su expresión era lo que captó mi atención. Estaba nerviosa.

—Elena —dijo bajando la voz—. No quiero meterme donde no me llaman, pero… he oído cosas.

—¿Qué cosas?

—El personal habla. Dicen que Christian podría tener información privilegiada. Que sabía algo de la crisis antes de que se hiciera oficial. Que quizás está aprovechando para aumentar su participación… y tomar el control.

Sentí un escalofrío. El rumor se esparcía más rápido que el fuego. Y lo peor era que no me parecía tan inverosímil.

—Gracias, Carmen. No digas nada a nadie. Ni una palabra.

Volví a mi despacho, cerré la puerta con fuerza y llamé a Christian desde el fijo. La llamada fue breve.

—Necesito verte. Ahora.

Cinco minutos después, entró. Vestía impecable, como siempre, con un traje azul marino, corbata del mismo tono y camisa blanca. Por Dios, ¿cómo podía ser tan jodidamente atractivo?

Pero había algo en su actitud, una alerta sutil, que me hizo pensar que ya sabía de qué iba esto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Dime la verdad. ¿Tú sabías algo de la situación de la filial antes de entrar a la empresa?

Se detuvo y me sostuvo la mirada. Sus ojos no mostraron sorpresa.

—No exactamente. Pero tenía sospechas. Las cifras globales no cuadraban. Por eso pedí revisar los estados financieros antes de invertir.

—Y, aun así, te uniste.

—Precisamente por eso. Porque vi potencial. Pero también… vulnerabilidad. Y tú sabes mejor que nadie que la debilidad es oportunidad.

No supe si golpearlo o admirarlo. Esa mezcla de franqueza brutal y sangre fría me desarmaba y me enfurecía al mismo tiempo.

—¿Estás intentando quedarte con mi empresa, Christian?

—¿Tanto te cuesta pensar que solo quiero salvarla?

—Tú no haces nada sin estrategia. No soy estúpida.

Se acercó y su voz bajó tanto que, cuando habló, sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo mientras me miraba con esos ojos fijos en los míos.

—Y yo no invierto en personas débiles, Elena. Estoy aquí porque creo en ti. Pero si no quieres mi ayuda, dilo. Me marcharé. Veremos si puedes salvar esto sola.

Durante un segundo, el silencio fue tan ensordecedor que me consumía. Quise decirle que se fuera. Quise gritarle que no necesitaba a nadie. Pero no lo hice. Porque sabía que mentía. Porque, en el fondo, el miedo a perder lo que había construido me estaba ahogando.

Esa noche, me senté sola en la sala de juntas. Apagué las luces y me quedé mirando por la ventana los edificios lejanos. La ciudad parecía tan ajena, tan indiferente. Fuera, todo seguía como si nada. Pero dentro de mí, algo se desmoronaba.

¿Hasta dónde estaba dispuesta a ceder para salvar esto? ¿Hasta qué punto podía confiar en alguien como Christian?

No tenía respuestas. Solo certezas dolorosas: si no actuaba pronto, perdería más que una filial. Perdería la empresa. La empresa de mi padre. Mi empresa. Mi vida. Mi legado.

Y lo peor: podía perderme a mí misma en el proceso.

Capítulo 7

Había amanecido gris, con nubes bajas y una humedad que se clavaba en los huesos, anunciando lluvia. Entré en la oficina con el traje impecable, tacones que golpeaban sobre el suelo pulido, carpeta bajo el brazo, fingiendo concentración. El olor del café recién hecho me dio un instante de alivio, pero bastó ese sorbo amargo para recordar que nada de lo que viniera iba a ser fácil.

Christian apareció en mi despacho justo cuando estaba revisando unos presupuestos de la filial. Tenía el gesto serio, sin sonrisa esta vez, y unos papeles impresos en la mano.

—Elena —dijo—, ¿puedo hablar contigo un momento?

Suspiré. Me quitó más paz de lo que suponía con esa simple frase.

—Claro —respondí—. ¿De qué se trata?

Se acercó hasta la mesa, apoyó los papeles y dejó que el silencio se instalara antes de continuar.

—He estado revisando las cuentas; las pérdidas de la filial me preocupan tanto como te preocupan a ti. He pensado en un plan que podría ayudar.

Le observé con desconfianza; esos arranques de bondad o pragmatismo suyo siempre traían algo más detrás.

—Dime.

—Podríamos organizar ayuda técnica para estabilizar la filial —propuso—. Contratar expertos externos, optimizar procesos, reorganizar algunos proveedores. Además, yo asumiría un paquete minoritario de participación en *Salval*, pero dejándote a ti el control absoluto de la gestión. Tú sigues tomando las decisiones clave.

Mi pecho se tensó. Era tentador, no iba a negarlo. Cualquier dueña de empresa soñaría con poder evitar una crisis con un respaldo así. Pero algo en mí se rebelaba al solo imaginar la idea.

—¿Un paquete minoritario? —pregunté, intentando controlar la voz.

—Sí. No mayor que lo que tú decidas. Lo importante para mí es que siga siendo tu empresa, que no pierdas el mando. Puedo aportar capital, experiencia, contactos. Podemos salir de esta juntos.

Me quedé en silencio, mirando esos papeles extendidos sobre la mesa. Me pregunté qué significaba "juntos" realmente para él. ¿Participación técnica? ¿Sentimiento romántico? ¿Control sutil?

—Gracias —dije por fin—, aprecio la oferta, Christian. De verdad. Pero no puedo aceptarla.

Su gesto palideció apenas, como si esperara otro tipo de respuesta.

—¿Por qué?

Cogí aire, pronunciando cada palabra con cuidado para que no sonara como derrota:

—Porque yo creé esto con mi padre, lo levanté con decisiones difíciles, con noches sin dormir. No quiero que nadie, aunque seas tú, entre con la idea de arreglar lo que para mí no está roto. No quiero que confundas ayuda con mando.

Christian ladeó la cabeza, como si sopesara cada palabra que yo había dicho.

—Entiendo tu orgullo —dijo—. Pero te lo pregunto de verdad: ¿cuándo dejó de importarte creer en mí?

La pregunta cayó en el silencio como una piedra. Porque recordé. Recordé haber creído en él, en su visión, en la admiración silenciosa que sentía de joven. Y me dolió ver cómo ese recuerdo parecía ahora un terreno pantanoso, lleno de inseguridades.

Y lo peor de todo era que este hombre sabía que yo, en algún momento de mi vida, cuando le conocía bien, había creído en él, le había admirado incluso.

No supe qué responder. Me limité a mirar sus ojos, tratando de ver si había mentira, o al menos algo manipulador en ellos. Pero no había engaño evidente. Solo sinceridad mezclada con ese tipo de expectativa que siempre me había puesto nerviosa en su presencia.

—No es cuestión de creer o no creer —contesté finalmente—. Es cuestión de proteger lo que es mío. Y hoy eso pesa más que cualquier esperanza.

Christian no dijo nada más. Me miró un segundo más, con algo como pena o respeto. Luego asintió, recogió sus papeles y salió sin cerrar la puerta del todo.

Me quedé en mi despacho, notando el aire cargado, el corazón latiendo fuerte, y pensando que quizá ese silencio era el comienzo de algo tan importante como peligroso.

Salí de la oficina con el pecho pesado, el reto de Christian resonando como un eco persistente. Llovía, o al menos caía una llovizna fina que embarraba las aceras de Cádiz y hacía que cada paso sonara en los adoquines como un golpe de tambor. Necesitaba alejarme. Respirar. Refugiarme en algo que no fuera números ni expectativas.

El salón de Valeria era ese refugio. Me lo había dicho ella mil veces: “Ven, deshazte de todo, que aquí te curo el alma”. Y allí estaba, caminando bajo el paraguas hasta su local, con el abrigo calado y la cabeza a mil.

Entré y el aroma a esencias, tintes y productos naturales me envolvió como un abrazo. Ella era embajadora de nuestra empresa, usando todos y cada uno de los productos de *Salval* no solo en su casa de manera particular, sino también en su salón de belleza.

Valeria estaba detrás del mostrador, cortando unas mechas con precisión, pero al verme levantó la mirada y dejó la tijera apoyada.

—¿Tú? A estas horas y con este diluvio, sin duda te pasa algo —sonrió—. Ven, siéntate, que yo lo arreglo todo… o al menos lo intento.

Me dejé caer en la silla, sin fuerzas para resistir. Ella me envolvió en una bata gris clara y me ofreció un té de manzanilla con miel.

—Cuéntame —me dijo, con esa voz suave que no exigía nada, solo escuchaba.

Yo le conté todo: el plan que Christian me ofreció, mi orgullo, su pregunta cruel, el silencio que me había dejado. En su mirada vi preocupación, sí, pero también una firmeza maternal que me reconfortaba.

—Él tiene tantas capas como el mar —me dijo Valeria—. No siempre se muestran. Tú también te cubres de muchas capas. A veces, demasiadas.

Le miré, intrigada.

—¿Te cuesta creer en él? —preguntó y asentí.

Le conté mis dudas, lo de la filial, el miedo a que mi independencia quedara en vano, los rumores. Ella me escuchó sin interrumpir.

Después me habló de su historia. De cómo, cuando decidió vivir como ella misma, había tenido que enfrentarse no solo a su entorno, sino al rechazo de quienes pensaban que aquello era una “locura”. Me habló de las miradas, de los silencios familiares, de los días en los que sentía que no le quedaba fuerza para continuar. Pero también me habló de la rebeldía, de la constancia, de cómo cada día en que se ponía delante del espejo y se reconocía era un acto de coraje.

Y yo lo sabía, al igual que Mireia, porque habíamos estado con ella durante ese tiempo, solo que Valeria había callado mucho también, guardándose cosas para ella que no quería decirnos para, según ella, “que no acabáramos las tres llorando como magdalenas, que bastante tenía con llorar ella y secarse las lágrimas para continuar”.

Cuando hablaba, me veía a mí: a mi rigidez, mi muro invisible, mi rechazo a depender de nadie, mi miedo a que me rompieran como habían hecho antes. Entonces Valeria me dijo algo que me caló más hondo de lo que podría haber imaginado nunca.

—No se tarda en derribar muros. Se tarda en querer hacerlo.

Me quedé callada. Vi en ella un espejo: una mujer que había luchado mucho, que había ganado partes de sí misma con cicatrices, pero que ahora caminaba erguida y auténtica.

—Elena —me dije—, no te escondas detrás de tu coraza.

Pero también sabía que había razones para ella: traiciones antiguas, promesas rotas, heridas que aún supuraban si las rozabas.

Cuando salí del salón de Valeria, la lluvia había cesado y las calles brillaban con el reflejo de las farolas. Caminé despacio hacia mi coche, con el té aún humeando en la mano. Pensaba en Christian, en lo que dijo, en lo que ofreció, en lo que él también arriesgaba. Y supe que aquella conversación con Valeria no era solo un consuelo. Era el inicio de algo nuevo: una grieta que podía crecer.

Una grieta que quizás él iba a intentar cruzar. No como inversor y tampoco únicamente como socio. Sino como alguien que quería ser parte, incluso del pedazo más difícil de mi historia.

Porque esa tarde me sentí rota, sí. Pero menos sola que nunca. Y dispuesta, quizá, a dejar que alguien encontrara el camino y el modo de derribar mis muros.

Capítulo 8

Era viernes por la noche y, después de una semana agotadora entre la empresa y la tensión constante con Christian, necesitaba desconectar. Mireia y Valeria insistieron en que saliéramos a cenar. Acepté sin muchas ganas al principio, pero pronto supe que sería justo lo que necesitaba.

Nos reunimos en un restaurante de moda en Cádiz, uno de esos lugares con decoración cuidada y ambiente relajado, donde la luz cálida te invitaba a soltar las preocupaciones. La mesa estaba llena de platos para compartir, y los vinos iban y venían, destensando cada vez más el ambiente.

Mireia no paraba de bromear, Valeria hacía comentarios irónicos, y yo me reía con ganas, algo que no hacía desde hacía semanas. En un momento, como era de esperar, apareció el tema de Christian.

—Vale, pero ¿qué pasa con ese tío? —dijo Valeria, clavándome la mirada —. No me digas que no te mata un poco.

Volteé los ojos, fingiendo desinterés, pero la verdad es que no podía negar que Christian tenía algo especial.

—Es imposible no fijarse —continuó Mireia—. Y si encima te lo pone todo tan difícil, el morbo sube un punto.

Valeria se inclinó hacia mí, con una sonrisa traviesa.

—Elena, cariño, lo que tienes que hacer es tirártelo. Acabar con esa tensión sexual no resuelta absurda que os rodea y pasar página de una vez.

Me quedé callada, sintiendo cómo el color subía a mis mejillas.

—Eso es… —Comencé a negar, pero Valeria me interrumpió con una carcajada.

—Vamos, no te hagas la santa. Te recuerdo que cuando éramos adolescentes murmurabas su nombre por las noches, dormida, entre jadeos.

—Sí, yo también lo escuchaba —rio Mireia—. Ese hombre ya te ponía cuando teníamos quince años, si no menos. ¿Vas a negar que ahora no te pone?

La frase me hizo sonrojar aún más, pero no pude evitar reírme con ellas. Sabían demasiado bien cómo tocarme el nervio.

—Está mucho más atractivo que entonces —dije, tratando de sonar casual —. Pero ya no soy esa niña de quince, ni de trece —miré a Mireia—. Aquello era un amor platónico, nada más. Él era un hombre ya, y yo una niña a sus ojos. Se me caían las bragas, sí, eso no lo niego. Pero ahora no.

Valeria soltó una carcajada tan grande que llamó la atención de más de un comensal en la mesa de al lado.

—Eso tienes que comprobarlo por ti misma —me dijo con una mirada llena de picardía.

—¿Qué voy a comprobar, por el amor de Dios?

—Si se te siguen cayendo las bragas, cariño. Aunque eso lo puedo averiguar yo también —dijo Mireia de pronto—. Solo tengo que pasarme por tu despacho así, como quien no quiere la cosa, cuando sepa que está él cerca y ver tu mirada, que sabes que siempre te ha delatado.

—Madre mía, qué mal estáis las dos.

—Elena, cariño, que la otra noche cuando le vi, me puse malita hasta yo. Si ya cuando éramos unas crías me lo quería tirar, ahora, no te cuento —dijo Valeria, y comenzó a darse aire con la mano.

—Mira, mira qué ojos, te está fulminando —dijo Mireia señalándome—. Valeria, más vale que no quieras acercarte a Christian porque esta capaz es de arrancarte la melena.

—Que lo intente, que solo tengo que cambiarle el champú y el acondicionador para dejarla calva yo a ella.

Y me volví a reír, porque esas dos locas conseguían que me olvidara de todo con una de sus múltiples locuras.

Mientras la cena avanzaba, nos envolvimos en un torbellino de risas, recuerdos y confidencias, y por primera vez en mucho tiempo, dejé que la realidad esperara un poco más.

Después de la cena, salimos del restaurante entre risas, con ese punto justo de vino en la sangre que no emborrachaba, pero aflojaba los juicios. Mireia insistió en que no podíamos irnos a casa todavía.

—Una copa, solo una, y a relajarse. ¡Nada de Christian, ni de la filial, ni de Diego y sus malditas cifras! —dijo entre carcajadas.

Y me rendí, porque como decía mi abuela, la noche aún era joven, y por una vez, no me apetecía ser la responsable de siempre.

Acabamos en un local moderno en el centro, con música elegante, cócteles servidos con flores y una iluminación tenue de tonos ámbar que te hacía sentir dentro de una escena de película. El ambiente estaba animado y al entrar vimos a un par de antiguos compañeros del instituto que estaban con unos amigos suyos celebrando una despedida de casado.

Después de saludarlos, nos acomodamos en uno de los sofás del fondo, pedimos tres gin tonics y nos dedicamos a hablar de cada persona que pasaba por delante.

—Ese de la chaqueta azul, míralo —susurró Mireia dando un sorbo a su copa—. Tiene cara de estar divorciado y de saber exactamente lo que hace. Si se acerca un poco más, le entras, Elena, que yo desfogué anoche.

—Elena, ese no es tu tipo. Muy de ciudad —añadió Valeria, riendo—. A ti te va más el rollo arrogante y sexy. Vamos, tipo Christian.

—¡Otra vez no! —protesté, pero ya era tarde.

—¡Ey! —escuchamos una voz masculina detrás.

Me giré y vi a Álvaro, el eterno amante de Mireia, con su camisa medio desabrochada y esa sonrisa de "sé que me deseas" que llevaba tan bien.

—Justo estábamos hablando de ti —dijo Mireia con una sonrisa maliciosa —. ¿No es el destino una cosa curiosa?

—¿Seguro que hablabais de mí? —bromeó él, y se unió a nuestra mesa sin pedir permiso, como si fuera parte del mobiliario emocional de Mireia desde siempre.

Estábamos en plena carcajada cuando lo vi.

Christian entró con ese aire suyo de seguridad medida, sin esfuerzo, con un traje sin corbata y la camisa blanca abierta justo lo suficiente para que la imaginación hiciera el resto. A su lado, su amigo Mario, a quien reconocí nada más verlo porque de siempre fueron inseparables. Mario iba más informal, con una chaqueta deportiva y camiseta negra; parecía sacado de otro tipo de plan, pero ambos irradiaban ese tipo de energía que hacía que la gente se gire al pasar.

Y yo me giré. Claro que lo hice.

Nuestros ojos se encontraron. Él me sostuvo la mirada y sonrió. Una de esas sonrisas lentas, como si supiera que me iba a descolocar.

—¿Y ahora qué? —susurró Valeria a mi oído—. ¿Bragas al suelo ya o esperamos al postre?

—Cállate —murmuré, apretando la copa entre los dedos.

Christian y Mario se acercaron y nos saludaron con esa educación que les caracterizaba. Mireia, por supuesto, le hizo espacio a Mario como si ya fueran

viejos conocidos. Álvaro se mantuvo al margen, observando, con la ceja ligeramente arqueada.

—No sabía que te gustaba este sitio —me dijo Christian, mirándome fijamente.

—Y yo no sabía que estabas tan interesado en mi vida nocturna —le contesté, cruzándome de brazos con una media sonrisa—. ¿Me estás siguiendo?

—No, solo necesitábamos una copa y… aquí estamos.

La conversación fluyó, cargada de bromas veladas y tensión creciente. El alcohol ayudaba, claro. Las risas se mezclaban con miradas que duraban más de la cuenta. Mario contaba anécdotas de cuando vivían en Madrid, y yo fingía escuchar, pero solo podía pensar en lo cerca que tenía a Christian. Su perfume. Su voz. Esa forma que tenía de mirar como si ya supiera lo que estaba pensando.

En un momento, me levanté para ir al baño, y al volver, él me esperaba cerca de la barra, con un vaso en la mano.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Lo justo para olvidarme de ti cinco minutos, al menos hasta que has llegado —le respondí, sin pensarlo demasiado.

Él sonrió, despacio.

—Mientes fatal, Elena.

Me quedé quieta. El murmullo del local parecía alejarse. Estábamos demasiado cerca. Podía sentir el calor de su cuerpo. Mi respiración se aceleró ligeramente, y él lo notó. Sus ojos descendieron a mis labios, y entonces ocurrió.

Me besó. No hubo preámbulos ni permisos. Fue uno de esos besos que empezaban con duda y terminaban con hambre. Su mano rozó mi cintura, yo

le sujeté la camisa sin darme cuenta, y todo lo que había contenido durante días explotó en ese instante.

Fue breve, intenso. Como una chispa que prendía, pero aún no ardía del todo. Me separé, jadeando ligeramente, y le miré a los ojos, aún un poco aturdida.

—Esto no significa nada —le dije, aunque mi voz temblaba.

—Claro —respondió Christian, con una media sonrisa peligrosa—. Nada en absoluto.

Me giré y volví a la mesa, intentando recomponerme. Mis amigas me miraban como si acabara de volver de una batalla épica. Valeria arqueó una ceja y dijo, bajito:

—¿Y tú decías que no? Cariño, se te han quedado las bragas en la barra.

No respondí. Porque no sabía si estaba huyendo de Christian… o cayendo rendida ante él.

Capítulo 9

Habían pasado unas semanas desde que Christian Morales había llegado para quedarse, literalmente, en mi vida profesional. Y por mucho que lo intentara, por más que me concentrase en balances, proveedores y estrategias de marketing con algas rojas, no conseguía sacarme de la cabeza ese beso robado, esa maldita noche de copas, esa forma suya de mirarme como si me conociera mejor de lo que yo misma lo hacía.

Intenté, como siempre, racionalizarlo todo. Pensar que había sido un momento de debilidad. Culpé al vino, a los gin tonics, a la tensión acumulada, a la música demasiado lenta en ese bar de moda. A la forma en la que me miró. A su maldita sonrisa torcida.

Pero nada de eso explicaba por qué ahora, cuando caminaba por la oficina y lo veía charlando con el equipo de logística, o compartiendo ideas con los técnicos del laboratorio, algo en mi estómago se removía. Y para colmo… no dejaba de sorprenderme.

Ese viernes por la mañana, Carmen entró en mi despacho con su andar rápido y eficiente, con la Tablet en la mano y cara de que venía con algo más que una agenda apretada.

—Buenos días, Elena. —Me dejó el café en la mesa—. Hoy a las once tienes una llamada con los distribuidores de Sevilla. A la una es la comida con la directora del spa de Zahara… y… Esta tarde… El señor Morales ha pedido acompañarte al evento del centro vecinal.

—¿Qué evento? —pregunté, frunciendo el ceño.

—El de la asociación "Cádiz Cuida", en el centro cultural. Es lo de los productos naturales y sostenibles que apoyan a los emprendedores locales. Ya sabes, las ferias de barrio donde la gente compra jabones y aceites caseros. Tú confirmaste asistencia la semana pasada.

—Ah, cierto —dije, con un suspiro—. Se me había olvidado por completo.

—Él también va —añadió ella, y su tono se volvió algo curioso—. Parece que le ha interesado mucho el proyecto. Incluso ha hecho una donación para financiar parte de la próxima edición. Cien mil euros, según comentó.

La taza de café se me quedó a medio camino de la boca.

—¿Cómo que ha hecho una donación?

—Sí. Sin condiciones. Y… bueno, ha ofrecido además su red de contactos en Madrid para impulsar la visibilidad del evento a nivel nacional. Ha estado hablando con los organizadores durante toda la semana.

Me quedé en silencio unos segundos. ¿Christian? ¿Altruista? ¿Comprometido con causas locales? ¿Dónde estaba el hombre arrogante que había conocido? El que siempre pensaba en rentabilidad, control y beneficios a corto plazo. Ese Christian que aparecía en las reuniones con esa sonrisa de "yo sé más que tú", y que me sacaba de quicio con una sola ceja levantada.

—¿Y por qué querría meterse en eso? —murmuré, más para mí que para Carmen.

—No lo sé. Quizá… —dijo ella, y se encogió de hombros—. No todo el mundo es lo que parece.

Le lancé una mirada, pero Carmen, como siempre, supo cuándo callarse. Salió del despacho con la misma elegancia con la que había entrado.

Horas después, estaba de pie junto a una mesa decorada con conchas marinas, al lado de una artesana que vendía champús sólidos envueltos en

hojas de plátano, cuando vi a Christian acercarse con una bolsa de tela en una mano y una sonrisa fácil en la cara.

—Vaya, vaya… —dijo, mirándome de arriba abajo con ese tono socarrón que tanto me sacaba de quicio—. Elena Valverde en su hábitat natural: rodeada de sal marina, aceites esenciales y jabones con aroma a eucalipto.

—No te confundas —le solté sin mirarlo—. Estoy aquí por compromiso profesional. No por gusto.

—¿Y eso? Pensaba que esto era lo tuyo —dijo, con una sonrisa ladeada—. Naturaleza, sostenibilidad, gente que cree en lo que hace… Te pega.

Le sostuve la mirada. Maldita sea, lo peor de todo era que tenía razón.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? ¿Intentando conquistar el mercado local a base de jaboncitos?

—No todo es negocio, Elena —me dijo, más serio esta vez, y se cruzó de brazos, de modo que el reloj de su muñeca brilló bajo el sol—. A veces la gente hace cosas… porque le importan.

Tuve que tragar saliva. Ese tono no se lo había oído nunca. Ni siquiera cuando éramos más jóvenes, cuando era el hijo rebelde del amigo de mi padre. Aquel muchacho inalcanzable que me provocaba mariposas cuando ni siquiera sabía lo que era una mariposa en el estómago.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? —solté, intentando recuperar el control—. Porque el Christian Morales que yo recuerdo jamás hacía nada sin esperar algo a cambio.

Me miró, y durante un segundo, el ambiente se tensó. Pero en vez de enfadarse, soltó una carcajada baja y tranquila.

—La gente cambia, Elena.

—¿Sí? Pues a ver si consigo creérmelo antes de que te hagas con media empresa.

Él rio aún más, sacudiendo la cabeza. Y en ese momento, llegó una señora mayor con una caja de muestras.

—Hijo, ¿puedes ayudarme con esto?

Christian no dudó. Se agachó, cargó la caja como si no pesara, como si estuviera llena de aire, y caminó con ella hasta el puesto de la mujer. La escena me dejó clavada. Aquella señora le dio una palmadita en el brazo y le ofreció un jabón de naranja amarga a cambio. Él lo aceptó con una sonrisa sincera, como si fuera oro.

Y yo me quedé allí, con una mezcla de emociones que no supe identificar. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía una respuesta clara. Solo un pensamiento fugaz que me sorprendió a mí misma.

Quizá me equivoqué con él.

Esa tarde, mientras volvía en coche hacia casa, lo único que se repetía en mi cabeza era la imagen de Christian cargando la caja. No era gran cosa, lo sé. Un gesto mínimo. Pero no era algo que esperarías de un empresario con una reputación de tiburón financiero.

Me forcé a no pensar más. Había tenido una semana agotadora, un mes lleno de curvas y tensiones. No podía permitirme el lujo de… sentir.

Pero esa noche, en la tranquilidad de mi casa, mientras me desmaquillaba frente al espejo y escuchaba el leve repiqueteo de la lluvia contra la ventana, no pude evitarlo. Me miré a los ojos y, sin decir nada en voz alta, admití que algo dentro de mí empezaba a moverse.

Muy lentamente. Como cuando el mar retiraba la marea... y dejaba ver lo que había quedado enterrado.

A la mañana siguiente volví a la oficina donde me esperaba más trabajo, pero estaba acostumbrada y no decaí por nada, ni por nadie.

Era media mañana cuando apareció mi madre con una cajita con donuts y un par de cafés que me hicieron sonreír.

—Si no llego a venir, te olvidas del descanso —dijo con un suspiro, y sonreí.

—Pues sí, porque tengo mucho trabajo por hacer.

—¿Tú sola? Mira que te cuesta delegar, hija mía. Eres como tu padre, igual de cabeza dura.

—Ya sabes el dicho, de tal palo…

—Tal pesadilla, sí, lo sé —volteó los ojos y me reí, porque ella siempre había cambiado ese refrán a su estilo.

Se quedó conmigo tomando el café y aquellos donuts hasta que apareció mi padre, con quien había quedado para ir a ver a uno de nuestros más antiguos clientes en Málaga, con quien los dos se llevaban de fábula. Y me dijeron que aprovecharían para quedarse a comer allí.

Yo seguí trabajando, centrada en todos los frentes que teníamos en ese momento, y comiendo algo rápido en mi despacho con Mireia, que me comentó que Álvaro le había invitado a pasar el próximo fin de semana con él en una casita en la sierra que le prestaba un amigo.

Ella no lo admitiría ni bajo tortura de cosquillas interminables, pero estaba coladita por Álvaro hasta las trancas, y yo solo esperaba que algún día uno de los dos diera el paso definitivo para formalizar lo que, a todas luces y que no parecían querer ver, era una relación más allá del simple sexo.

La jornada había sido larga: reuniones con proveedores, llamadas con distribuidores, la gestión de la filial problemática que aún latía como un dolor en el cuerpo de la empresa. Cerré ventanas, revisé informes, mandé correos pendientes. Todo eso mientras la lluvia golpeaba el cristal de mi despacho con insistencia, como si quisiera entrar y recordarme que estaba sola ahí dentro, rodeada de papeles.

Al mirar el reloj, me di cuenta de que quedaba mucho por hacer, y que el resto del equipo ya se había ido. Christian, sorprendentemente, todavía estaba presente, en el despacho contiguo, con la puerta entreabierta. Me sobresalté un poco al verlo moverse entre carpetas.

No era algo que me incomodara del todo: su presencia me resultaba familiar, aún cargada de tensión. Pero todavía no estaba dispuesta a perderme en esa tensión. Me volví hacia mi pantalla, intentando concentrarme en los números que proyectaban pérdidas, ajustes, recortes. Quería pensar en la empresa, no en él.

Al cabo de un rato, escuché un ligero golpe en la ventana: un trueno lejanamente acompañado por relámpagos. La tormenta había arreciado. El cielo gris se volvió más oscuro, y las luces del edificio adquirieron un brillo artificial. Lo supe de inmediato: iban a cortar la luz o suspender conexiones, como ocurría cuando una tormenta fuerte amenazaba la infraestructura.

Christian apareció en el marco de la puerta, aparentemente con dos tazas de café caliente.

—Te he traído esto —dijo, con voz grave—. Pensé que lo necesitarías.

Acepté la taza sin decir nada, sorprendida. No era la primera vez que él tenía ese tipo de gestos conmigo. Pero había algo en su mirada que aquella noche no parecía una estrategia; parecía genuino.

Cerré el portátil. La lluvia golpeaba con fuerza y el sonido de un trueno lejano hizo vibrar el edificio. Los relojes marcaban el paso del tiempo y parecíamos dos piezas de un rompecabezas que apenas reconocía.

—Supongo que la tormenta no nos dejará ir tan pronto —musité.

—Parece que hoy vamos a quedarnos aquí más horas —respondió él—. ¿Te parece si nos quedamos juntos hasta que pase?

Asentí, sin mirarle, y sentí los latidos de mi pecho agitados. Esa frase tenía más de lo que decía. Estuvimos en silencio un momento, escuchando la lluvia y el tic-tac de un reloj en la pared.

Los minutos se alargaron. Me incorporé para cerrar unas persianas y evitar que el agua se colara por las rendijas. Al girarme, lo vi de pie, a pocos metros, con esa luz que se filtraba del pasillo, delineando sus facciones. La lluvia fuera hacía un telón gris que separaba el mundo exterior del universo que se había creado dentro de esa oficina.

Me quedé quieta, y él no se movió. Un diálogo mudo comenzó.

—Elena —dijo, bajando la voz—. Puedo quedarme contigo mientras revisas esos informes.

—No hace falta —respondí, pero mi voz sonó en un tono tan bajo que por un momento dudé de si me habría escuchado—. Puedo sola.

—No quiero que estés sola —me contestó, acercándose—. Esta noche no. Aún recuerdo que las tormentas no te gustaban mucho.

Y ahí mi mente volvió a un momento concreto de nuestra vida, años atrás, antes de que se marchara a Madrid. Una noche de tormenta como esta.

En ese momento mi respiración se hizo más profunda. Podía sentir el calor de su cuerpo cerca. Era una proximidad que dolía y excitaba al mismo tiempo. No sabía si debía retroceder o inclinarme hacia adelante.

Y entonces, sin planearlo, Christian se acercó más. Yo no me aparté, porque ni podía ni quería hacerlo.

Sus manos tomaron suavemente mi cintura cuando el espacio entre nosotros se volvió mínimo y sus labios rozaron los míos en un beso breve pero cargado de urgencia. No hubo palabras, solo contacto, un instante que pareció detener el tiempo.

Me sentí sacudida. La lluvia dobló su intensidad fuera del edificio y, cuando un ruido fuerte, como un golpe distante, hizo vibrar los cristales, nos separamos de golpe.

—Esto… —Empecé, tragando saliva—. No podemos…

Él se inclinó, como si quisiera robarme otro beso, pero yo retiré el rostro apartándome de él. Sentí mi piel erizarse, la confusión, el miedo de caer de nuevo.

Giré sobre mis talones y salí del despacho, dejando atrás la taza humeante, los informes abiertos, la tensión densa en el aire. No miré atrás. Me fui

impactada, acelerada, con el pulso desbocado. La lluvia seguía cayendo y ese sonido fue el acompañante perfecto de ese momento que acababa de vivir.

Entré en el cuarto de baño y cerré la puerta tras de mí con fuerza. Apoyé la frente contra la madera y respiré hondo. Quise negar lo que había sentido. Quise enterrar ese beso antes de que se convirtiese en algo que no podría controlar.

Porque sabía que esa noche había cruzado una línea. Y que ahora, él tendría una parte de mí que no podría borrar.

Capítulo 10

Me desperté con la garganta seca y la mente embotada. No sabía si era por el poco sueño, que lo era, obviamente, o por la tormenta que llevaba toda la noche estallando dentro de mi pecho. Lo peor no era recordar el beso. Era recordar cómo me había dejado llevar.

No fue un accidente. Esta vez no. No podía seguir llamándolo así.

Christian y yo nos habíamos besado. De nuevo. Y yo no me había apartado hasta que sentí que me iba a arder la piel si no lo hacía. No había excusa profesional que justificara aquella locura. Y, aun así, ahí estaba: sentada en la cama, con la cabeza entre las manos y el corazón latiéndome como si aún tuviera su cuerpo cerca.

Me duché con agua más fría de la que mi dignidad podía soportar, como si pudiera borrar su boca de la mía con un poco de temperatura. Pero no funcionó. Me vestí con más formalidad de la que el día requería. Me puse unos tacones que dolían, un moño tirante y un pintalabios rojo mate, como si cada parte de mi imagen fuera una barrera. A ver si así me creía yo también que tenía el control.

Pero no lo tenía. No del todo.

Entré en la oficina con paso firme y sonrisa neutral. Ni una grieta. Carmen me recibió como siempre, puntual, con el informe de seguimiento de la filial en la mano y dos cafés. Sabía que necesitaba uno antes de leer malas noticias.

—Gracias, Carmen —dije, sin mirar demasiado.

—El señor Morales ha preguntado si ibas a pasar por el laboratorio —añadió ella con naturalidad, pero vi cómo me observaba por el rabillo del ojo.

Respiré hondo.

—Dile que estoy ocupada toda la mañana —respondí sin titubear—. Si necesita algo urgente, que me lo mande por correo.

Carmen asintió y no preguntó nada más. Siempre fue lista para medir el tono de las cosas.

Pasé las primeras tres horas enterrada en documentos. Firmé pedidos, revisé notas del equipo de marketing, incluso llamé a Diego para verificar unas cifras de distribución. Todo lo que me alejara de Christian, todo lo que me mantuviera lejos de su mirada, de su voz, de esa seguridad con la que parecía moverse por cada rincón de mi mundo como si le perteneciera, me servía esa mañana.

A media mañana, llegó el primer mensaje.

Christian: *No quiero que te sientas incómoda. Lo de ayer… fue un momento. No quiero que cambie nada si tú no quieres.*

Lo borré sin contestar. Diez minutos después, llegó otro mensaje.

Christian: *Sigo siendo el socio, Elena. Pero si prefieres que mantengamos distancias, lo haré. Solo dímelo.*

Fruncí el ceño. ¿Tan fácil le resultaba dejarlo todo a un lado? ¿Tan poco le importaba ese segundo beso? O… ¿Me estaba dando espacio?

No quería pensar en ello. Pero no podía evitarlo.

A la hora del almuerzo, bajé al comedor interno con Mireia, que estaba ocupada revisando una propuesta de *packaging* y no parecía muy dispuesta a sacar el tema. Lo agradecí. O eso creí.

—¿Todo bien? —me soltó mientras removía su ensalada como quien removía un cotilleo—. Tienes cara de haber dormido en el suelo.

—Mejor de lo que parezco —contesté, mucho más seca de lo que pretendía.

—¿Tiene nombre y apellidos ese "mejor de lo que parezco"? —me picó, arqueando una ceja.

La fulminé con la mirada. No necesitaba más complicaciones, ni siquiera en forma de amiga con ganas de marujeo.

—No empieces —le dije, tajante.

Mireia sonrió como solo ella sabía: como si ya supiera la respuesta, como si disfrutara viendo cómo evitaba hablar de ello.

Por la tarde, me encerré en el despacho con el pretexto de revisar contratos con proveedores, pero no podía concentrarme. Cada dos por tres miraba el móvil, esperando… ¿Esperando qué? ¿Una disculpa? ¿Una promesa de que no habría más?

Él volvió a escribir.

Christian: *¿Hablamos cinco minutos? No más. Solo quiero dejar las cosas claras.*

Le respondí lo más breve que pude.

Elena: *No es el momento.*

Pero me temblaban los dedos al escribirlas.

A las seis, cuando ya pensaba en irme a casa, Christian apareció por la puerta de cristal de mi despacho, sin anunciarse.

—No tienes reuniones agendadas esta última hora —dijo con una tranquilidad pasmosa, como si no acabara de irrumpir en mi zona segura—. Así que pensé que podíamos hablar.

—No he cambiado de opinión —le dije, sin invitarle a sentarse.

—Y yo tampoco —respondió, cerrando la puerta tras de sí—. Mira, Elena… sé que las cosas se han desbordado un poco. Pero esto no tiene por qué complicar nada en la empresa. Si tú no quieres.

—Ya te lo dije anoche. Esto no puede seguir pasando. Lo personal y lo profesional no se mezclan.

—¿Estás segura? ¿O solo lo dices porque no quieres que pase otra vez?

No me esperaba esa réplica. Me dejó sin aire. Le miré directamente, sin parpadear.

—Da igual la razón —respondí con frialdad—. Las normas son las normas. Y tú eres parte del equipo ahora, Christian. No puedo permitirme este tipo de… distracciones.

Él suspiró. Se acercó un paso, pero no más. No invadió, solo observó.

—¿Cuándo dejaste de creer en mí? —volvió a preguntar.

Fue como un disparo. Uno suave, pero certero. Me pilló por sorpresa, otra vez. Y dolía.

—No es cuestión de fe. Es cuestión de prudencia.

—No me mientas, Elena. Me conoces desde que eras una cría. Sabes que no juego con esto. Que, si te he besado, no ha sido por capricho. Que, si me acerco, no es solo por placer. Estoy aquí por la empresa, sí, pero no solo por eso.

No podía dejar que me afectaran sus palabras. No podía permitirme ceder. No, otra vez. No con él.

—Te agradecería que no siguieras por ese camino —dije, bordeando la línea de lo profesional y lo personal—. Si de verdad quieres que esto no complique nada, entonces mantente en tu sitio. Como socio o como inversor. Como parte del equipo.

Sus ojos buscaron los míos. No respondió al instante, y luego asintió, despacio, como quien aceptaba una decisión que no compartía.

—De acuerdo. Como tú digas.

Y se fue. Sin más. Pero el eco de su voz me siguió resonando en la cabeza durante horas.

La mañana siguiente empezó mal.

El tipo de mal que no se veía venir en forma de tormenta, sino de pequeñas gotas que caían sin que las sintieras al principio… hasta que te dabas cuenta de que estabas empapada.

Todo comenzó cuando Carmen se asomó a mi despacho con ese gesto reservado que solo usaba cuando algo le incomodaba.

—¿Tienes un minuto?

—Claro, pasa —dije, levantando apenas la mirada de la pantalla.

Entró, cerró la puerta con cuidado y caminó con ese paso silencioso que tenía cuando no quería llamar la atención. Llevaba una carpeta en la mano, pero no era eso lo que le pesaba. Era el aire.

—No sé si esto es importante, pero... he escuchado algo —empezó, bajando la voz—. Esta mañana, en la sala de café, unos técnicos del laboratorio estaban hablando… y se rumoreaba que Christian podría estar comprando más acciones. Que tiene intención de controlar la empresa desde dentro.

Solté el bolígrafo como si me hubiera quemado. El estómago se me encogió.

—¿Quién ha dicho eso?

—No lo sé con certeza. No lo decían directamente. Pero sabes cómo son esos comentarios: uno lo lanza y otro lo agranda. Dijeron que Christian ya tiene contactos con clientes grandes, que podría querer cambiar la política de

distribución… Y también se insinuó que quizá ya sabía lo de las pérdidas de la filial antes de que salieran a la luz.

Me quedé en silencio. No quería creerlo. No podía. Pero el rumor era una semilla. Y una vez plantada, la duda crece como mala hierba.

Carmen me miró con ese respeto silencioso que le tenía a la empresa y a mí.

—Pensé que debías saberlo.

—Gracias, Carmen. Como siempre.

Cuando se fue, me quedé inmóvil. Diez segundos. Cien. No sé. Con el corazón latiendo como si algo se hubiera roto de golpe. ¿Christian estaba moviendo hilos sin avisarme? ¿Filtrando cosas, preparando terreno?

Me resistía a creerlo. Pero la herida del pasado seguía sensible. Muy sensible. Mandé llamar a Diego, que apareció poco después, con su carpeta habitual, cara de preocupación y una arruga nueva en el entrecejo.

—¿Qué pasa, Elena?

—¿Has visto algo más en las cuentas?

Se sentó con cuidado, como si presintiera el terremoto que se avecinaba.

—Sí. Ayer revisé el trimestre anterior de la filial de Sanlúcar. Y hay movimientos raros: pequeñas facturas duplicadas, pagos no registrados en el sistema oficial. No es una cifra enorme, pero sí lo suficiente como para que no sea un simple error administrativo. Y hay una transferencia a una cuenta que no corresponde a ningún proveedor habitual.

Sentí que algo dentro de mí se tensaba, como un hilo que estaba a punto de romperse.

—¿Cuánto?

—Unos ocho mil euros, por ahora. Pero lo preocupante no es la cantidad. Es la intención.

Me levanté de golpe. Necesitaba moverme, respirar.

—¿Y cuándo empezaron esos movimientos?

—Hace unos seis meses. Mucho antes de la entrada de Christian, por si lo estás pensando. No hay conexión directa. Todavía.

Le miré con dureza.

—Pero los rumores están en el aire. Y no me puedo permitir no saber si alguien dentro está jugando a dos bandas. Ni siquiera él.

Diego asintió con cautela, como siempre, prudente, intentando evitar el caos.

—Puedo seguir investigando. Pero si quieres saber si Christian está metido en esto, no puedo ayudarte con pruebas… de momento.

—No lo necesito. Hablaré con él.

Y lo hice. Bajé al laboratorio donde sabía que había estado supervisando una entrega. No estaba allí. Carmen me dijo que había salido a hablar con el transportista.

Fui tras él y lo encontré en la zona de carga, con el móvil en la mano, hablando con tono relajado. Sonrió al verme, pero su sonrisa se desvaneció al segundo. Supo leer mi cara.

—¿Ocurre algo?

—Necesito hablar contigo. Ya.

Se apartó sin preguntar. Me siguió hasta la sala de reuniones pequeña, aquella donde solíamos hacer pruebas de producto y presentaciones confidenciales. Cerré la puerta nada más entrar y lo enfrenté.

—He oído un rumor. Quiero que me digas la verdad —le solté, sin rodeos —. ¿Estás comprando más acciones de *Salval* a mis espaldas?

Me miró como si le acabara de acusar de traición familiar. Dio un paso atrás.

—¿Qué?

—Algunos empleados dicen que tienes intención de tomar el control. Han comentado lo que ya te dije, que ya lo sabías todo sobre las pérdidas de la filial antes de que yo lo supiera. ¿Es verdad lo de las acciones?

—No —dijo, y su respuesta fue firme. No se tambaleó. Pero no me bastó.

—¿Seguro? ¿No estás jugando a favor de tus propios intereses?

Sus ojos se oscurecieron y en ese momento me miró con algo entre dolor y rabia contenida.

—¿Esto es lo que piensas de mí?

—Pienso que ya me traicionaron una vez —le solté, más alto de lo que quería—. Pienso que no me puedo permitir confiar en nadie que no sea transparente conmigo. Ni tú. Ni nadie.

Se pasó la mano por la nuca. Contuvo la respuesta. Luego fue hasta su mochila, sacó su portátil y lo puso sobre la mesa.

—Mira esto.

Abrió su correo. Me mostró cadenas de mensajes con fechas claras, anteriores a las pérdidas. Consultas a proveedores, sugerencias de optimización, reuniones con inversores potenciales para apoyar la filial, no comprarla. Me enseñó incluso una propuesta de Mario para ayudar con una reestructuración legal sin que eso afectara el control de la empresa.

—¿Esto te parece el plan de alguien que quiere robarte la silla?

Me costaba respirar. Me costaba mirar aquello y sostener mi orgullo al mismo tiempo.

—No lo sé —admití, por fin, bajando la voz—. Me cuesta creer. Me cuesta confiar.

Él cerró el portátil con cuidado. Luego se quedó de pie, sin moverse.

—Entonces tienes que decidir qué prefieres: una empresa que funciona sin alma o una que puede crecer con gente que está dispuesta a luchar contigo, no contra ti.

Sus palabras no eran dulces, tampoco eran falsas promesas. Eran verdad. Y dolían más que cualquier grito.

Me fui sin decir más. Pero algo en mi interior crujió. Una grieta. La grieta que, sin que pudiera evitarlo, lo iba a dejar entrar, otra vez.

Capítulo 11

El mar se adivinaba más allá del ventanal, aunque ni lo miraba. Tenía la copa de vino entre los dedos, medio girada, con ese gesto distraído que se me había quedado desde las reuniones eternas con distribuidores. Lo hacía sin pensar, sin mirar, como si girar el cristal me ayudara a mantenerme en control.

Pero lo cierto era que no lo estaba.

—¿Y entonces? —Mireia me clavó los ojos, azules, casi inquisitivos—. ¿Me vas a decir que no pasó nada?

Valeria la miró de reojo, sonriendo sin necesidad de palabras. Sabía que estaba a punto de soltarlo, que ya no podía guardármelo más.

Suspiré. Bajé la copa y cerré los ojos un segundo.

—Me besó —dije, al fin.

Silencio. Solo el ruido suave de platos en la cocina del restaurante, la brisa leve que llegaba de la terraza y la mirada expectante de mis dos amigas. Valeria arqueó una ceja, elegante como siempre. Mireia se echó hacia delante, como si acabara de escuchar un cotilleo de otro planeta.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —dijo Mireia con media risa—. Y no me digas que en la oficina porque me da algo.

—En la oficina —respondí, sin adornos—. La otra noche, la de la lluvia. Entró en mi despacho como si tal cosa, dijo que quería hablar y, después de hablar…

Me encogí de hombros, sin saber cómo explicarlo. No había sido planificado. Ni buscado. O eso me repetía.

Valeria apoyó el codo en la mesa, y el destello de su anillo de plata me hizo fijarme en él.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Se lo devolviste?

—No. Bueno... no sé. Fue un segundo. Me besó. Me quedé paralizada. Luego me aparté. Le dije que eso no estaba bien. Y se fue, como si nada.

Me dolía admitir que no lo había parado desde el primer segundo. Me dolía aún más reconocer lo que había sentido. Pero ellas lo notaron. Mireia apoyó la espalda contra el asiento y cruzó los brazos, con una sonrisa que no me gustaba nada.

—Estás loca por él.

—No digas tonterías —solté rápido, quizás demasiado rápido.

—Elena... —dijo Valeria, con tono suave—. Mira cómo te pones. No se trata de estar loca o no. Se trata de que este tipo despierta algo en ti. Y tú estás haciendo malabares para no sentirlo.

Negué con la cabeza, más para mí que para ellas.

—No es eso. Es que no puedo fiarme. No me fío de él. Aparece después de tantos años, se mete en la empresa, se cree que puede mover fichas sin consultar... Y ahora esto. ¿Qué quiere? ¿Una aventura mientras se aburre en Cádiz? ¿Un trofeo?

—¿Y tú qué quieres? —preguntó Mireia, tan directa como siempre.

Me quedé callada. Sentí un nudo en la garganta, uno que me apretaba más de lo que debía. Lo que yo quería... era otra pregunta. Una que me venía

rondando desde que noté su aliento tan cerca, su mano en mi cintura como si no hubieran pasado años desde la última vez que nos vimos, como si me conociera desde siempre.

Y lo cierto era que, de alguna forma, sí me conocía. O al menos conocía una parte de mí que creía enterrada.

—No quiero perder el control —admití, bajando la voz.

Valeria asintió, con empatía. Mireia me tocó la mano.

—Cariño, llevas dos años con todo bajo control. Desde que aquel imbécil te rompió el alma, no has dejado que nadie se acerque más de medio metro. Está bien protegerse, pero... ¿Y vivir?

Me removí en la silla. Sabía que me lo decían con cariño, pero dolía igual. Porque en el fondo sabían que no era solo por mi ex, ni por la traición. Había algo más. Algo más viejo. Más profundo.

Algo que tenía que ver con Christian. Y con un día que no he podido borrar de mi cabeza.

Volví a mirar la copa y la giré entre los dedos. Valeria bebió un sorbo, luego me observó con esa mirada suya que parecía ver más de lo que yo decía.

—No estamos diciendo que te lances en plan tonta. Solo... no lo niegues. No niegues que sientes algo. Porque eso, Elena, se te nota hasta cuando callas.

—Pues entonces mejor que me calle —repliqué, con un hilo de ironía.

Mireia soltó una carcajada.

—Esa eres tú. Haciendo barricadas con tus silencios. Pero te digo una cosa, Valverde: si ese hombre te ha movido el suelo... no es para que lo entierres bajo más capas de orgullo. Míralo de frente.

Me puse tensa. Me dolía que tuvieran razón. Pero más me dolía saber que había algo entre Christian y yo que jamás había terminado del todo. Una historia mal cerrada. Algo que empezó años atrás y que nadie más sabía. Ni siquiera Mireia. Ni siquiera Valeria.

No estaba preparada para contarlo. Ni siquiera para revivirlo.

Pedí otra copa de vino. Ellas me acompañaron. La comida ya estaba servida, pero apenas habíamos tocado los platos. Había demasiadas palabras en el aire.

—¿Y si me equivoca otra vez? —pregunté, casi en un susurro.

Valeria me miró con ternura.

—Entonces te levantas. Como siempre has hecho.

Mireia asintió.

—Pero esta vez... no tienes que hacerlo sola.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que igual tenían razón. No sobre Christian, o al menos no del todo. Pero sí sobre mí.

Algo dentro de mí estaba empezando a ceder. No lo quería admitir en voz alta, todavía no.

Pero lo sentía. Como una marea lenta. Inexorable.

La comida siguió con nuestras charlas de siempre, nuestras bromas y algún que otro cotilleo sobre los clientes de Valeria. Después del café regresamos al trabajo y el resto de la tarde lo pasé en mi despacho, intentando centrarme en lo que tenía que hacer y evitando pensar en Christian.

Sobra decir que fue imposible no pensar en él.

Ya por la noche, con todo recogido, salí del despacho apagando luces y cerrando puertas y fui hacia el coche para ir a cenar con mis padres.

Volver a casa de mis padres siempre era como cruzar una puerta al pasado. El mismo sonido de las bisagras al abrir, el aroma a jazmín mezclado con cera de muebles, el reloj del salón marcando las horas con ese campanilleo suave... Todo intacto. Como si el tiempo se hubiera detenido allí solo para recordarme quién era antes de todo esto.

Mi madre salió a recibirme con su sonrisa de siempre, esa que no importaba cuánto cargase encima, y que conseguía bajarme la guardia.

—Estás más delgada —me dijo, casi como saludo.

—Estoy igual, mamá. Es el traje. Y la semana.

—Pues come, que he hecho merluza en salsa verde —respondió, guiñando un ojo.

Mi padre ya estaba en el comedor, hojeando unos papeles, aunque fingiera que no. Sabía que esa cena no era solo por amor familiar. Había un tema pendiente, y lo íbamos a abordar sí o sí.

Me acerqué, le saludé con un beso en la mejilla, me senté a la mesa y durante unos minutos intentamos mantener la cena como si fuera solo eso. Comida, familia, sobremesa. Pero no lo era. Y todos lo sabíamos.

Fue mi padre quien rompió el hielo.

—Estuve hablando con Christian esta mañana —dijo, sin levantar la vista del plato.

No dije nada ni mostré reacción alguna. Ni sorpresa, ni disgusto. Solo bajé la mirada y me serví agua. Mi madre, a su lado, intentó disimular su gesto nervioso.

—¿Sobre qué?

—Sobre la filial de Sanlúcar. —Su voz era firme, como siempre—. Me ha expuesto algunas propuestas que podrían ir bien y, bueno, se ofreció a ayudarte.

—¿A ayudarme o a entrometerse?

Fue un impulso, de verdad. La pregunta se me escapó con esa frialdad que a veces usaba como escudo.

Mi padre dejó el tenedor sobre el plato y me miró.

—No seas injusta, Elena. Ese hombre sabe lo que hace. Tiene experiencia. Ha manejado operaciones más grandes que esta. No veo por qué no podríamos beneficiarnos de su visión.

—Porque no confío en él —solté.

Silencio. Mi madre apartó el plato con delicadeza. Ya conocía esa tensión. La había visto muchas veces entre mi padre y yo. Dos cabezas fuertes. Dos generaciones distintas.

—Yo sí confío —dijo él, sin rodeos—. Confío porque lo conozco desde que era un chaval. Porque ha hecho su camino. Porque tiene contactos, capital y porque se ha ofrecido sin exigencias. Si tú no quieres trabajar con él, lo entenderé. Pero, hija, estamos hablando de soluciones, no de emociones.

¿Y si las emociones están metidas hasta el cuello? Quise decir. Pero no lo dije. Me lo tragué.

—Lo pensaré —respondí finalmente—. Sopesaré todo y tomaré una decisión.

Mi padre asintió, como quien daba por cerrada una conversación que realmente no lo estaba.

—Solo te pido que no lo descartes porque te incomoda. Esto es una empresa familiar, pero también es una empresa. Y no podemos tomar decisiones desde el orgullo.

Desde el orgullo. Me ardieron esas palabras. Porque sabía que venían de un buen lugar, sí, pero también de uno ciego. Mi padre no sabía todo lo que pasaba entre Christian y yo. Ni lo que había pasado antes. Y mucho menos lo que estaba pasando ahora.

Mi madre intervino en ese momento con su tono suave.

—Hija, lo que tu padre quiere decir es que no tienes que llevarlo todo tú sola. Que está bien aceptar ayuda. A veces el orgullo también es miedo.

La miré. Sus ojos verdes, idénticos a los míos, me devolvieron una ternura que me rompió por dentro.

—No es miedo, mamá. Es... precaución.

—Y eso está bien —dijo, acariciándome la mano—. Pero ten cuidado de no encerrarte tanto que no veas las puertas abiertas.

Terminamos la cena hablando de cosas más suaves: la boda de una de las hijas de una amiga de mi madre en Jerez, una receta nueva que ella quería probar, un recuerdo de cuando yo tenía trece años y decía que quería ser oceanógrafa.

Pero mi mente no estaba allí.

Estaba en la oficina, en aquel momento en que Christian me besó como si no hubiera pasado el tiempo. Como si lo nuestro no estuviera lleno de silencios, de cosas no dichas. De recuerdos que yo no podía, o no quería, revivir.

Pensé en un verano. En una conversación al borde del mar. En un gesto suyo que me marcó más de lo que había querido admitir nunca.

Pensé en por qué lo había borrado. Y en por qué volvía ahora.

Esa noche, al llegar a casa, abrí el portátil. Tenía correos por revisar, informes pendientes. Pero lo único que hice fue mirar el nombre de Christian en mi agenda.

Y escribir, sin enviar.

"Mañana podemos hablar. Solo temas de empresa."

Lo borré. Cerré el ordenador y me fui a la cama con la sensación de que algo se estaba moviendo.

Dentro de mí. Y no solo por el beso.

Capítulo 12

La tarde había caído hacía ya un rato, y las oficinas, que hasta hacía poco bullían de actividad, ahora estaban sumidas en un silencio apenas roto por el tintinear del teclado y el murmullo de los correos electrónicos enviándose uno tras otro. Yo permanecía en mi silla, con la mirada fija en la pantalla, revisando informes y documentos que parecían multiplicarse por minutos.

Todo el mundo se había ido ya hacía horas; las luces del edificio empezaban a atenuarse una a una, pero yo no estaba lista para marcharme todavía.

La lluvia golpeaba con fuerza los cristales de la ventana, un sonido constante y profundo que me mantenía en calma a la vez que me hacía suspirar. Un suspiro apenas audible, casi un murmullo para mí misma.

Lo tenía decidido, me iba a quedar un rato más, al menos hasta que dejara de llover un poco… lo suficiente para no calarme viva hasta el coche y no conducir con este aguacero.

Fue entonces cuando la puerta de mi despacho se abrió con suavidad y apareció Christian. No me giré, seguí concentrada en la pantalla, aunque sabía que había entrado porque su presencia tenía un peso que no pasaba desapercibido.

—Elena —dijo con aquella voz que aún me ponía los pelos de punta, una mezcla de seguridad y ternura—, quería hablar contigo sobre la filial en riesgo.

Levanté la vista y lo vi apoyado en el marco de la puerta, con la chaqueta ligeramente desabrochada y la camisa arrugada, como si hubiera tenido un día largo. En sus ojos había preocupación, pero también esa chispa que siempre me hacía querer escucharle.

—Estoy valorando las propuestas que me comentó mi padre que le habías hecho —respondí, guardando los documentos con cuidado—. En cuanto decida qué hacer, te lo diré. No quiero precipitarme.

Christian asintió, pero la lluvia, que seguía golpeando con fuerza, parecía robar toda su atención. Me acerqué a la ventana y observé el cielo oscuro, las gotas que resbalaban formando riachuelos efímeros en el cristal.

—No voy a salir ahora con este temporal —murmuré más para mí que para él—. Mejor espero un poco a que escampe.

—Me quedo contigo —propuso Christian, acercándose—. No tienes que estar sola con esta tormenta.

Quise negarme, aunque en el fondo sentí un alivio inesperado. Pero me resistí un poco.

—No hace falta, estoy bien —dije, sin mirarle directamente.

Él sonrió con esa confianza tranquila que siempre había tenido, y no insistió. A los pocos minutos, sin embargo, ya estábamos sentados juntos en el sofá del despacho, con dos tazas de café humeante entre las manos. El aroma intenso del café y el sonido de la lluvia fuera creaban una atmósfera extrañamente íntima.

Christian empezó a contarme cómo había sido su vida en Madrid, cómo fundó su empresa y cómo, a pesar de la distancia, seguía manteniendo la sede allí con una persona de total confianza al mando. Luego me habló de la nueva sede en Cádiz, donde Mario estaba al frente mientras él se encontraba trabajando aquí, en *Salval*.

Escucharle era como volver a descubrir a ese chico que conocí años atrás, pero ahora con más profundidad, con más capas que nunca había llegado a imaginar.

En un momento dado, me acerqué a la ventana para alejarme un poco y no estar tan cerca de Christian. Su sola presencia aún me ponía nerviosa y me afectaba, algo que no quería que él supiera. La lluvia seguía cayendo sin descanso, y el frío del cristal me hizo estremecer.

Él no tardó en acercarse a mí, tan cerca que sentí su aliento mezclarse con el mío.

—¿Te acuerdas de aquella noche? —empezó en un tono bajo, casi un susurro—. Cuando tenías diecinueve años.

Mi cuerpo se tensó y un escalofrío me recorrió la espalda. Cerré los ojos un instante y pensé en aquel momento que había quedado guardado en un rincón del pasado, envuelto en vergüenza y nostalgia.

Christian habló con voz suave, recordando el primer beso que compartimos. Cómo yo me fui avergonzada después, pero sin poder evitar coincidir con él durante semanas, fingiendo que nada había pasado.

—Nunca debió pasar —le dije, con el corazón encogido—. Sabía que me veías como una niña.

Él sonrió, esa sonrisa que siempre me había desarmado.

—Dejé de verte así en cuanto cumpliste los dieciocho —confesó—. Incluso antes. Pero siendo mayor que tú, no podía arriesgarme.

Nos miramos, los ojos brillando con una mezcla de deseo y nostalgia que ninguno de los dos había querido admitir hasta entonces. Christian se acercó lentamente, como si temiera romper la fragilidad del instante, pero con una firmeza que me hizo temblar. Sus manos buscaron mi rostro con suavidad, recorriendo cada línea como si quisiera memorizarla, y luego descendieron hasta mi cuello, donde sentí el latido acelerado de mi corazón.

El beso que me dio fue diferente, mucho más intenso que aquel primero que habíamos compartido hacía años. Mucho más que el que me dio la noche que coincidimos en el bar o la otra noche en este mismo despacho.

Sus labios se presionaron contra los míos con una mezcla de ternura y hambre, y mi cuerpo respondió al instante, como si hubiera estado esperándolo todo este tiempo sin saberlo. El roce de su lengua despertó un fuego que me consumía por dentro, mientras sus manos exploraban mis hombros y descendían con delicadeza por mi espalda.

Sentí cómo mi respiración se aceleraba, cómo la piel se erizaba bajo sus caricias y, sin darme cuenta, terminé pegada a él, perdiéndome en el calor de su cuerpo. Christian se quitó la chaqueta con cuidado, dejando al descubierto su camisa arrugada que pronto desabrochó, exponiendo su piel cálida y firme. Mis dedos temblaron al deslizarse por su pecho, sintiendo cada músculo bajo la yema de mis dedos, mientras él deslizaba sus manos por debajo de mi blusa.

El despacho parecía desaparecer, reducido a un espacio donde solo existíamos nosotros dos, envueltos en la lluvia que golpeaba con fuerza fuera de la ventana. Mi blusa cedió ante sus dedos y pronto quedó abierta, dejando al descubierto mi piel, suave y vulnerable. Él bajó la mirada hacia mi cuello, besando con ternura esa zona que ya había besado años atrás.

Sin prisa, Christian fue deshaciéndose de mi ropa prenda a prenda, con esa mezcla de respeto y urgencia que solo alguien que te conocía podía tener. Sentí cómo la camisa de él caía al suelo y su piel rozaba la mía, despertando cada sentido. Sus manos eran hábiles, exploradoras, y me estremecía con cada toque, con cada caricia que se adentraba más allá de la simple piel.

Nuestros cuerpos se buscaron, se encontraron y se fundieron en un abrazo que parecía no querer terminar nunca. Los latidos de nuestros corazones se mezclaban con la lluvia, con el susurro de nuestras respiraciones agitadas, con el roce de las manos que recorrían lugares prohibidos durante tanto tiempo.

Christian me sostuvo con fuerza, pero sin apretar, como queriendo que me sintiera segura mientras el deseo crecía en ambos hasta hacerse insoportable. Sentí sus labios bajar por mi cuello, sus besos cálidos que parecían prender fuego a mi piel, y entonces su mano encontró el contorno de mi pecho, acariciando con delicadeza esa parte tan íntima que solo dos personas habían conocido antes que él.

Un suspiro escapó de mis labios, mezcla de placer y emoción, mientras él continuaba explorando, provocando sensaciones nuevas y conocidas a la vez. La electricidad entre nosotros era palpable; cada roce era una promesa y un recuerdo al mismo tiempo.

La ropa quedó olvidada en el suelo solo unos segundos después, y los ojos de Christian recorrieron con una mirada abrasadora cada centímetro de mi piel expuesta. Me estremecí, me mordí el labio inferior presa de la vergüenza y Christian sonrió acercándose a mí.

Sentí su mano en mi nuca, me atrajo hacia él y sus labios volvieron a posarse en los míos con hambre y posesividad. Me besó con fuerza y deseo, con algo parecido al anhelo, y me dejé llevar por el mar de sensaciones que envolvían mi cuerpo en ese instante.

Con un brazo alrededor de mi cintura, Christina me alzó sin el más mínimo esfuerzo y me llevó hasta el escritorio, donde me sentó al borde, dejando parte de mis nalgas en el aire. Comenzó a besarme el cuello y a bajar lentamente, dejando un camino de besos. Se detuvo en uno de mis pezones y comenzó a lamerlo mientras sus manos acariciaban mi cuerpo, haciendo que me estremeciera de pies a cabeza.

Gemí en respuesta cuando mordió el pezón y, al mirarle, vi que él sonreía con los ojos fijos en los míos. Volvió a lamer sin apartar la mirada y sentí un calor abrasador en mi zona íntima, una punzada de placer y deseo que me incitaba a pedirle que me poseyera, pero sabía que debía ser paciente y esperar.

Después de lamer y mordisquear mis pezones, así como mis pechos, siguió bajando con suaves y breves besos por mi torso y vientre, hasta que lo sentí justo en ese lugar donde tanto deseaba tenerle. Me miró fijamente y, sin apartar esos ojos intensos y penetrantes de los míos, comenzó a lamer entre mis labios vaginales con la punta de la lengua, haciendo que un jadeo tras otro saliera de mis labios.

Cerré los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás y me perdí en ese momento de deseo y placer intenso, sintiendo la lengua de Christian en mi centro húmedo y caliente.

Gemí cuando me penetró con un dedo y seguí moviendo las caderas en busca de más, jadeando y pidiendo que no parara, y no lo hizo hasta que una oleada de placer me envolvió y alcancé el orgasmo.

Christian me mantuvo aferrada a él sin permitir que me apartara hasta que el último coletazo del orgasmo se disipó por completo. Y, en cuanto eso ocurrió, se incorporó, quedando entre mis piernas, y me besó con urgencia mientras su miembro, duro y palpitante, rozaba mi clítoris y me provocaba aún más.

—Chris, por favor —supliqué, llamándole como siempre me había pedido que lo llamara.

—Por favor, ¿qué, pequeña? —susurró mordisqueándome el cuello y el lóbulo de la oreja.

Tragué con fuerza, estremeciéndome más a cada segundo que pasaba, necesitándole dentro.

—Por favor, qué, Elena —repitió—. Pídemelo o paro ahora mismo.

—Quiero sentirte dentro.

—¿Quieres que te folle? —preguntó mientras deslizaba la mano entre mis piernas, y gemí al notar sus dedos acariciándome el clítoris y después penetrándome—. Dime, preciosa, ¿es eso lo que quieres?

—Sí —jadeé.

—Joder, pensé que nunca llegaría este día —dijo y, en un movimiento rápido, en una embestida profunda y certera, me hizo suya.

Y nuestros cuerpos se unieron en un contacto directo que hacía que cada movimiento fuera una ola de placer y entrega. Christian me sostuvo cerca, sus manos firmes y decididas mientras sus labios buscaban los míos con una pasión que me dejó sin aliento.

Nos abandonamos a ese instante sin pensar en nada más, sin miedo ni vergüenza, solo dejándonos llevar por la necesidad y el deseo que habíamos

contenido durante años. Fue un encuentro fogoso, ardiente, donde cada beso, cada caricia, era una declaración silenciosa de lo que habíamos callado.

Mientras nuestros cuerpos se movían al unísono, sentí que el tiempo se detenía, que solo existíamos nosotros en aquel despacho iluminado por la luz tenue y la tormenta que aún caía fuera con fuerza. El calor que nos envolvía era intenso, y cada roce era una chispa que avivaba la llama de una pasión que ya no podía ni quería controlar.

Nos entregamos el uno al otro con una mezcla de ternura y fuego, hasta que, finalmente, exhaustos y entrelazados, nos quedamos en silencio, sintiendo el latido de nuestros corazones acelerados, escuchando el sonido de la tormenta.

Christian me cogió en brazos y nos acomodamos en el sofá, donde, abrazados, con la respiración entrecortada y el pulso acelerado, él sacó algo del bolsillo de sus pantalones. Lo hizo con una calma que contrastaba con la tormenta que habíamos dejado atrás en nuestro encuentro. Su mano apareció de nuevo con un objeto pequeño, delicado, y cuando me lo mostró, un escalofrío me recorrió la espalda.

Era una cadena con un colgante en forma de concha que yo solía llevar desde que me la regaló mi padre cuando cumplí diecinueve años, un recuerdo que creía perdido para siempre.

—Pensaba que lo había perdido —dije, mirándola con una mezcla de sorpresa y emoción.

Christian sonrió, y sus ojos reflejaron algo más profundo, algo que me atravesó.

—La última vez que nos vimos antes de que me fuera a Madrid, cuando te besé de nuevo y quise hablar contigo de nosotros, tenías veintidós años y yo treinta y dos. Aquella noche, dijiste que ese beso no estaba bien porque estabas saliendo con alguien, y te fuiste corriendo. Pero se te cayó el colgante y yo lo recogí —explicó, con una voz que parecía confesar un secreto guardado durante años—. Durante este tiempo, no he dejado de pensar en ti, Elena.

Mi corazón se encogió. Aquel colgante era para mí un símbolo de mi juventud, un trozo de mi vida que creía perdido en la maraña de recuerdos olvidados. Saber que él lo había guardado significaba que, de alguna manera, había pensado en mí todo ese tiempo, tal como decía.

—Habrás pensado en mí —susurré, bajando la mirada—, pero también estuviste con otras mujeres.

Christian asintió con el rostro serio.

—Sí, lo admito. Pero solo fue sexo vacío, sin compromiso. Sabía por mis padres que seguías con alguien y no supe hasta meses antes de volver que ya no estabas con nadie —confesó—. Ahora que te he hecho mía, quiero que lo seas de manera oficial. No estoy dispuesto a volver a dejarte escapar, ni a temer lo que puedan decir por ser mayor que tú.

Nos miramos fijamente, y en sus ojos encontré la certeza que me faltaba. No había miedo ni dudas, solo deseo y una promesa silenciosa de que esta vez sería distinto.

Sin pensarlo más, le besé con intensidad, entregándome a ese sentimiento que había esperado tanto tiempo. Y de nuevo, el momento anterior se repitió, cargado de pasión y ternura, de fuego contenido que finalmente encontró su liberación.

Nuestros cuerpos se unieron una vez más, en un espacio donde el tiempo parecía detenerse, donde solo existíamos nosotros, sin nada que temer ni esconder.

Capítulo 13

Dos días después de aquella tormentosa tarde en el despacho, acepté embarcarme en el proyecto que Christian me había propuesto para solucionar el asunto de la filial en riesgo. No fue una decisión impulsiva; necesitaba medir bien los pros y los contras, y, sobre todo, sentir que podía confiar en que trabajar juntos no sería un error.

Pero cuando por fin le dije que sí, algo cambió en el aire, una especie de electricidad que se colaba entre nosotros desde el primer momento en que empezamos a colaborar.

El despacho se transformó en un campo de batalla, una mezcla de profesionalidad y momentos inesperados que dibujaban sonrisas y risas compartidas. Christian y yo éramos dos polos opuestos en muchos sentidos, y aquello no tardó en salir a la luz.

Él, con su manera directa, casi brusca a veces, y yo, más meticulosa y perfeccionista, chocábamos en detalles, pero esa diferencia nos hacía complementarnos más de lo que esperaba.

Y en esa primera reunión que tuvimos frente a la pizarra blanca, Christian defendía a capa y espada una estrategia agresiva para reactivar la filial, mientras yo insistía en un plan más cauteloso y a largo plazo. En un momento dado, levanté la voz, sin querer, porque me parecía que no me escuchaba, y él me miró con esos ojos que conocía tan bien, mezcla de diversión y desafío.

—¿Quieres que te recuerde que soy quien tiene la última palabra? —me soltó, divertido, con una sonrisa que desarmaba.

—Claro, y yo soy quien tendrá que arreglar lo que decidas —respondí, devolviéndole la sonrisa con una chispa de desafío.

Aquella chispa no se apagó. Nos mirábamos con una mezcla de respeto y algo más profundo que ninguno de los dos parecía querer nombrar. Las miradas se cruzaban entre documentos, e-mails y cafés compartidos, y cuando él se acercaba demasiado para señalar algún dato en mi pantalla, sentía un calor subiéndome por la nuca que intentaba disimular.

Hubo momentos de tensión, sí, pero también de complicidad, como cuando nos reíamos de nuestras diferencias o de alguna torpeza del otro. En una ocasión, mientras revisábamos números, Christian soltó un comentario sarcástico sobre mi obsesión por los detalles, y sin poder evitarlo, le respondí con una broma sobre su impaciencia legendaria. Terminamos los dos riendo hasta casi doblarnos.

El ambiente, aunque cargado de trabajo, estaba teñido de una atmósfera distinta, como si todo fuera posible cuando estábamos juntos. Fue inevitable que la química surgiera a pesar de nosotros mismos, y al final pasó lo que tenía que pasar. Un roce accidental de manos que duró demasiado y una mirada que lo decía todo.

Cuando Christian me besó por primera vez en esa nueva etapa, fue un beso cargado de promesas y recuerdos, de deseos y esperanzas. No era solo un beso; era el inicio de algo que ninguno de los dos podía ya negar.

Sin duda, trabajar codo con codo con Christian iba a ser como bailar una coreografía que ninguno de los dos conocía, pero que ambos nos empeñábamos en interpretar sin pisarnos los pies… aunque muchas veces lo conseguíamos sin éxito.

Mientras revisábamos las cifras del último trimestre, él, con su habitual impaciencia, cogió un rotulador y empezó a tachar sin miramientos un informe que yo había preparado con horas de dedicación.

—¡Christian! —exclamé, más sorprendida que enfadada—. ¿Qué haces? Eso no está mal, solo hay que ajustarlo un poco.

—Eso es lo que tú crees —respondió con una sonrisa ladeada—. Si vamos a salvar esa filial, hay que ser más contundentes. Nada de medias tintas.

—Claro, y eso lo dices tú, que a la mínima te saltas las reuniones y llegas tarde —le recordé, cruzando los brazos.

Él levantó las cejas y se encogió de hombros, sin perder la sonrisa.

—Es que mi reloj funciona diferente al tuyo —bromeó—. Pero no te preocupes, que he traído café. Para compensar.

Me reí, a pesar de todo, y acepté esa tregua temporal mientras nos tomábamos un respiro.

Hasta que Christian intentó manejar un programa informático para diseñar la nueva estrategia de marketing. Se le veía totalmente perdido entre gráficos y datos que para mí eran pan comido, y, sin embargo, él no paraba de hacer bromas sobre lo complicado que era todo.

—Esto parece la NASA, no una filial en apuros —se quejaba mientras yo le guiaba con paciencia.

—A ver, vale, no es tan difícil —le dije con una sonrisa—. Solo tienes que seguir este orden y te prometo que no explota nada.

Al final, conseguimos que la presentación quedara lista, pero no sin que Christian se ganara el apodo de “torpe digital” durante toda la tarde, algo que él aceptó con humor, aunque se juró que a la próxima me enseñaría a mí a hacer las cosas “a su manera”.

Pero no todo eran risas y bromas. Entre los documentos y los e-mails, las miradas cargadas de significado eran constantes. En un momento dado, mientras repasábamos un contrato, Christian posó su mano sobre la mía con una suavidad que me hizo olvidar por completo el asunto del que estábamos hablando.

—¿Sabes? —me susurró—. Esto no solo va de negocios.

Sentí que el corazón me latía con fuerza, y aunque intenté apartar la mirada, sus ojos me atraparon con una intensidad que hacía difícil no ceder.

Al acabar la jornada, nos sorprendió una tormenta repentina. El cielo se cerró y la lluvia comenzó a caer con fuerza. Sin pensarlo, Christian me cogió del brazo y tiró de mí hacia su coche.

—No pienso dejarte sola en casa —dijo con una sonrisa—. Te vienes a cenar conmigo.

Ir a cenar con él significaba mucho más que una simple comida; era otra forma de acercarnos, de descubrirnos fuera del contexto profesional, y lo sabíamos los dos.

La tensión entre nosotros crecía sin poder evitarlo, pero también la confianza y la complicidad. Compartíamos risas, miradas furtivas y alguna que otra discusión con un punto picante que nos mantenía vivos.

Su casa era un refugio impecable, una unifamiliar con jardín que, desde fuera, ya mostraba un aire elegante y masculino, sin caer en lo recargado. Al entrar, me recibió un cálido aroma a madera y tierra mojada, mientras la luz suave de las lámparas creaba una atmósfera íntima y acogedora.

El salón era amplio, con muebles de líneas rectas y colores sobrios, predominando el gris, el blanco roto y el marrón oscuro. Un sofá de piel negra invitaba a quedarse, y las estanterías repletas de libros, recuerdos y algún que otro objeto personal daban vida al espacio sin perder la sensación de orden.

Christian me mostró la cocina abierta, donde una isla central con encimera de mármol blanco relucía bajo una lámpara moderna. La cena sería allí, y la sencillez del lugar reflejaba el carácter de su dueño: elegante, práctico y con gusto por las cosas bien hechas.

—Me gusta cocinar cuando quiero desconectar —me dijo, guiándome hacia una silla—. Hoy tocaba algo sencillo, pero espero que te guste.

Durante la cena, la conversación fluyó con naturalidad. Christian me contó detalles de su vida en Madrid, de sus viajes y sus proyectos, y yo me abrí un poco más, dejando que entre las palabras se colaran risas y miradas cargadas de significado.

Tras el postre, nos dirigimos al salón, donde la luz tenue y la música suave crearon el ambiente perfecto. Nos sentamos en el sofá, cerca, demasiado cerca para que fuera casualidad.

Christian posó una mano en mi mejilla, y su mirada fue profunda, cargada de deseo.

—Elena —susurró—, quiero que esta noche sea nuestra, sin prisas ni miedo.

No necesité más. Me acerqué a él, y nuestros labios se encontraron con una urgencia contenida, pero una vez unidos, el beso se hizo lento, explorador, lleno de ternura y fuego al mismo tiempo.

Su mano bajó por mi espalda, y sentí cómo sus dedos dibujaban líneas de calor sobre mi piel. Nos despojamos de las barreras que aún quedaban, ropa que caía al suelo como piezas de un rompecabezas que finalmente encajaba.

El contacto directo con su cuerpo era un torbellino de sensaciones: la firmeza de sus músculos, el calor de su piel, el aroma de su perfume que se mezclaba con el mío. Cada caricia era una promesa, cada suspiro una confesión.

Christian me cogió en brazos y me llevó al dormitorio, donde la luz se filtraba a través de las cortinas, creando sombras suaves que danzaban sobre nuestras pieles entrelazadas.

Una vez en el dormitorio, la puerta se cerró tras nosotros con un leve clic que marcó el inicio de ese instante irrepetible. La penumbra envolvía la estancia, suavizada por la luz dorada de una lámpara de pie que reflejaba nuestras sombras en las paredes. Christian me miró con una mezcla de deseo y ternura que me hizo estremecer.

Sus manos buscaron mi rostro con una delicadeza que contrastaba con la urgencia de sus labios al rozar los míos. El primer beso fue lento, pero cargado de una intensidad que hizo que me olvidara de todo menos de él.

—Estás preciosa —susurró contra mi piel, rozando mi oreja con su aliento cálido—. No sabes cuánto he deseado este momento.

Yo solo pude responder con un gemido bajo cuando sus dedos comenzaron a recorrer el contorno de mi cuello, bajando lentamente hacia mis hombros y espalda. Cada roce era un estremecimiento que recorría mi columna.

Christian se acercó más, su cuerpo presionando el mío, y con voz ronca me dijo:

—Quiero que sientas todo lo que llevo guardado para ti.

Me tumbó suavemente sobre la cama, y sus manos empezaron a explorar cada centímetro de mi piel con una paciencia y fervor que me volvieron loca. Sus dedos dibujaban senderos de fuego, recorriendo la curva de mi cuello, bajando por el escote, hasta llegar a mis pechos, donde sus caricias se hicieron más intensas, tiernas y exigentes a la vez.

—Eres mía —musitó, dejando caer besos entre mis clavículas—, y no pienso dejarte escapar.

Mis manos se enredaron en su cabello, tirando suavemente mientras nuestras bocas se buscaban sin descanso. La pasión entre nosotros crecía como una llama voraz que consumía toda resistencia.

Christian deslizó sus labios hacia abajo, besando mi vientre con delicadeza. Cada movimiento suyo era una promesa y una provocación.

—Quiero sentirte —susurró con la voz ronca por el deseo—, escuchar cada suspiro, cada gemido que me regales.

Sentí cómo su aliento cálido recorría mi piel y cómo sus manos acariciaban con urgencia, sin perder la ternura que hacía que todo fuera aún más irresistible.

Christian me miró con ojos llenos de deseo, y sin apartarme la mirada, deslizó lentamente su mano por el interior de mis muslos, haciendo que un temblor recorriera todo mi cuerpo.

—Eres perfecta —murmuró—. No puedo creer que estés aquí conmigo.

Su boca encontró la mía de nuevo, esta vez más voraz, mientras su cuerpo se fundía con el mío. Sentí su calor, la firmeza de sus músculos contra mi piel, el roce de cada centímetro que exploraba.

Nos movíamos al ritmo de una melodía silenciosa, la nuestra, marcada por la urgencia y el deseo, pero también por una conexión profunda que trascendía lo físico.

Christian me susurraba palabras que me hacían arder, tanto por la pasión como por la ternura.

—Eres increíble, Elena —decía, mientras sus manos recorrían mi espalda —. Quiero que te quedes conmigo, que nunca me dejes.

—Nunca te dejaré —respondí con la voz entrecortada por la mezcla del placer y la emoción que me embargaban en ese momento, mientras acariciaba con la mano su rostro con un amor y un deseo que quemaban.

Cada beso, cada caricia, cada susurro nos acercaba más, hasta que no hubo más espacio en el mundo que para nosotros dos. Nos entregamos sin reservas, con una pasión fogosa y un amor contenido que estalló en ese instante con toda su fuerza.

El cuerpo de Christian se movía con precisión y pasión, sincronizado con el mío, y sentí cómo cada ola de placer nos arrastraba a un lugar donde solo existía el calor de nuestra piel y el latido de nuestros corazones.

Entre gemidos y susurros, me decía al oído palabras que me hacían temblar de emoción y deseo.

—Eres mía, Elena —repetía una y otra vez—. Para siempre.

Cuando alcanzamos el clímax, fue como si todo el mundo desapareciera, dejando solo ese espacio sagrado, nuestro refugio de pasión y ternura.

Nos quedamos abrazados después, con los cuerpos entrelazados, respirando al unísono, con la piel aún sensible por cada caricia, por cada beso.

Christian me acarició el cabello y, con una sonrisa cansada pero plena, murmuró:

—Esta noche ha sido solo el principio.

Yo le respondí con un beso suave, prometiéndome a mí misma que nunca dejaría escapar lo que habíamos encontrado.

Capítulo 14

Desperté con la luz suave que se colaba por las rendijas de la persiana, acariciando mi piel como una caricia tibia y sutil. Me costó unos segundos ubicarme. Las sábanas estaban enredadas entre mis piernas, y el calor que sentía no era solo el del sol de la mañana, sino el de un cuerpo pegado al mío, fuerte, protector. Christian.

El aire olía a café recién hecho. Un aroma denso, acogedor, como de hogar… y de deseo cumplido.

Sentí su respiración pausada en la nuca. Sus brazos aún me rodeaban con una firmeza que no era posesiva, sino natural. Como si el lugar correcto para él fuera ese: envolviéndome.

Me giré lentamente, queriendo saborear la imagen que había guardado en mi memoria tantas veces. Y ahí estaba: su rostro relajado, el mentón apenas cubierto por la sombra incipiente de la barba, sus pestañas oscuras descansando sobre los pómulos. Vulnerable. Hermoso.

Mi pecho se llenó de una ternura tan feroz que me dolió.

Después de tanto tiempo... después de todo lo que había pasado entre nosotros… ¿Cómo era posible que lo sintiera tan mío?

Pasé los dedos con suavidad por la línea de su mandíbula, y justo en ese instante, sus ojos se abrieron.

—Buenos días, preciosa —murmuró con voz rasposa, de esas que aún guardaban el eco de los sueños.

Me besó. Fue un roce suave, como si quisiera confirmar que seguía allí, que la noche no había sido una fantasía. Cerré los ojos y me dejé llevar por esa dulzura. No tenía prisa. El mundo podía esperar.

—¿Has dormido bien? —preguntó, rozando mi clavícula con los labios.

—Mejor que en meses —respondí, sin mentir.

Christian sonrió y estiró una mano para apartar un mechón de mi cabello que caía sobre mi cara.

—Podría acostumbrarme a esto —confesó.

Me reí bajito, sin responder, aunque mi cuerpo sí lo hizo: se acurrucó más contra el suyo. Pero la realidad, siempre inoportuna, nos reclamó con el olor del café y el reloj mental que empezaba a activarse en mi cabeza. Tenía que ir a la oficina.

Suspiré, sin moverme.

—¿Quieres café? —preguntó él, adivinando el momento de transición.

—Solo si lo sirves tú —bromeé.

—Pensé que nunca lo pedirías —dijo, levantándose despacio, con esa seguridad perezosa que solo tenían los hombres que sabían que te habían dejado temblando la noche anterior.

Desde la cama, lo observé caminar hacia la cocina. Llevaba solo los pantalones del pijama, bajos en la cadera, y esa espalda ancha que siempre me había hecho perder el hilo de mis pensamientos. Dios, cómo pude pensar que lo había superado.

Me cubrí con la sábana y me quedé unos minutos en silencio, sola con mis ideas. La noche anterior había sido mucho más que un reencuentro físico.

Había sido rendición. Una rendición mutua a algo que siempre estuvo allí, latiendo por debajo del orgullo, de los silencios, del tiempo. Y ahora... ¿Qué?

—¿Con azúcar o sin? —gritó desde la cocina, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Negro, como mi alma —bromeé, sonriendo para mí misma.

Volvió minutos después con dos tazas y una media sonrisa torcida.

—Tu alma puede que sea negra, pero yo ya me la sé de memoria.

Cuando me dio la taza, nuestros dedos se rozaron, y el tacto fue más eléctrico de lo que esperaba. Me mordí el labio. Él también lo notó.

Me dio un beso en la frente, me levanté y fuimos al salón donde nos sentamos en el sofá, yo envuelta en una manta, él con su taza en la mano y esa mirada que me atravesaba. Hablamos de todo, de nada a la vez. De cosas superficiales y de silencios que no necesitaban explicación.

—Te quedaste dormida sobre mi pecho —dijo de repente—. Te escuché respirar, y juro que sentí que no necesitaba nada más.

No supe qué contestar. Me limité a apoyarme de nuevo en su hombro, como si así pudiera retrasar lo inevitable: el momento en que esa burbuja perfecta se rompiera.

Pero el deseo, como siempre con él, fue impredecible. Bastó una mirada, un roce, una pausa demasiado larga entre palabras, para que todo el control se viniera abajo.

Christian dejó su taza sobre la mesa con un golpe seco y se acercó a mí. Sus ojos estaban oscuros, dilatados, como si algo dentro de él se hubiera desatado.

—No quiero que te vayas —susurró, y su voz tenía esa cadencia grave que me hacía olvidar cómo respirar.

Se inclinó sobre mí, despacio, con la determinación de quien sabía lo que quería. Nuestros labios se encontraron con una urgencia nueva, más feroz. Me besó como si quisiera memorizarme desde dentro. Como si me reclamara.

Sus manos, grandes, firmes, me alzaron con facilidad. Me llevó al dormitorio sin soltarme, sin dejar de besarme, como si no pudiera darse el lujo de separarse un segundo.

—No tienes idea de cuánto pensé en ti en estos años —murmuró contra mi cuello, mientras su cuerpo se alineaba con el mío—. De cuántas veces quise que fueras tú la que compartía mi cama.

—Demuéstramelo —le pedí entre jadeos, deseando volver a sentirle una vez más.

Y lo hizo.

Cada caricia era precisa. Cada beso tenía peso. Cada gemido era una confesión. Hicimos el amor como si fuéramos dos piezas diseñadas para encajar solo entre sí. Entre sus brazos, volví a ser la Elena de antes, pero también una nueva: más fuerte, más segura, más suya.

No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando finalmente el silencio se hizo entre nosotros, y nuestros cuerpos descansaban enredados otra vez, supe que algo se había sellado. Un pacto silencioso. Un inicio. Un punto de no retorno.

Cuando finalmente Christian se levantó para ducharse, yo me quedé mirando cómo el agua caía sobre su cuerpo, el vapor dibujando siluetas en el cristal, sintiendo que esa intimidad nos había unido de una manera que no se podía romper.

Nos vestimos con calma, sin prisas. Con aquella camisa blanca, el reloj en la muñeca, la barba apenas perfilada… Christian parecía una maldita campaña de publicidad viviente.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

—Sí. Solo estoy… procesando.

—¿Lo de anoche?

—Lo nuestro —confesé con una leve sonrisa.

Asintió, acercándose hasta quedar a centímetros de mí.

—No quiero que esto sea solo un paréntesis, Elena. No, después de todo lo que ha pasado. Si tú me dejas, quiero quedarme.

Mi corazón se aceleró.

—Y si no funciona… ¿Qué? —pregunté, con un hilo de voz.

—Entonces lo sabremos juntos. Pero no quiero quedarme con la duda de lo que podríamos ser.

Mi garganta se cerró. Solo pude asentir. Nos besamos una vez más, con esa mezcla dulce y triste que tenían las despedidas breves. Porque ese no era un adiós para nosotros, ya que nos veríamos de nuevo en la oficina en un rato.

El trayecto en coche fue silencioso, pero lleno de electricidad. Nuestras manos se rozaban en la palanca de cambios, nuestras miradas se buscaban en los semáforos, y el aire dentro del coche parecía cargado de algo más que deseo: expectativa. Ilusión. Miedo.

Me dejó en casa con un último beso en la frente.

—Te veo ahora —dijo y sonreí al tiempo que asentía abriendo la puerta del coche.

Subí a mi piso en piloto automático. Me metí a la ducha y dejé que el agua arrastrara el sueño, las dudas… pero no los recuerdos. Esos se quedaron, clavados en la piel, en la memoria, en el pecho.

Estaba enamorada de él. En realidad, siempre lo había estado. Estaba claro ahora que, a pesar de los años y la distancia, nunca le había olvidado, y que seguía enamorada de él con la misma intensidad que cuando era una cría.

Y esa certeza, tan simple, tan brutal, me acompañó mientras me vestía, mientras me recogía el cabello y preparaba los papeles para la reunión. No era una adolescente soñadora ya. Era una mujer hecha y derecha. Y, aun así… él seguía siendo mi debilidad más feroz.

Al llegar a la oficina, el bullicio habitual me recibió con su ritmo frenético. El olor a café recién hecho, el sonido de los teclados y las voces entremezcladas formaban una atmósfera familiar que me ayudó a despejar la mente.

Carmen estaba en su puesto cuando entré, repasando la agenda del día con la precisión que la caracterizaba.

—Buenos días, Elena —me saludó con una sonrisa—. Hoy tienes varias reuniones importantes, ¿quieres que te acompañe en alguna?

Asentí, agradecida por su apoyo constante. Hablamos brevemente sobre los detalles de las juntas, repasamos documentos y definimos algunos puntos clave antes de que me dirigiera a mi despacho.

Mientras organizaba algunos papeles, la puerta se abrió y apareció mi padre, con el ceño ligeramente fruncido y una expresión seria que no prometía buenas noticias.

—Tenemos un problema —empezó sin preámbulos—. Hay un competidor local que está intentando arrebatar algunos contratos que hasta ahora han estado vinculados a *Salval*. La tensión está creciendo y no podemos permitirnos perder terreno.

Sentí un nudo en el estómago. Aquella filial en riesgo parecía cobrar cada vez más protagonismo y, ahora, esto. Pero no podía dejar que aquello afectara el avance que Christian y yo habíamos logrado.

—¿Sabes algo más concreto? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Solo que están moviendo ficha rápido. Tendremos que actuar con inteligencia.

Poco después, Christian llegó para reunirse con nosotros en la sala de juntas. Su presencia imponía una mezcla de autoridad y confianza que me tranquilizaba a pesar de la situación.

Después de escuchar a mi padre sobre ese nuevo obstáculo al que deberíamos enfrentarnos, explicó su propuesta con claridad y convicción, una estrategia audaz que apostaba por innovar y arriesgar para recuperar el control de la filial y evitar que nos quitaran esos contratos.

—Es una jugada fuerte —admití con cautela—. Pero también peligrosa. Si sale mal, podríamos perder mucho más que un contrato.

Christian me miró fijamente, sin apartar los ojos ni un segundo.

—Confía en mí, Elena. He estudiado todas las variables. Podemos hacerlo, pero tenemos que estar unidos.

El conflicto profesional amenazaba con poner en peligro lo que habíamos construido juntos, tanto en el trabajo como en lo personal. Sentí la tensión crecer, no solo por la presión externa, sino por la incertidumbre que se abría entre nosotros.

—No será fácil —dije, consciente de que aquel era solo el principio de una batalla que requeriría todo nuestro esfuerzo y complicidad.

Christian asintió y, mientras el día avanzaba, supe que, a pesar de todo, no estaba dispuesta a rendirme ni a dejar que nada rompiera lo que estaba floreciendo entre nosotros.

Capítulo 15

Dos días después, el reloj marcaba las ocho y media cuando crucé la puerta del restaurante. Era uno de esos rincones casi secretos del centro, con luces cálidas, paredes de piedra vista y una carta que conocía tan bien como a mis amigas.

Mireia y Valeria ya estaban sentadas en nuestra mesa habitual, al fondo, cerca de la ventana. Me recibieron con sonrisas amplias y esas miradas que no necesitaban palabras. Lo sabían. Sabían todo sin que yo hubiera dicho nada todavía.

—¡Por fin! —exclamó Valeria, levantándose para darme un beso en la mejilla—. Pensé que ibas a plantarnos. Debes de estar… muy ocupada últimamente.

—¡Déjala sentarse, Valeria! —rio Mireia, divertida—. Pobre, seguro que ni ha respirado desde que se subió al coche.

Me reí y me dejé caer en la silla con un suspiro largo. Sabía que esa cena iba a ser intensa, en el mejor sentido. Con ellas dos, siempre lo era.

—Bueno, venga —dijo Valeria, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos bajo el mentón, con una sonrisa llena de picardía—. Cuéntanos ya. ¿Qué pasa con Christian? Porque se te ve… diferente. Como con más brillo. Más… luz. O fuego, no sé.

Volteé los ojos con una sonrisa, sin poder evitar que se me escapara un suspiro cargado de emoción.

—Pues… estamos juntos —dije al fin, con una mezcla de vértigo y alivio —. No sé cómo explicarlo bien. No sé en qué acabará, pero… lo estamos intentando.

Por un segundo, hubo silencio. Una pausa que lo dijo todo. Y luego, como una explosión sincronizada, ambas soltaron carcajadas y exclamaciones.

—¡Sabía que acabarías cayendo! —dijo Valeria, levantando su copa de manera triunfal—. En los brazos del pecado hecho carne. ¡Lo sabía!

—Y nosotras aquí, esperando la invitación para la boda —añadió Mireia con una sonrisa burlona.

—¡No digáis tonterías! —me reí—. No hemos llegado tan lejos.

—Pero vas camino de ello, ¿a que sí? —insistió Valeria, dándome un pequeño codazo—. ¡Esa cara no engaña, querida! Tienes el brillo de alguien que ha tenido un orgasmo de otro nivel.

Me tapé la cara con las manos, riendo como una cría, sintiéndome de repente vulnerable, pero increíblemente afortunada. Era maravilloso tenerlas, poder hablar con libertad, sin juicios, con la certeza de que me entendían incluso cuando no sabía explicarme.

Pedimos vino y, entre risas, empezamos a hablar de todo. De lo vivido, de lo que vendría. Fue entonces cuando Mireia cambió el tono, más bajo, más serio.

—Os tengo que contar algo —dijo, mirando el borde de su copa—. Es sobre Álvaro.

—¿El guapísimo Álvaro con cara de pecado dominguero? —interrumpió Valeria, burlona.

—Ese mismo —dijo Mireia con una sonrisa tímida—. Hace unos días, me dijo que está enamorado de mí. Que lo nuestro no le basta. Que me quiere

entera, sin condiciones.

Me quedé mirándola, notando cómo se le iluminaban los ojos, aunque intentara ocultarlo.

—¿Y tú? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta—. ¿Tú qué sientes?

Mireia bajó la vista.

—Mucho más de lo que pensaba. Más de lo que me atrevo a admitir. Me da miedo cagarla. Miedo a… abrirme del todo.

—Ya lo estás —le dije, tocando su mano suavemente—. Y él lo nota. Si sientes algo real, ¿para qué vas a fingir? No lo castigues por amarte.

Valeria se incorporó, tan directa como siempre.

—Ese hombre se muere por ti, Mireia. Y tú estás igual. Así que deja de dudar y ve a por todas.

Mireia sonrió. Primero dudosa, luego con firmeza.

—Tenéis razón. Se acabaron las medias tintas. Esta noche le llamo. Y le digo que quiero lo mismo que él.

—¡Eso es! —gritó Valeria, levantando su copa—. ¡Por el amor, los ovarios y las decisiones sin miedo!

Estallamos en risas, brindamos y, durante unos minutos, el mundo fue perfecto. No había complicaciones, ni dramas, ni pasados que dolían. Solo nosotras tres. Reales y unidas, como siempre había sido.

Cuando Mireia se marchó, el ambiente se volvió más íntimo. Valeria y yo nos quedamos terminando los últimos sorbos de vino, con la música del local flotando en el aire como un susurro lejano.

Entonces mi móvil vibró. Era Christian.

Christian: *¿Estás libre para una copa?*

Sentí una sonrisa florecer antes incluso de responder.

Elena: *Estoy con Valeria. Hemos cenado con Mireia.*

La respuesta llegó en segundos.

Christian: *Yo acabo de cenar con Mario. Si a Valeria le apetece, podemos vernos los cuatro.*

Le enseñé el mensaje a Valeria, que arqueó una ceja y sonrió con ese brillo de travesura que la definía.

—Por mí, perfecto. Me quedé con ganas de conocer mejor a Mario aquella noche en el local.

Salimos del restaurante caminando despacio por las calles iluminadas del centro, con el aire templado acariciándonos el rostro. Al llegar al local que Christian había propuesto, sentí una corriente de emoción subir desde el estómago. Era un bar elegante, con música baja, iluminación tenue y ese ambiente íntimo que lo hacía perfecto para lo que estaba por venir.

Christian ya estaba allí. Cuando me vio, se levantó y vino directo hacia mí. Su sonrisa me dejó sin aire. Me besó, suave pero firme, como si no le importara quién mirara.

—Hola, preciosa —susurró contra mis labios.

—Hola, tú —le respondí, apoyando mi frente contra su pecho unos segundos.

Nos sentamos. Mario resultó ser encantador, simpático, con un sentido del humor agudo que encajó con Valeria al instante. Entre ellos, las chispas volaban. Pero yo apenas podía prestarles atención.

Christian me rozaba el muslo con la mano bajo la mesa. Me hablaba bajito al oído y sus dedos se deslizaban por mi espalda de vez en cuando. Su cercanía me envolvía.

—Estás preciosa —me susurró—. Te vi entrar y quise quitarte todo lo que llevas puesto.

Me estremecí.

—¿Así de mal estamos?

—Así de jodidamente obsesionado estoy contigo.

Me mordí el labio, sonriendo.

—Quiero pasar la noche contigo —dijo de pronto, directo, con la voz baja, grave, con esa firmeza que hacía que todo en mí temblara.

—Vale —susurré sin dudar—. Pero en mi casa.

No pude ver su sonrisa completa porque justo en ese instante, el aire cambió. Una figura conocida se acercó desde la entrada. Mi estómago se hundió. Era Sergio, mi ex.

Su presencia era como una nube oscura irrumpiendo en un cielo despejado.

—Elena —dijo al verme, con voz firme, clavando sus ojos en los míos—. Cuánto tiempo…

—Y me habría encantado que siguiera siendo así —le corté, y entonces dijo algo que no esperaba escuchar jamás saliendo de sus labios.

—He dejado a mi mujer. No he podido olvidarte.

El mundo pareció detenerse.

—No me interesa —respondí, con voz fría.

Sergio dio un paso más. Pero antes de que pudiera decir nada, Christian se puso de pie. Se colocó frente a mí, entre él y yo, como un escudo.

—Por favor, déjala en paz —dijo con tono calmado, pero firme.

Sergio lo miró, con una sonrisa torcida.

—¿Y tú quién te crees que eres?

Christian lo miró a los ojos, sin un parpadeo.

—Soy su pareja. Su presente. Su futuro, si ella quiere. Y tú… no eres nadie aquí.

Sergio apretó los puños. Se notaba su rabia contenida.

—No eres nadie para impedir que hable con la mujer a la que amo.

—Yo no tengo que impedírtelo —dijo Christian, acercándose medio paso —. Ella ya te lo ha dicho. No le interesas. Y si te acercas de nuevo, te saco yo mismo a rastras.

Valeria se levantó y se colocó a mi lado, con los brazos cruzados.

—Vuelve a la cloaca de la que nunca deberías haber salido —espetó—. Bastante hiciste engañándola y destrozándola. Ya tuviste tu oportunidad. Y la perdiste.

Sergio me miró por última vez y buscó algo en mi rostro. Supongo que ternura. O debilidad. No encontró ninguna. Solo mi mano aferrada a la de Christian. Entonces se fue.

El aire volvió lentamente a nuestros pulmones. Christian me sostuvo el rostro entre las manos, con infinita ternura.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí, con un nudo en la garganta.

—Sí. Gracias.

—Es hora de irnos —murmuró—. Quiero disfrutar de mi mujer toda la noche.

Esas palabras me envolvieron como una promesa. Como un juramento.

Salimos del local con las manos entrelazadas. Fuera, el mundo seguía girando. Pero yo sabía que algo había cambiado dentro de mí.

Esa noche, mientras Christian conducía hacia mi casa con una mano en el volante y la otra en mi muslo, supe que nadie, nunca más, iba a tener el poder de romperme. Porque por primera vez en mucho tiempo, no estaba sola. Estaba con él. Íbamos juntos. Y lo que estaba naciendo entre nosotros ya no era solo deseo o historia. Era futuro.

Capítulo 16

Llegamos a mi casa con la noche aún joven, pero con esa complicidad y electricidad que hacía que todo a nuestro alrededor pareciera cobrar vida propia. Christian me cogió de la mano con esa mezcla perfecta de ternura y urgencia que ya conocía, pero que nunca dejaba de hacerme estremecer. Su palma caliente y firme se cerraba sobre la mía como si no quisiera dejarla ir nunca.

Cerré la puerta y, durante una fracción de segundo, nos miramos en silencio. Sus ojos eran un océano encrespado, tan intensos, tan llenos de algo que no sabía si era deseo, ternura o ambas cosas a la vez. Pero no hizo falta que dijera nada. Se inclinó hacia mí, y su boca se posó sobre la mía con ese hambre dulce que sabía exactamente cómo hacerme perder el sentido del tiempo.

Era un beso profundo, lento, lleno de promesas. Una conversación sin palabras donde cada roce de labios, cada respiración entrecortada, parecía decir: “Estoy aquí. Esto es real. No hay marcha atrás.”

Me aferré a su camisa mientras sus dedos recorrían mi cintura. Notaba cómo sus manos temblaban ligeramente, como si se estuviera conteniendo, como si no quisiera precipitarse. Pero había fuego en su forma de tocarme, un fuego que me incendiaba por dentro.

—Te he echado tanto de menos hoy —me susurró con la voz áspera, mientras sus labios rozaban la línea de mi mandíbula.

—¿Hoy? Pero si nos hemos visto en la oficina —dije entre risas suaves, sin separarme de él.

—Una hora sin ti ya me parece demasiado.

Sus palabras se colaron como electricidad bajo mi piel. No era solo lo que decía, era cómo lo decía. Con la voz ronca, la respiración entrecortada y los ojos fijos en los míos como si no hubiera nada más en el mundo.

Nos desnudamos despacio, sin prisas. Cada movimiento tenía algo de ceremonia. Mis dedos se enredaban en los botones de su camisa, disfrutando del camino que se abría ante mí. Su pecho cálido y fuerte se ofrecía ante mis manos con una confianza que me emocionaba. No había vergüenza, ni pudor. Solo dos cuerpos que se conocían desde hacía poco, pero que se reconocían como si siempre se hubieran estado esperando.

Me detuve un momento, observándolo. La curva de sus hombros, la forma en que me miraba, vulnerable y seguro a la vez.

—Eres preciosa —dijo de pronto, como si el pensamiento se le escapara.

Tragó saliva, y sus dedos, suaves pero firmes, dibujaron líneas ardientes desde mi cuello hasta la curva de mi espalda.

—No sabes cuánto te he deseado toda mi vida, Elena.

Sentí cómo me ardían las mejillas, cómo me temblaban las piernas. No por timidez, sino por el peso de sus palabras, por la verdad que había en ellas. Me acerqué a su oído, con una sonrisa pícara, y susurré:

—¿Y ahora qué vas a hacer con todo ese deseo?

Su risa, grave y vibrante, fue como un escalofrío delicioso bajándome por la columna.

—Voy a demostrártelo. Que no es un fuego fugaz, sino algo real, profundo. Algo que no quiero que se acabe.

Y entonces me besó de nuevo, con una mezcla perfecta de urgencia y ternura que me hizo olvidarlo todo. El mundo entero desapareció. No existía nada fuera de ese cuarto, de sus manos, de su boca, de su cuerpo que se pegaba al mío como si intentara fundirse conmigo.

Cada caricia era un descubrimiento. Cada beso, una promesa. Su cuerpo cubría el mío con un calor que no solo era físico, sino emocional. Me sentía amada. Deseada. Vista.

Así era como se sentía cuando alguien te quería de verdad. No se trataba solo de pasión, o de deseo; se trataba de pertenecer.

Nos movíamos como si lleváramos toda la vida haciéndolo. Como si nuestras pieles hubieran memorizado cada rincón del otro en un tiempo anterior, secreto y mágico. No necesitábamos hablar, porque ya lo decíamos todo con nuestras respiraciones aceleradas, con nuestras manos entrelazadas, con los ojos que no se apartaban ni un segundo.

Sus labios se detuvieron en mi clavícula, y mientras sus dedos entrelazaban con los míos, murmuró sin poder evitarlo:

—No quiero que esto sea una aventura más para ti. No podría soportar que fuera solo eso.

—No lo será —le respondió, y su voz me sorprendió. Sonaba firme. Convencida. Y sentí que aquellas palabras contenían una verdad inmensa.

Lo miré a los ojos, y vi en los suyos un brillo que me dejó sin aliento: emoción pura. Sin defensas. Sin máscaras.

Sus manos descendieron por mi espalda, suaves, reverentes, hasta que nuestros cuerpos se encontraron por completo, y fue como si el mundo dejara de girar. Me aferré a sus hombros y cerré los ojos, perdida en la sensación de pertenecer, de sentirme viva, completamente viva.

Me susurraba cosas tiernas, llenas de cariño, otras más atrevidas, provocadoras, que me hacían reír entre jadeos. Esa mezcla suya, de protector dulce y amante salvaje, era una droga de la que no quería desintoxicarme jamás.

—Nunca imaginé que esto podría ser así —le dije, jadeando contra su cuello—. Si me hubieran dicho cuando era una niña que estaría aquí contigo, ahora mismo, no lo habría creído.

Él rio bajito, besando mi frente con ternura.

—Yo tampoco. Pero aquí estamos. Y no pienso dejar que esto acabe nunca.

Y lo dijo tan convencido, tan desde dentro, que sentí que algo en mi pecho se abría por completo. Porque el amor no siempre gritaba. A veces susurraba.

Nos dejamos llevar por la noche. Por el deseo contenido durante horas, por esa tensión silenciosa que se había ido acumulando en cada mirada, en cada roce de manos durante los trayectos al trabajo, en cada palabra susurrada que decía más de lo que parecía.

Lo nuestro no era precipitado. Había algo maduro, profundo, que lo hacía distinto. Yo lo sentía así. Como si cada gesto, cada beso, cada caricia, estuviera impregnado de algo más que lujuria. Era cariño. Era historia. Era respeto.

Después de la tormenta deliciosa que fue entregarnos el uno al otro, me quedé acurrucada en su pecho. Podía escuchar su corazón latiendo fuerte y pausado bajo mi mejilla. Lo sentía real. Y, sin embargo, me parecía imposible que ese hombre, ese que durante años había sido solo una figura borrosa en los recuerdos de mi adolescencia, ahora fuera el centro de mi vida.

Pensé en todas las veces que lo miré en silencio, desde lejos. En cómo me sonrojaba cuando me hablaba. En cómo inventaba excusas para quedarme unos minutos más en casa de sus padres solo para cruzármelo en el pasillo. Y ahora… estaba aquí. Conmigo. Dentro de mi vida. Dentro de mi cama.

Me acariciaba el brazo con la yema de los dedos, haciendo círculos suaves. Cada uno de esos gestos tenía un efecto tranquilizador, casi hipnótico.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja, rompiendo el silencio con una delicadeza que me hizo sonreír.

—Estoy… feliz —le respondí, sin pensarlo.

Christian levantó ligeramente la cabeza, me miró con ternura y esbozó una sonrisa que me dejó sin aire.

—Eso es todo lo que quiero escuchar.

Me besó la frente y se acomodó mejor, como si quisiera envolverse conmigo. Me abrazó con fuerza, con ese tipo de abrazo que decía "no te vayas", incluso cuando sabías que nadie se iba a mover.

—¿Sabes? —dijo de pronto—. Me acuerdo de ti cuando eras adolescente. Siempre ibas con esos cuadernos bajo el brazo, escribiendo cosas, tan callada… Pero tenías una mirada que me llamaba la atención. Como si siempre estuvieras pensando algo que no querías compartir con nadie.

—Es que estaba escribiéndolo todo en mi cabeza —dije, riendo bajito—. Siempre lo he hecho.

—¿Y me escribías a mí?

Lo miré, fingiendo sorpresa.

—¿Tú qué crees?

Christian me miró con una ceja arqueada, divertido.

—Yo creo que sí. Y que probablemente no salía bien parado.

—Depende del día. Algunas veces eras el caballero inalcanzable... otras eras el idiota que no me miraba ni por error.

Él soltó una carcajada profunda, única, que me desarmó por completo.

—Dios… qué mal me dejas —dijo, bromeando, y luego volvió a ponerse serio—. Pero te juro que si hubiera sabido lo que tú sentías… Quizá todo habría sido distinto.

—No —le interrumpí—. Todo ocurrió como tenía que ocurrir. Si nos hubiéramos enredado antes, quizá no habríamos estado preparados. Ahora sí

lo estamos. Ahora sabemos lo que queremos. Y yo era mucho más joven; no lo habrían permitido nuestros padres.

Y lo dije tan convencida que incluso me sorprendí a mí misma. Pero era verdad. Había pasado por tanto en mi vida, había aprendido tanto sobre mí, sobre lo que no quería… Y ahora, justo ahora, lo sentía: esto era distinto. Esto era bueno.

Nos quedamos en silencio unos minutos, simplemente respirando juntos. Me sentía protegida, cuidada. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía en casa. No por las paredes que me rodeaban, sino por la persona con la que estaba.

Capítulo 17

La mañana siguiente despertamos con la luz tenue del sábado colándose por las cortinas, creando un suave resplandor dorado en la habitación. Sentí su respiración en mi nuca antes de abrir los ojos. Su brazo me rodeaba la cintura y su cuerpo se acoplaba perfectamente al mío.

Me giré despacio, y sus ojos estaban abiertos. Christian me miraba con un brillo diferente en ellos.

—Buenos días —susurré.

—Estabas dormida como un ángel… No quería despertarte.

—Me estabas mirando mientras dormía. Qué romántico… y un poquito inquietante.

Christian sonrió, besándome la punta de la nariz.

—Es que no me canso de mirarte.

Me reí entre dientes. Él siempre sabía exactamente qué decir para dejarme sin defensas. Me sentía tonta, adolescente. Pero también me sentía feliz, viva, deseada. Y eso lo cambiaba todo.

Después de ducharnos juntos, lo cual fue más provocador que funcional, preparamos un desayuno sencillo: café, tostadas, fruta y muchas risas de por medio.

—Oye —dijo él, mientras untaba mantequilla en una tostada—. He estado pensando…

—Miedo me das.

—Estaba pensando que… tal vez debería dejar algo de ropa aquí. Y tú en mi casa. Por comodidad, claro.

Lo miré arqueando una ceja, jugando a que no me tomaba en serio lo que acababa de decir.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué tanta comodidad de pronto?

—Porque cada vez que paso una noche contigo, al día siguiente tengo que volver a casa a cambiarme como un adolescente escapado. Y, además, quiero poder venir aquí sin excusas.

Me sorprendí a mí misma sintiendo una calidez agradable en el pecho. No era solo una frase práctica. Era un símbolo. Era él diciendo "quiero formar parte de tu vida, de tu espacio, y que tú formes parte de la mía".

—Está bien —le dije, fingiendo indiferencia—. Pero solo si la ropa es bonita y no me arruinas la decoración del armario.

—Prometo traer lo mínimo. Y todo en escala de grises.

Reímos los dos, y sentí que algo se afianzaba entre nosotros. Un paso más, uno pequeño pero firme, hacia algo más grande.

Como era sábado y no teníamos prisa por nada, y eso ya se sentía como un lujo en nuestras vidas, nos vestimos sin apuro. Mientras elegía ropa cómoda, noté cómo Christian me observaba de reojo desde el marco de la puerta, con una expresión mezcla de ternura y deseo contenido.

—¿Sabes que tienes una forma muy concreta de doblar las camisetas? —comentó de repente, divertido.

—¿Y eso te sorprende?

—No. Me encanta. Es como una mezcla entre maniática y meticulosa. Totalmente tú.

—Me estás llamando controladora de forma elegante, ¿verdad?

—Te estoy diciendo que hasta eso me gusta de ti.

No supe qué responder. Era una tontería, una observación sin importancia, pero había algo en la manera en que lo dijo, en cómo sonaba su voz al decir "me gusta de ti", que me dejó el corazón latiendo un poco más rápido.

Preparé una bolsa con ropa interior, algunos trajes, blusas, vestidos y productos de higiene para dejarlas en su casa tal como me había pedido. Salimos cogidos de la mano, con esa sensación que uno tenía cuando el día prometía cosas buenas.

Durante el trayecto en coche hasta su casa iba un poquito nerviosa, no iba a mentir, pero sentía una plenitud y un amor que me mantenían en una nube. ¿De verdad estaba viviendo esto con el chico del que me había enamorado cuando tenía apenas doce años?

Cuando llegamos a su casa, Christian dejó mi bolsa en su habitación, justo al lado del armario. Me observó por un segundo, como esperando una reacción.

—Si quieres… puedes dejar algunas cosas en el cajón del medio —dijo con una media sonrisa—. Lo tengo vacío desde que me mudé. Pero creo que ya va siendo hora de llenarlo.

Me quedé quieta unos segundos. Ese detalle, tan simple y tan lleno de significado, me desarmó.

—¿Sabes que eso es casi más íntimo que hacer el amor?

—Lo sé —dijo, y se acercó a mí—. Por eso te lo ofrezco. Porque quiero que estés en cada rincón de mi vida.

Me costó hablar, porque la emoción me apretaba el pecho. Pero asentí, y guardé mi neceser en ese cajón, sintiendo que algo en mí se acomodaba

también.

Decidimos invitar a Mario y Valeria a comer. Christian quería algo informal, distendido. Yo también. Después de tantas emociones, necesitábamos rodearnos de nuestras personas, reírnos, compartir.

También pensamos en Mireia y Christian dijo que la invitara para que viniera con Álvaro, pero ella me dijo por mensaje que se habían escapado a la sierra para celebrar su primer fin de semana oficial como pareja. Me alegró saberlo. Después de todo lo que ella había pasado, merecía un poco de felicidad estable. Cuando se lo conté a Valeria, por mensaje, me respondió con un montón de emojis de aplausos y algunas flamencas del WhatsApp seguidos de un mensaje.

Valeria: *¡Bien por ella! Ya era hora de que se dejara querer como se merece.*

Christian y yo cocinamos juntos. Bueno… él cocinó, y yo fui más una molestia cariñosa que le robaba cucharas de salsa para probar antes de tiempo. Me encantaba verlo concentrado, con ese gesto serio mientras picaba cebolla como un chef. Y cuando me pillaba observándolo como una acosadora, se giraba y me decía:

—¿Tú estás ayudando o evaluando mis dotes culinarias?

—Estoy ayudando… moralmente.

—Ajá.

Cuando llegaron Mario y Valeria, la casa se llenó de esa energía chispeante que solo los buenos amigos podían provocar. Valeria estaba radiante, con ese brillo en los ojos que solo se tenía cuando alguien te miraba como si fueras magia. Y Mario… bueno, Mario tenía la sonrisa tonta de alguien que estaba completamente perdido por ella.

Comimos en la terraza, bajo la sombra de la pérgola, con una brisa suave que acariciaba el ambiente. Y di gracias porque no lloviera, que el cielo nos hubiera dado una pequeña tregua ese día. Había vino, risas, miradas

cómplices. Era como si todos supiéramos que ese momento era especial, que no hacía falta nada más.

—Oye, Elena —dijo Mario en un momento, apoyando su copa de vino en la mesa—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que Valeria era de armas tomar?

—Claro que sí.

—Pues me he quedado sin armadura. Me ha desarmado por completo.

Valeria se rio, pero sus mejillas se tiñeron de rojo. Mario la atrajo hacia él y la hizo sentarse en su regazo. Ella lo miró con una mezcla de dulzura y descaro.

—¡Eh! Recuerda que soy una mujer trans, no te olvides —bromeó, como siempre, con su estilo directo.

Mario le acarició la mejilla con la yema de los dedos y respondió, sin un ápice de duda:

—Si eres una mujer completa, eso es todo lo que importa.

La mesa se quedó en silencio por un segundo. No era incomodidad, era respeto. Admiración. Yo sentí una punzada en el pecho. Valeria se merecía eso. Palabras dichas con amor, sin explicaciones, sin dudas.

Cuando él la besó, con una pasión tan intensa que la hizo apartarse un momento para abanicarse con la mano, soltó:

—No podrías prestarnos una habitación, ¿verdad, cuñado?

Los cuatro estallamos en carcajadas, y Mario añadió, medio en broma:

—Mejor nos vamos a mi casa, no vaya a ser que Christian y Elena se escandalicen con nuestros gritos.

Valeria replicó con una sonrisa pícara:

—Ya me estás poniendo cachonda solo de pensarlo, así que cuidado.

Nos reímos de nuevo, disfrutando de esa sensación de grupo, de amistad y de cariño que hacía tiempo que no experimentaba con tanta naturalidad.

Cuando llegó el momento de despedirse, abracé a Valeria con fuerza y le dije:

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad. Pero, por favor, ve con cuidado.

Ella sonrió, confiada.

—No te preocupes. Antes de pasar al siguiente nivel, quiero hablar con él. Todo irá bien.

Cuando Mario y Valeria se marcharon, me quedé abrazada a Christian en la puerta. El sol se estaba poniendo, tiñendo el cielo de un naranja suave. El silencio era cómodo.

—Me alegro mucho por ellos —le dije—. Pero tengo miedo por Valeria.

—No te preocupes. Mario, aunque es un poquito mujeriego, siempre ha sabido que, si se enamorase algún día, sería para siempre. Como yo.

Me giré para mirarlo, y con una sonrisa juguetona, pregunté:

—¿Y de quién te enamoraste tú?

Él me sostuvo la mirada. Sus ojos, tan claros, tan llenos de verdad, brillaban con una intensidad que me dejó sin palabras. Y entonces me besó con una ternura y una pasión que hicieron estremecerme.

—De ti —dijo cuando se separó—. Desde que dejé de verte como una niña. Tenías dieciséis años. Y yo… ya estaba jodido. Eres la mujer a la que he amado siempre.

Me temblaron las rodillas. Porque lo decía con una naturalidad, con una seguridad… que lo hacía indiscutible.

Y pensé en todas las veces que mi corazón latió por él en secreto. En cómo lo escribí en mi diario como una confesión peligrosa. En cómo lo amé en silencio durante años, sin imaginar que él también me estaba viendo.

No dije nada. Solo lo besé. Un beso lento, profundo. Y en ese instante pensé en lo mucho que él ignoraba, que mi corazón había empezado a latir con fuerza por él mucho antes de que lo hiciera el suyo, y me perdí en ese beso lleno de promesas y verdades no dichas.

Y esa noche, cuando nos acostamos de nuevo, no fue con deseo urgente. Fue con amor. Con ternura. Con esa certeza serena que nacía cuando dos personas se elegían de verdad.

Capítulo 18

Dos semanas. Exactamente catorce días desde que Christian y yo dejamos de fingir indiferencia y cruzamos esa línea invisible que ambos llevábamos bordeando desde su regreso a Cádiz.

Lo curioso era que, lejos de enturbiarlo todo, nos habíamos convertido en una especie de pareja extraoficial, siendo mucho más cómplices, eficientes y absurdamente sincronizados, sin tener que hablar demasiado de lo que eso significaba.

Y yo, que llevaba años levantando muros, me descubrí bajando la guardia con una facilidad que me daba tanto vértigo como paz.

Esa mañana, la luz se colaba por las amplias cristaleras de la sala de reuniones con una calidez suave, algo que, para estar a unos días de comenzar diciembre, era de agradecer. Christian estaba sentado a mi derecha, revisando en su Tablet la propuesta de presupuesto para la campaña de diciembre. Yo, con mi portátil abierto, repasaba los últimos ajustes al calendario de contenidos, mientras tomaba un sorbo de mi café.

—La línea masculina va a romperlo, Elena —comentó él sin apartar la vista de la pantalla—. Esta estética limpia, natural, sin florituras y con ese punto salvaje... lo han clavado.

—No lo hemos clavado aún —le corregí con una sonrisa contenida—. Hasta que no vea las cifras de ventas, no doy nada por hecho.

—Esa es la Valverde que recuerdo —rio él suavemente—. Fría como un comité de control de calidad.

Le lancé una mirada de reojo, divertida, pero con ese tono que solo los que me conocían bien entendían.

—Y tú sigues siendo un encantador de serpientes.

—¿Eso es un halago? —preguntó con curiosidad.

—Depende. ¿Tú lo dirías como halago?

Nos miramos un segundo más de lo que habríamos debido. Mireia entró en ese instante con su carpeta bajo el brazo y su eterno olor a perfume floral y notas cítricas. Detrás de ella, Carmen ya había dispuesto botellas de agua, blocs de notas y copias impresas de los últimos avances del proyecto. Diego entró refunfuñando algo sobre las previsiones y los márgenes, como siempre, y mi padre lo siguió con su paso firme y la mirada vigilante de quien nunca había dejado de ser jefe, aunque oficialmente ya no lo fuera.

La reunión comenzó con eficacia. Mireia expuso los pedidos ya confirmados por parte de varias tiendas colaboradoras, sobre todo en Sevilla y Málaga, y habló del entusiasmo de los responsables de ventas.

—No sé qué ha hecho el departamento de producto con este *packaging*, pero los hombres están picando. Muchos incluso preguntan si habrá packs para regalo de Navidad. Y varios distribuidores ya han hecho su primer pedido —dijo ella, orgullosa, mirando de reojo a Christian, que sonrió satisfecho.

—La estética minimalista masculina y el enfoque de bienestar activo están funcionando —apunté—. Y en cuanto a la promoción directa al cliente final... Valeria nos va a echar una mano.

—¿Valeria? —preguntó mi padre.

—Sí. Ya le mandé los productos a su salón. Va a colocar un pequeño stand con una selección del catálogo y hará *stories* y *reels* usándolos en

tratamientos masculinos. Tiene clientela fiel y mucho tráfico en sus redes. Eso nos viene muy bien como testeo rápido.

—Además, Valeria tiene credibilidad —añadió Mireia—. La gente no ve publicidad en lo que ella recomienda; lo ven como consejo real. Y se lo currará, como siempre.

Mi padre asintió, más convencido.

—Muy bien, muy bien. Hay que aprovechar lo que tenemos en casa. Por cierto, hablando de cosas internas... ya va siendo hora de hablar con el hotel para organizar la cena de Navidad de este año. No quiero que nos pille el toro como el año pasado.

—Déjamelo a mí —dijo Mireia levantando la mano—. Me paso luego por el Parador y pregunto disponibilidad. Si no, tengo otra opción en la Alameda, algo más moderno.

—Hazlo con tiempo —le pidió él—. Que luego no haya excusas.

Una vez cerrados los puntos principales, Diego intervino con unas notas sobre el balance de gastos y la estimación para el primer trimestre del próximo año. Carmen tomó nota de todo con su eficacia habitual, sin apenas hablar, como una sombra profesional siempre presente.

La reunión terminó con buenos ánimos. Todos fueron saliendo poco a poco: primero Diego, luego Carmen, después mi padre, que me lanzó una mirada de aprobación al marcharse. Mireia guiñó un ojo antes de cerrar la puerta, como si supiera que íbamos a quedarnos solos. Y no se equivocaba.

Christian no se levantó. Yo tampoco. Nos miramos unos segundos, ya sin máscaras.

—No puedo evitarlo —dijo él, apoyando los codos en la mesa y acercándose ligeramente—. Cada vez que estamos en esta sala, me cuesta concentrarme. Me acuerdo de la primera vez que me senté aquí... y tú te empeñabas en corregirme delante de todos.

—No te corregía. Te ubicaba —respondí, divertida.

—¿Así lo llamas tú?

Me levanté para recoger mis cosas, evitando mirarle mientras el corazón me latía más rápido. Sabía lo que iba a pasar. Cada uno de sus gestos me hablaba en un idioma que ya entendía de memoria.

Christian se acercó despacio. Sabía exactamente cuánto espacio dejar entre los dos para que el aire se volviera electricidad.

—Tengo que irme a Madrid esta noche —dijo de pronto, en tono bajo—. Un asunto de la sede central. Reunión de socios, una firma pendiente. Nada grave, pero tengo que estar allí un par de días.

Me giré despacio, ya con el bolso al hombro.

—Puedes irte tranquilo. Aquí lo tenemos todo controlado. Mireia con ventas, Diego con las cuentas, Valeria con la campaña. No nos vamos a hundir porque desaparezcas tres días.

—Me gusta cómo suena eso —dijo, con una media sonrisa que me hizo estremecer—. Aunque no me gusta la idea de desaparecer.

Se acercó un paso más y, sin darme tiempo a nada, me besó. Su boca buscó la mía con una mezcla de deseo y ternura que me desarmó por completo. Sus manos no me tocaron apenas, como si fuera un acto pactado entre dos personas que sabían que no podían cruzar ciertos límites, al menos no allí.

Me separé apenas un instante.

—No te metas en líos en Madrid —le dije, mirándole seria.

—¿Líos? ¿Como qué?

—Como mujeres. Tentaciones. Secretarias de piernas largas.

—Ah, eso... —bromeó, fingiendo pensar—. ¿Y si me meto, vas a venir a rescatarme?

—No —le dije, riéndome—. Te vas a quedar solo en el pozo, con tus pecados.

—Entonces me portaré bien. Lo juro.

Nos volvimos a besar, esta vez más suave. Yo cerré los ojos. No me gustaba admitirlo, pero ya lo sentía: lo iba a echar de menos.

—Hay que estar atentos a la filial de Sanlúcar —le recordé antes de que se diera la vuelta—. Me preocupa ese competidor, la marca de Murcia que intenta meterse en nuestros hoteles.

—Lo sé. He dejado a Mario revisando todos los contratos. Si hay algo raro, me llamas y vemos qué se puede hacer. Pero todo lo que hemos hecho estos días... eso ya nos ha adelantado varios pasos.

—¿Seguro?

—Tú no eres de las que se quedan quietas, Elena. Si pasa algo, lo sabré antes de que me suba al coche para volver.

Me acarició la mejilla con el dorso de la mano antes de irse. Ese gesto me llegó más hondo que cualquier palabra.

—Voy a echarte de menos —susurró.

—Seguro que no —le respondí, bajando la mirada.

—Si pudiera, te llevaba conmigo. Pero sé que *Salval* te necesita más que yo.

Y entonces me besó por última vez, un beso largo, profundo, como quien memorizaba un sabor. Después se fue.

Me quedé sola en la sala, recogiendo mis cosas con calma, los labios aún ardientes y el pecho lleno de preguntas que no me atrevía a hacerme.

Lo que tenía con Christian era real. Lo sentía en cada gesto, cada mirada, cada roce. Pero aún no se lo había contado a mis padres. No era por

vergüenza. Era... miedo. Miedo a que algo se rompiera al decirlo en voz alta.

Pero eso iba a cambiar. Ese mismo día, después de cerrar unos temas pendientes, iría a comer a casa de mis padres. Y les contaría la verdad.

La casa de mis padres siempre olía igual. A jazmín, a pan recién hecho, a recuerdos que se negaban a disolverse del todo. Aquella tarde, mientras cruzaba la verja blanca con la bolsa del pan bajo el brazo y una botella de vino en la mano, sentí ese nudo en el estómago que solo se formaba cuando una sabía que iba a decir algo importante.

Mi madre me abrió antes de que pudiera tocar el timbre.

—Ay, mi niña, qué guapa estás —dijo, dándome dos besos y sujetándome la botella—. ¿Vienes directa de la oficina?

—Sí, cerré antes. No tenía nada urgente.

Mentira. Siempre había algo urgente. Pero había decidido, por una vez, dejar que el mundo siguiera girando sin mí.

Entré en el salón, donde mi padre hojeaba el periódico, con las gafas bajas y el gesto concentrado. Levantó la vista y esbozó una media sonrisa.

—Hola, hija. ¿Todo bien?

—Todo controlado.

—¿Y cómo va la nueva línea masculina? —preguntó mi madre.

—Mejor de lo que pensábamos. Ya hay pedidos en firme.

—Me alegro. Ya te dije que los hombres también se cuidan, aunque algunos no lo digan en voz alta.

Nos sentamos a la mesa. Mi madre había preparado arroz con sepia y un alioli suave, como sabía que me gustaba, y un pan de pueblo que me hacía la boca agua. Todo estaba dispuesto para una comida tranquila. Normal.

Pero nada iba a ser normal después de lo que iba a decir.

Esperé al segundo plato para soltarlo. Me temblaban un poco las manos, aunque disimulé sirviendo más vino en los vasos.

—Tengo que contaros algo.

Mi padre arqueó una ceja. Mi madre dejó el tenedor en el plato con cuidado, sin dejar de mirarme.

—Estoy con alguien —dije, sin rodeos.

—¿Con alguien? —repitió mi madre, sonriendo con sorpresa—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos semanas... oficialmente. Pero llevaba tiempo gestándose. Lo sabéis: no soy de meter a cualquiera en mi vida.

Mi padre no dijo nada al principio. Se recostó en la silla, con los dedos entrelazados sobre el vientre, observándome con esa mirada suya que no juzgaba, pero pesaba.

—¿Quién es? —preguntó.

Cogí aire al tiempo que me armaba de valor, y respondí.

—Christian.

Mi madre abrió los ojos, sin saber si sonreír o preocuparse. Mi padre, en cambio, soltó una risa seca, más sorprendida que escéptica.

—Vaya... mucho ha tardado ese hombre en dar el paso.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que ha tardado? ¿Lo sabías?

—Bueno... no exactamente. Pero Eugenio y yo, cuando tú cumpliste los dieciocho, ya lo comentábamos.

—¿Comentabais el qué?

Mi padre se encogió de hombros, como quien no quería darle más importancia de la que tenía.

—Que algo se encendió en él. Era evidente. Te miraba distinto. Ya no eras la niña de antes. Aunque él intentaba disimular, claro... siempre tan correcto, tan caballero.

—¿Y tú lo sabías? —le pregunté a mi madre.

—Sabía que tú lo veías distinto a él también —dijo con dulzura—. Lo noté desde que eras adolescente. Pero no me metí.

Yo me quedé sin palabras. Bajé la mirada al plato ya vacío.

—Eugenio pensaba que tarde o temprano Christian daría el paso —continuó mi padre—. Pero como no lo hacía, le preguntó una vez, poco antes de enfermar. Y Christian le dijo que, si tú estabas con alguien y eras feliz, él no era quién para romper esa felicidad.

—¿Eso te lo dijo Eugenio?

—Sí. Y después, cuando él falleció, fue María, la madre de Christian, quien le dijo a su hijo que tú llevabas tiempo sola. Y que *Salval* necesitaba un empujón, que podrías beneficiarte de su experiencia. Y también, supongo, que tú eras la razón por la que nunca terminó de echar raíces en Madrid.

No supe qué decir. Había una mezcla de vértigo y emoción en mi pecho en ese momento. Todas esas piezas que no había entendido... de pronto encajaban.

Christian no había vuelto solo por la empresa. Había vuelto por mí. Todo lo que me había dicho, cada gesto, cada mirada, cada beso... todo era cierto.

Mi madre me miraba con ternura.

—Siempre supe que, si él regresaba, lo haría por una razón de peso. Y tú, hija, siempre has sido su punto débil. Aunque no lo reconociera ni él mismo.

Me reí en voz baja, sacudiendo la cabeza. Me sentía como si estuviera viviendo en una de esas novelas que uno leía con escepticismo.

—No sé si esto va a salir bien —admití en voz baja—. Me da miedo... mucho miedo. Pero no puedo negarlo: estoy enamorada de él.

Mi madre me cogió la mano.

—Entonces no tengas miedo. Tienes derecho a volver a confiar. Nadie dice que no vaya a doler a veces. Pero te veo... diferente. Más viva.

Mi padre asintió.

—Yo solo te diré esto: si ese hombre se atreve a hacerte daño, tendrá que vérselas conmigo. Pero si te quiere bien... entonces, por mí, bienvenido sea.

Sentí un nudo en la garganta. Me puse de pie, rodeé la mesa y abracé primero a mi madre, luego a mi padre. Ese gesto antiguo, lleno de lo que nunca se decía, fue suficiente.

Después del café, me marché a casa con la cabeza hecha un torbellino. El aire de Cádiz tenía ese olor a sal y a hojas secas que precedía a diciembre. Caminé despacio por el paseo marítimo, con el móvil apagado y el bolso colgado del hombro. No necesitaba más ruido.

Christian había estado ahí desde el principio, incluso cuando yo no lo veía. Y ahora que lo tenía, no pensaba dejarlo ir.

Capítulo 19

Era sábado por la noche y el aire empezaba a enfriarse con ese descaro que solo tenía Cádiz: un viento traicionero que venía del mar y que te despeinaba en cuanto bajabas la guardia. Pero yo llevaba el pelo suelto, como a Christian le gustaba, y no tenía ninguna intención de recogérmelo.

Me había puesto un mono negro con escote discreto, tacones cómodos y unos pendientes dorados que me regaló mi madre en mi último cumpleaños. Nada excesivo, pero sí lo bastante elegante para la ocasión.

Mireia y Valeria me esperaban en "Casa Luis", uno de esos restaurantes pequeños, pero con encanto, cerca del puerto. Tenía luz cálida, copas grandes, música suave y camareros que conocían el nombre de todos los platos. Nos gustaba ir allí porque nos dejaban estar, hablar, reírnos sin prisas ni miradas incómodas. Y porque el vino blanco que servían era suave, pero traicionero: perfecto para conversaciones que no sabías si querías tener o no.

—¡Mira qué guapa viene la jefa! —dijo Mireia en cuanto me acerqué a la mesa.

Ella llevaba un vestido corto color berenjena, ajustado, que le sentaba de escándalo. Siempre sabía cómo ir moderna sin caer en el disfraz.

—Yo la veo radiante —añadió Valeria, con su copa ya en la mano—. Como si alguien la estuviera... cuidando bien últimamente.

—No empecéis —dije entre risas, dejándome caer en la silla—. Que aún no he bebido ni un sorbo y ya estoy en el punto de mira.

—Pues brinda, cariño. —Mireia levantó su copa—. Que hoy tengo algo que contar y quiero empezar por todo lo alto.

—Uy, eso suena a noticia buena —dije, sirviéndome un poco.

—Lo es —asintió, con una sonrisa de oreja a oreja—. Álvaro y yo estamos juntos oficialmente. Ya no de "nos vemos cuando nos viene bien" o "follamigos de manual". Somos pareja. Pareja de verdad.

Valeria soltó una risa de emoción y yo no pude evitar levantarme y darle un abrazo desde mi sitio.

—¡Por fin! ¡Ya era hora! —dije, feliz por ella de verdad.

—Y eso no es todo —añadió, bajando la voz como si nos estuvieran escuchando—. Hemos hablado de vivir juntos. O, mejor dicho, de dejar de vivir separados. Porque lo de estar de casa en casa es un lío. Que, si cepillo aquí, ropa allí… ya ni sé dónde tengo el rímel.

—¿Y vais a buscar piso nuevo o uno se muda a casa del otro? —preguntó Valeria, curiosa.

—Seguramente él venga al mío —respondió Mireia—. Le gusta más mi zona y ya está medio instalado. Solo falta el paso oficial.

Levantamos las copas.

—Por Álvaro, por tu valentía y por tener claro lo que quieres —brindé, sonriendo.

—Por dejarse de tonterías y por empezar de verdad —dijo Valeria.

—Y por vosotras, que siempre habéis estado ahí —añadió Mireia, ya con ese brillo en los ojos que solo sacaba después del primer trago.

Bebimos y durante un momento nos quedamos en silencio, disfrutando de esa complicidad que no necesitaba adornos.

—Bueno —dije después, mirándolas con picardía—. Ahora te toca a ti, Valeria. ¿Qué es eso que me tienes que contar sobre Mario?

Ella sonrió, como quien tenía una bomba bajo la manga.

—A ver... nada oficial. No somos pareja ni nada, que quede claro. Pero nos estamos conociendo. Mucho. Bastante. Demasiado, quizá.

—¿Y qué tal? —preguntó Mireia, llevándose una aceituna a la boca.

Valeria levantó las cejas y dejó la copa en la mesa.

—Sinceramente... me sorprende. Mira que he estado con hombres que decían ser "modernos", "abiertos", "respetuosos". Pero en cuanto llegábamos al terreno sexual... se bloqueaban. No sabían cómo tratarme, o no sabían tratarme bien. O se les notaba la inseguridad. Con Mario no.

—¿No? —pregunté, intrigada.

—No. Es como si no necesitara entenderlo todo para entregarse. Me trata con ternura, con cariño, pero también tiene ese punto rudo que a veces le sale sin pensarlo y que, a mí, sinceramente, me pone malísima.

Estallamos en carcajadas. Mireia se atragantó con el pan y yo casi vierto el vino.

—¡Valeria, por Dios! —dije entre risas.

—¿Qué? ¿Acaso no se puede hablar de placer sin filtros? —dijo, arqueando la ceja—. Estoy cansada de hacerme la comedida. El sexo es parte de todo esto. Y con él... es distinto. Me siento vista. No como un experimento ni como un paso intermedio. Como mujer. Punto.

—Y eso, querida, no tiene precio —dijo Mireia, asintiendo con convicción —. Me alegro muchísimo por ti.

—Y yo —añadí—. Te lo mereces, cariño. Después de todo lo que has pasado, verte así... es una alegría.

Valeria me cogió la mano por un instante, con esa ternura suya que siempre me conmovía.

—Y tú, Elena... ¿Qué tal con tu amor ya no tan platónico?

—¿Christian? —pregunté, haciéndome la sorprendida.

—¿Es que hay otro? —dijo Mireia, riendo.

Suspiré, pero sonreí. No podía esconderlo, ni quería.

—Mis padres ya lo saben. Y resulta que tanto ellos como los suyos lo sospechaban.

—¿Y cómo se lo tomaron? —preguntó Valeria, muy atenta.

—Demasiado bien —respondí—. Resulta que... lo intuían. Que cuando yo cumplí los dieciocho, Christian empezó a mirarme diferente. Y que su padre, Eugenio, llegó a preguntarle por qué no daba el paso.

—¿En serio? —dijo Mireia, boquiabierta.

—Sí. Y él contestó que, si yo estaba con alguien y era feliz, no quería interferir. Después, ya cuando murió su padre, fue su madre quien le dijo que yo llevaba tiempo sola... y que quizá era el momento.

—O sea que volvió por ti —dijo Valeria, con los ojos brillantes.

—Y por *Salval*, claro. Pero sí, por mí también. Yo... no lo supe hasta hace poco. Me dejó en shock. Todas esas veces que pensé que era una ilusión mía, que no significaba nada... y resulta que él también lo sentía.

—Elena... —susurró Mireia, emocionada—. Eso es amor. Del bueno.

—Eso espero —respondí, con una sonrisa un poco más tímida.

Nos quedamos un rato más allí, pidiendo postre y otro par de copas. El restaurante se fue llenando de gente, la música subió un poco el volumen y nosotras empezamos a notar el efecto de las emociones y del vino. Pero todavía no sabíamos que la noche iba a darnos otra sorpresa.

Una que yo no esperaba.

Después de cenar, decidimos ir a tomar una copa al bar de moda cerca de la plaza. El ambiente era justo lo que buscábamos: música agradable, luces tenues y gente con ganas de reír y bailar sin hacerse notar demasiado. Había caras conocidas, algunas habituales, otras que solo salían los fines de semana como si les fuera la vida en ello.

Entramos las tres como un pequeño ejército. Valeria se había soltado el cabello, Mireia se retocó los labios con ese tono cereza que le hacía parecer siempre a punto de besar o de morder, y yo... bueno, me limité a observar. No necesitaba más.

Estábamos bien. En serio. Bailamos un par de canciones, brindamos de nuevo por las cosas buenas, por las sorpresas que no vimos venir y por el futuro. Nos reímos hasta de nosotras mismas.

Y entonces le vi.

Sergio estaba apoyado en la barra, como si no supiera muy bien a quién mirar. En cuanto nuestros ojos se cruzaron, supe que me había visto llegar desde el primer momento. Llevaba esa chaqueta de cuero que le encantaba ponerse, aunque hiciera calor, y el mismo corte de pelo que tenía desde que estaba conmigo. No había cambiado mucho, al menos por fuera. Por dentro... tampoco esperaba que lo hiciera.

Se separó de la barra y caminó hacia mí como si nada. Mireia lo vio primero y automáticamente se puso un paso detrás, como si supiera que no iba a gustarme. Valeria simplemente frunció el ceño, en alerta. Pero no hice nada por evitarle. Lo enfrenté con la mirada. Ya no le tenía miedo. Ni rabia. Solo quería que no se acercara más de lo necesario.

—Elena —dijo, con esa voz suya que tantas veces me había hecho perder el norte. Pero ya no. Ahora la reconocía por lo que era: un envoltorio bonito

con contenido tóxico.

—Sergio —respondí, seca, sin sonreír.

—¿Podemos hablar un momento?

—No creo que tengamos nada que decirnos.

—Yo sí. Al menos... quería verte. Hablar contigo. Te he echado de menos.

No respondí. Mireia cruzó los brazos y Valeria ladeó la cabeza con gesto impaciente. Pero Sergio solo me miraba a mí.

—No hace falta que digas nada —continuó—. Solo quería decirte que lo siento. Que me equivoqué. Que todo lo que pasó... fue una mierda. Lo sé. Lo sé ahora. Y sé que perdí algo que valía mucho más de lo que supe ver.

—Eso ya me lo dijiste una vez —le recordé—. Y luego volviste a mentir.

—Esta vez no te miento, Elena. Solo quiero una oportunidad. No para volver como antes, lo sé, eso sería imposible. Pero... no sé. Algo. Un café. Un paseo. Un perdón real. Una posibilidad.

Me costó respirar un segundo. No porque quisiera decirle que sí, ni mucho menos. Sino porque, en otra vida, en otro momento, esas palabras hubieran sido todo lo que esperaba. Pero ahora... ahora había algo más. Alguien más.

—Estoy con alguien —le dije, al fin.

Él frunció el ceño.

—¿Con el tipo de la otra noche? ¿En serio?

Asentí, sin dudar.

—Sí. Con Christian. Y no es algo pasajero, Sergio. Es real. Lo nuestro ya está muerto. Déjalo ir.

Por un instante se quedó callado. Vi cómo apretaba la mandíbula, cómo se tragaba algo que no quería decir. Pero al final lo dijo.

—Ese tipo... ese tipo te va a hacer mucho más daño del que yo te hice.

Lo dijo con frialdad. Como si fuera un aviso. Una predicción. Como si conociera a Christian mejor que yo. O como si simplemente quisiera joderme un poco antes de marcharse.

—No tienes ni idea de lo que dices —le espeté, sintiendo cómo se me encendía el pecho por dentro—. No vuelvas a insinuar que sabes lo que me conviene. Ya no tienes ese derecho.

Me miró durante unos segundos, como si esperara otra reacción, como si quisiera que me tambaleara. Pero no lo logró. Al final, dio media vuelta y se fue. Sin más. Ni disculpas, ni amenazas. Solo esas palabras como veneno lanzado al aire.

Me quedé quieta unos segundos. Sentía un cosquilleo en las manos. No de ira, sino de tensión. Como si todo mi cuerpo necesitara comprobar que eso había pasado de verdad.

—¿Estás bien? —preguntó Valeria, poniendo una mano en mi brazo.

—Sí... sí —mentí al principio. Luego asentí, más honesta—. Solo... no esperaba encontrarme con él. Ni que dijera eso.

—¿Y qué más da? —intervino Mireia, con el ceño fruncido—. Está despechado. Sabe que te perdió. Y que no hay vuelta atrás.

—Sí, pero...

—Pero nada, Elena —me interrumpió Valeria—. Christian no es Sergio. Y tú no eres la misma mujer de hace dos años. No te dejes envenenar ahora.

Asentí. Pero lo cierto es que, aunque tenía razón, algo dentro de mí se removió. Las palabras de Sergio me habían entrado como cuchillas: pequeñas, superficiales, pero malintencionadas. Justo donde aún estaba aprendiendo a confiar.

Seguimos bailando. Nos reímos. Cambiamos de copa. Fingí que todo estaba bien. Y durante un rato... lo estuvo.

Pero cuando cerré los ojos mientras bailábamos, vi la cara de Christian. Y junto a ella, una voz que no era la suya, que me susurraba: "Ese tipo te va a hacer más daño del que yo te hice".

Y de golpe, el miedo, ese viejo conocido, volvió a envolverme por completo.

Capítulo 20

Eran casi las nueve y media de la mañana y yo seguía en la cama. No dormía, pero tampoco tenía ganas de levantarme. Estaba en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia, arropada hasta la nariz, con el cabello revuelto y los pies fríos que asomaban por el final del edredón.

Era sábado, y el sol de Cádiz filtraba su luz por las rendijas de la persiana, colándose en el dormitorio como una caricia tibia.

Tenía pensado quedarme en pijama hasta el mediodía. Tal vez poner una lista de reproducción suave, darme una ducha larga, desayunar tarde... El plan ideal. Pero el timbre sonó.

Fruncí el ceño y me giré en la cama sin muchas ganas.

Pero sonó otra vez. Bufé. Quienquiera que fuera, insistía. Me puse la bata rápidamente, me recogí el pelo en una coleta improvisada y arrastré los pies hasta la puerta con la pereza grabada en cada paso.

—¿Sí?

—Buenos días, ¿Elena Valverde?

—Sí, soy yo.

Un chico joven, con polo rojo y gorra del mismo color, me sonrió mientras sostenía una gran caja con cintas doradas y una tarjeta encima.

—Desayuno para ti —dijo—. De parte de alguien que se ha levantado muy enamorado.

Me ruboricé al instante. Lo cogí, firmé en la pantalla con el dedo y cerré la puerta en cuanto se marchó. La caja era preciosa. Tenía una pegatina que decía *"Desayuno con amor"* y un pequeño ramito de lavanda natural atado con cuerda de yute.

Me senté en la cocina, abrí la tapa y me encontré con un despliegue digno de un hotel de cinco estrellas: café recién hecho en un termo elegante, zumo de naranja natural, croissants de mantequilla, tostadas con aguacate, mermelada casera, frutas cortadas, yogur con granola, un botecito de miel, incluso bombones y una pequeña botella de cava rosado. Todo cuidadosamente colocado en bandejitas pequeñas, con servilletas de tela y cucharillas doradas.

Y entonces vi la nota. La abrí con los dedos un poco temblorosos.

«Buenos días, mi gaditana favorita.

Sé que los fines de semana no te gusta que nadie te moleste antes de las diez, pero voy a arriesgarme, porque necesitaba estar contigo de algún modo. Llevo solo unos días fuera y ya echo de menos hasta tu forma de bufar cuando te despiertas mal, tu olor a crema de sal marina y tus piernas frías buscándome bajo las sábanas.

Disfruta este desayuno; imagina que estoy ahí, al otro lado de la mesa. Y cuando te tomes el café, piensa que cada sorbo es un beso que te daría si pudiera.

PD: Guarda un croissant para mí.

Te echo de menos. C.»

Se me humedecieron los ojos. No lo pude evitar. Me llevé la nota al pecho, cerré los ojos y sonreí como una idiota.

Las mariposas en el estómago, esas que ya creía muertas, estaban más vivas que nunca. Pero no revoloteaban como antes, de forma temblorosa o

insegura. No. Esta vez eran mariposas con alas fuertes, de colores brillantes, que no me asustaban, sino que me hacían sentir... en casa.

Cogí el móvil y le escribí un mensaje rápido.

Elena: *Eres un desastre y un romántico. Me has hecho llorar, imbécil. Gracias por el desayuno. Lo estoy saboreando contigo.*

No pasaron ni dos minutos cuando la pantalla del móvil se iluminó con una videollamada; era él.

—¿Te he hecho llorar? —dijo en cuanto contesté, con esa sonrisa de medio lado que tanto me gustaba.

Estaba en una habitación de hotel, sentado en un sofá con una taza en la mano. Llevaba el pelo un poco despeinado y una camiseta gris con cuello abierto.

—Sí, pero eran lágrimas de las buenas, no te emociones —le respondí, fingiendo enfado.

—Estás preciosa hasta recién levantada —me dijo, y por un segundo me mordí el labio sin querer.

—Tú deberías estar trabajando, no haciendo que me sonroje por la mañana.

—No puedo evitarlo —se encogió de hombros—. Llevo días pensando en ti. Este viaje se me está haciendo eterno.

—¿Cómo va todo allí?

—Más complicado de lo que creía. La reunión con los socios ha sido un festival de egos y excusas. Y la negociación con los nuevos proveedores... puf. Voy a tener que quedarme hasta el miércoles mínimo. Quizá más.

—Bueno... —dije, intentando no mostrar la punzada que sentí—. Ocúpate de eso. Aquí lo tenemos todo controlado.

—Si pasa algo urgente, llámame. Ya sabes que cojo el coche y voy para allá si hace falta.

—Lo sé. Pero confía, lo tengo cubierto. Tú arregla lo tuyo.

—Lo intento... —Hizo una pausa, mirándome con intensidad—. Pero si te soy sincero, me está costando concentrarme. Porque cada vez que cierro los ojos te veo a ti, en mi cama, con ese camisón azul...

—¿Estás solo? —le pregunté, bajando un poco la voz, jugando.

—Sí. ¿Con quién iba a estar? —frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Porque yo también estoy sola... —Me recoloqué en la silla, cruzando las piernas despacio y dejándome caer hacia atrás—. Y tu voz me está empezando a calentar más que el café...

—Ah, ¿sí? —su mirada se volvió más oscura, más intensa—. ¿Y qué llevas puesto exactamente?

Le giré un poco la cámara. Mi bata abierta dejaba ver el tirante fino de mi pijama y algo de piel. Lo suficiente para hacerle perder el hilo.

—No juegues conmigo, Elena...

—¿Y si no estoy jugando?

Lo vi pasarse la lengua por los labios. Su voz bajó medio tono.

—Si estuviera ahí... te pondría contra la pared ahora mismo. Sin mediar palabra.

—¿Tan directo?

—Te quitaría la bata. Te dejaría con lo justo para que sintieras mis manos. Empezaría por tu cuello, tus clavículas... iría bajando. Despacio. Provocándote.

—¿Y después?

—Después no podrías hablar. Solo gemir.

Tragué saliva. Sentía el pulso acelerado, el cuerpo en llamas. Él también. Lo veía en sus ojos, en cómo se le tensaba la mandíbula.

La conversación subió de tono. Las palabras fueron deslizándose como caricias virtuales. Nos describimos lo que haríamos el uno al otro si estuviéramos cerca, con una mezcla de ternura y deseo que me dejó sin aliento. Y sí, yo me toqué y le vi tocarse, sin reparos, sin vergüenza ni miedo alguno.

Cuando terminamos, los dos respirábamos más rápido. Él se pasó la mano por el pelo; yo me mordí el labio otra vez.

—Madre mía... —dijo entre risas, aún algo agitado—. Eso no lo había hecho contigo ni de adolescentes.

—Ni yo. Jamás pensé que terminaría haciendo esto contigo.

—Pues ya ves. Siempre hay una primera vez.

Nos quedamos en silencio unos segundos, sonriendo.

—Te echo mucho de menos, Elena.

—Y yo a ti. Pero me conformo con este desayuno y tu voz de pecado.

—Prepárate. La próxima vez que nos veamos, vas a tener que pedirme que pare.

—Eso ya lo hiciste una vez, ¿recuerdas?

—Y tú me gritaste que no parara nunca.

Solté una carcajada.

—Vete a trabajar, Morales. O te vas a meter en otro tipo de problemas.

—Te llamo esta noche.

—Aquí estaré. Y, Christian...

—¿Sí?

—Gracias por esto.

—Gracias a ti... por dejarme amarte así.

Y colgamos.

Me quedé con el móvil en la mano, mirando la pantalla en negro, y el corazón latiendo como si hubiera corrido una maratón. Me pasé una mano por la frente, aún algo sonrojada, y me eché hacia atrás en la silla.

Nunca, en todos estos años, imaginé que estaría así con él. Enamorada como una idiota. Recibiendo desayunos románticos. Haciendo videollamadas con sexo incluido. Viéndole como el hombre que siempre estuvo ahí, esperando.

Y lo más loco de todo... era que me sentía bien. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía exactamente donde debía estar.

A eso de la una y media del mediodía, ya tenía el salón recogido, la mesa y el cava que había sobrado del desayuno enfriándose en la nevera. No sabía si iba a volver a verlo con la cara tan roja después de la videollamada con Christian, pero desde luego, esa mañana no se me iba a olvidar fácilmente. Mi cuerpo aún recordaba cada palabra suya como una caricia lenta.

El timbre sonó y esta vez sí fui hasta la puerta con otra actitud. En vaqueros, blusa blanca, el pelo suelto y algo de brillo en los labios, abrí para encontrarme con Mireia, que venía con una bolsa de papel en una mano y una sonrisa de oreja a oreja. Detrás de ella, Valeria apareció con sus gafas de sol enormes, una trenza despeinada y un vestido naranja que solo ella podía llevar con ese arte.

—¡Traigo vino y hambre! —dijo Valeria entrando sin pedir permiso.

—Y yo traigo empanada de espinacas y queso de cabra —añadió Mireia—. Que Álvaro no esté no significa que yo no coma como si vinieran dos.

—¿No se iba el lunes? —pregunté mientras las ayudaba a dejar las cosas.

—Cambio de planes —respondió ella—. Lo llamaron para preparar el juicio gordo en Sevilla, y ya se queda el fin de semana entero. Pero mira, me viene bien. Así os veo más rato a vosotras, que sois mis verdaderos amores.

—Ay, qué bien suena eso —soltó Valeria, dejando su bolso en el sofá—. Además, si te va a ver toda la semana, un descansito también refresca la pasión. Aunque lo vuestro ya huele a convivencia, ¿eh?

Mireia se mordió el labio con una sonrisilla traviesa.

—Pues sí. Ya estábamos medio viviendo juntos sin querer, así que en nada se instala de manera oficial conmigo.

—¡Eso se merece un brindis! —dije levantando la copa de vino que acababa de servirme, y ellas hicieron lo mismo—. Porque, aunque nunca pensé que lo diría, ese hombre ha aguantado tus neuras y tú las suyas. Os merecéis esta etapa.

—Y porque ya era hora de que le dieras el título oficial al pobre —añadió Valeria—. Lleva tres años siendo tu follamigo. Qué menos que una medalla.

—¡Exfollamigo! Ahora es novio. Y en casa se porta de maravilla, ¿eh? Cocina, limpia... y en la cama ni os cuento.

—No hace falta. Ya nos hiciste la demostración práctica con aquel audio accidental, ¿recuerdas? —solté yo riéndome.

—No me lo recuerdes, por favor —dijo Mireia poniéndose roja como un tomate.

Nos echamos a reír las tres al unísono.

—Y tú con Mario, ¿qué? —le pregunté a Valeria cuando recuperamos el aliento.

Valeria se acomodó en la silla, cruzando las piernas con teatralidad.

—Pues... me tiene desconcertada. Mira que yo sabía que era un mujeriego; él mismo lo ha dicho sin filtros. Pero me está sorprendiendo.

—¿En el buen sentido? —preguntó Mireia.

—Sí. Me llama todos los días, pregunta por mí, se interesa por mis cosas... Y lo más fuerte de todo es que en la cama me siento bien. Cómoda. Sin tener que dar explicaciones, sin tener que esconderme o temer no gustar.

—Eso es importante —dije, bajando la voz con complicidad.

—Muchísimo. Porque te digo una cosa, Elena... He estado con tíos que parecían perfectos en lo físico, pero en cuanto al sexo... nada. Como si tocaran un instrumento que no era suyo. O como si tuvieran miedo de estropear algo.

—O como si jugaran al escondite con el clítoris —añadió Mireia, y casi escupo el vino por la nariz.

—¡Literal! —dijo Valeria entre carcajadas—. Pero Mario no. Tiene ese punto tierno, dulce, pero también rudo. Le sale sin darse cuenta. Y chica... a mí eso me pone malísima. Me desconcentro hasta depilándome.

—¡Qué imagen! —solté entre carcajadas.

—Bueno, mientras no te pases con las expectativas... —dijo Mireia con tono protector.

—Lo sé. Me estoy dejando llevar, pero con los pies medio en el suelo. Ya me ilusioné antes con un músico que decía que yo era su musa, y resultó ser más de musa y media docena más. ¿Os acordáis? Me escribió una canción y al mes se la estaba cantando a otra.

Nos reímos tanto que tuve que apoyarme en la mesa para no doblarme del todo.

—Si la cosa va mal —dije levantando la copa—, no te preocupes. Haremos un muñeco de vudú y se lo mandamos por mensajería exprés.

—Con pelos suyos, si hace falta —añadió Mireia.

—Vosotras sois lo mejor que tengo —dijo Valeria con una sonrisa emocionada.

—Y ahora cuéntanos tú —insistió Mireia, dándome con el codo—. ¿Qué tal tú y Christian? ¿Alguna novedad?

Les conté lo del desayuno, la nota, la videollamada. No todos los detalles, claro, pero lo suficiente para que las dos pusieran cara de "esto va en serio".

—Es que no puedo creer que de verdad él me viera del mismo modo que yo.

—¿Te das cuenta de lo fuerte que es eso? —dijo Valeria finalmente—. Ese hombre ha estado queriéndote desde siempre. Pero esperó. Y no actuó hasta estar seguro.

—Sí —susurré—. Por eso me cuesta tanto creérmelo. Pero... también por eso me da tanto miedo.

—Los sentimientos verdaderos dan miedo —dijo Mireia—. Pero también merecen la pena.

Pasamos la tarde en el salón, poniéndonos mascarillas de barro marino, pintándonos las uñas de los pies y de las manos. El vino corría, las risas también. Entre confesiones, chismes y canciones de otros tiempos, parecía que habíamos retrocedido a nuestra adolescencia.

Cuando llegó la hora de la cena, ninguna tenía ganas de cocinar, así que pedimos pizzas, una cuatro quesos y otra vegetal, y pusimos una película de terror que Valeria escogió sin saber que no la soportaba realmente.

—¡¿Por qué demonios he puesto esto?! —gritó mientras se tapaba los ojos con un cojín en la primera escena de susto.

—Porque eres una dramática —respondí.

—Porque no hay películas de amor con zombis que canten —añadió Mireia.

A mitad de la peli, ya llevábamos tres sobresaltos serios, dos copas de vino más y Valeria casi tira el sofá de un bote que pegó. Mireia y yo llorábamos de la risa.

En un momento, nos abrazamos las tres entre cojines y mantas, como adolescentes en una fiesta de pijamas. Y ahí, entre pizza, esmaltes, gritos tontos y carcajadas compartidas, pensé en algo que me llegó como una certeza.

Los hombres iban y venían. Las relaciones subían y bajaban. Pero había algo que permanecía, algo inquebrantable. Ellas.

Mi Valeria. Mi Mireia. Mis hermanas de la vida. Y supe, sin dudarlo, que aunque el mundo se cayera, a esas dos locas jamás las perdería.

Capítulo 21

El martes amaneció con ese cielo entre gris y azul que tanto se repetía en Cádiz a finales de noviembre. No hacía frío, pero ya se notaba ese fresquito traicionero en las sombras que te hacía buscar una chaqueta ligera al salir de casa. Había dormido regular, no por falta de cansancio, sino porque desde que Christian se había ido a Madrid la casa me parecía más grande, más vacía… más silenciosa.

Llegué a la oficina a las ocho en punto, como siempre. Carmen ya había encendido la cafetera y colocado los documentos sobre mi escritorio. Esa chica era una máquina de eficiencia. Mi padre ya me esperaba en la sala de reuniones que hacía las veces de su despacho cuando venía a *Salval*, y allí me encaminé, taconeando con decisión por el pasillo.

—Buenos días, hija —dijo él, levantándose levemente de la silla al verme entrar.

—Buenos días, papá. ¿Has podido ver la última propuesta de la campaña? —pregunté, dejando mi bolso sobre una de las sillas.

Asintió, ajustándose las gafas mientras cogía una carpeta.

—Sí, y tengo que decir que me ha sorprendido gratamente. Esa foto con los envases en la roca mojada, junto al mar, me parece muy potente. Tiene ese aire masculino sin perder el alma de la marca.

—Gracias —sonreí con un atisbo de orgullo—. Se lo diré a la agencia. Christian también quedó contento con la edición final. Dice que mantiene el equilibrio entre lo sofisticado y lo natural. Justo lo que buscábamos.

Mi padre se cruzó de brazos y me miró con una sonrisa cargada de satisfacción.

—Has hecho un trabajo magnífico, Elena. Tu madre y yo estamos orgullosos de ver cómo has llevado esto a otro nivel.

—Gracias —respondí, bajando la mirada un segundo—. Aunque a veces siento que me faltan horas en el día para todo…

—Eso nos pasa a todos los que dirigimos algo —se rio—. Pero tú tienes la cabeza bien amueblada. Y un buen equipo.

En ese momento, se abrió la puerta. Carmen asomó la cabeza con expresión seria.

—Perdonad la interrupción, Elena. Ha llegado esto —dijo, entregándome un sobre grande de papel grueso con sello judicial—. Es una carta certificada del juzgado. Para *Salval*.

Fruncí el ceño, cogiendo el sobre. La simple visión del membrete me hizo tensar los hombros.

—¿Una citación? —preguntó mi padre, acercándose.

—No lo sé. Vamos a ver…

Lo abrí con cuidado, sacando los papeles del interior. A medida que leía, sentí cómo la sangre me abandonaba la cara. Mi mandíbula se tensó, mis ojos se abrieron en incredulidad.

—No puede ser… —murmuré.

—¿Qué pasa? —insistió mi padre, acercándose más.

Le pasé la carta sin decir palabra. Mientras él la leía, mi pulso se disparó.

—Este imbécil… —murmuró él al cabo de unos segundos, levantando la voz—. ¿Pero cómo tiene la poca vergüenza de decir esto?

—¿Qué pasa? —preguntó Mireia, entrando justo en ese momento—. ¿Qué caras son esas?

Le pasé la carta a ella también.

—Sergio nos ha demandado —dije con un nudo en la garganta—. Dice que su despido fue improcedente. Que lo eché porque estaba dolida sentimentalmente. Que era una simple amante despechada… y que por eso lo eché.

Mireia abrió mucho los ojos al leer las primeras líneas.

—Pero qué pedazo de... —Cerró la boca justo antes de soltar un taco más fuerte mirando a mi padre, a quien respetaba y quería tanto como si fuera su propio padre—. ¿Está mal de la cabeza o qué?

—Eso parece —dije, tragando saliva.

—¿Cómo puede decir semejantes mentiras? —añadió mi padre, visiblemente indignado—. Se le despidió con todas las de la ley. Con su indemnización. Y con todo el respeto, aunque no lo mereciera.

—Esto no tiene sentido —insistí, cruzándome de brazos—. Me engañó, sí. Me mintió durante años, y lo descubrí. Le pedí que se fuera. Pero nunca le negamos su dinero ni hicimos nada fuera del procedimiento.

—Va a buscar lío —dijo Mireia, sacando su móvil del bolso—. Voy a llamar a Álvaro. Esto hay que pararlo cuanto antes.

—¿Crees que puede afectarnos seriamente? —pregunté.

—No, si lo gestionamos bien. Pero este tipo se está buscando una ruina legal, eso seguro.

Mi padre se levantó, respirando hondo.

—Tengo una reunión con el proveedor de envases. Pero quiero que me tengáis informado de todo. Elena, si necesitas que esté presente en algún momento, me llamas. ¿Vale?

—Claro, papá. Gracias.

Se marchó, lanzándome una mirada de apoyo. Yo me dejé caer en la silla, todavía asimilando la noticia.

—No me lo puedo creer, Mireia. ¿Cómo ha llegado tan lejos este idiota?

Ella colgó el teléfono.

—Álvaro viene para acá. Le he contado por encima. Dice que se pone con ello enseguida. Que, si ese tío piensa que va a salirse con la suya, lo lleva claro.

Asentí, aún con las manos frías.

—Y ahora encima esto… con Christian fuera. Justo cuando las cosas estaban yendo bien.

—Bueno, Christian no tiene por qué enterarse hoy si no quieres. Además, si se entera, tampoco va a saltar como un loco. Es bastante más templado que tú.

—Gracias por el cumplido —ironicé volteando los ojos.

Ella se acercó a mí y me apretó el hombro con cariño.

—Vamos a sacar esto adelante. No vamos a dejar que el capullo de Sergio manche tu nombre ni el de *Salval*. ¿Vale?

—Vale —dije con voz baja.

Y justo en ese momento, llamaron a la puerta.

La puerta se abrió y Álvaro apareció con su porte habitual: elegante, relajado, con ese aire de abogado que ya lo había visto todo y, sin embargo,

nunca dejaba de estar alerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó directamente, mirando primero a Mireia y luego a mí.

Mireia fue hacia él, le dio un beso rápido en los labios y le tendió la carta.

—Toma, léelo tú mismo —dijo ella, cruzándose de brazos.

Yo me quedé en silencio, observando cómo Álvaro leía con atención. Su ceño se frunció casi al instante, y a medida que avanzaba en la lectura, la expresión de incredulidad se volvió más evidente.

—Joder… —murmuró—. Este tío está completamente fuera de sí. ¿Se cree que esto le va a salir bien?

—No tengo ni idea de qué se cree —le dije, sentándome de nuevo—. Pero no me esperaba algo así. Pensé que lo peor de Sergio ya había pasado.

Álvaro dejó la carta sobre la mesa y se pasó una mano por el cabello.

—¿Me podéis contar toda la historia, tal cual fue? Sé cosas, pero necesito tenerlo todo claro, con fechas si puede ser.

Me aclaré la garganta. No era algo que me encantara revivir, pero si íbamos a defendernos, mejor que él lo supiera todo.

—A Sergio lo conocí hace casi diez años. Empezó como parte del equipo de ventas. Fue ganándose confianza poco a poco. Después empezamos a vernos fuera del trabajo. Muy discreto todo, por supuesto. Nos entendíamos… fuera del horario laboral. Hasta que pasó a ser algo más serio, una relación oficial.

Álvaro asintió sin interrumpir.

—Yo pensaba que no estaba con nadie. Me dijo que vivía solo, que su familia vivía en Madrid y que viajaba allí para verlos los fines de semana o por trabajo para nosotros. Mentira tras mentira, claro. Lo descubrí hace dos años: tenía mujer, un hijo pequeño, casa en las afueras de Madrid. Una doble

vida como en una maldita novela barata. En cuanto lo supe, lo enfrenté. No lo negó. Me miró a los ojos y me dijo que no iba a dejar a su familia.

Me tembló un poco la voz en ese momento, pero seguí.

—Le pedí que no volviera por la oficina. Que no quería verlo más. Hablé con Recursos Humanos y con el contable. Le dimos el preaviso, el finiquito, la indemnización. Todo dentro del marco legal. Él firmó. No hubo quejas en ese momento.

—Ni una —añadió Mireia—. Estuvo calladito. Lo firmó todo. Y se fue.

Álvaro cogió de nuevo la carta y la hojeó.

—Y ahora viene con esto… alegando despido por despecho personal. Que le destrozaste la vida por "no aceptar que solo era una aventura". Qué miserable.

—¿Crees que tiene alguna posibilidad real de ganarnos? —pregunté con un nudo en el estómago.

Álvaro negó con la cabeza.

—No, Elena. En términos legales, no. No, si tenemos todos los documentos en orden, y las fechas cuadran. Lo único que busca es hacer daño. Puede que a tu imagen, puede que a la empresa. Pero no va a conseguirlo.

Suspiré profundamente.

—¿Y si esto llega a la prensa? ¿Y si algún medio se entera de que hemos sido demandados por un ex empleado con el que yo tuve una relación?

—Si eso pasa, sabremos cómo responder. Te lo prometo. Pero de momento, vamos a centrarnos en lo legal. Yo me encargo. Lo primero será preparar la contestación a la demanda. Luego, investigar por qué este hombre ha vuelto a Cádiz. Se supone que vivía en Madrid, ¿no?

—Sí, se fue en cuanto salió de *Salval* y de mi vida.

—Lo averiguaré. Tengo contactos. Y si ha vuelto con algún interés en hundirte o en volver a acercarse, lo sabremos rápido.

—Gracias, Álvaro —dije con sinceridad—. De verdad. No sabes el alivio que me da tenerte en esto.

Él sonrió, y luego miró a Mireia con complicidad.

—Y bueno, si le toca pasar una temporada a pan y agua por mentiroso, tampoco me va a dar pena.

—Mejor pan solo, sin agua —añadió Mireia—. Para que se le quede la lengua seca de tanta mierda que habla.

No pude evitar reírme. Álvaro se levantó.

—Tengo que volver al despacho. Tengo otra reunión. Pero me pongo con esto esta misma tarde. Si os vuelve a contactar o pasa cualquier cosa, me llamáis de inmediato. ¿Vale? Y no entres en sus juegos, porque seguro que intenta algo más.

—Vale —asentí—. Y gracias otra vez.

Se despidió con un beso de Mireia y una sonrisa hacia mí, y salió por la puerta con paso decidido.

Mireia se giró hacia mí y me rodeó con un brazo.

—¿Estás bien?

—No lo sé —dije, dejándome caer en la silla—. Estoy en shock, creo. No me lo esperaba para nada. ¿Cómo puede haber alguien tan… retorcido?

—Es que no está bien, Elena. No está bien de la cabeza. Y lo peor es que cree que todavía tiene poder sobre ti. Por eso vuelve. Por eso hace esto.

—Pero no lo tiene. Ya no.

—Lo sé. Y tú también lo sabes. Pero ahora hay que demostrarlo con hechos. Así que te lo digo como tu amiga y como tu jefa de ventas: recoge el bolso, guarda la agenda y vámonos. Hoy se acabó la jornada.

—¿A la una?

—Sí. Álvaro se va a encargar. Tú necesitas desconectar antes de que te empieces a comer la cabeza y no pares. ¿Te acuerdas de lo que le dijimos a Valeria el otro día con respecto a Mario si la cagaba?

—¿Que si hacía falta un muñeco de vudú, los hacíamos?

—Exacto. Y yo ya tengo las agujas preparadas por si Sergio sigue dando por saco.

Sonreí débilmente. Me levanté y cogí el bolso.

—Vale. Me has convencido. Vámonos.

Mireia me rodeó con un brazo mientras salíamos juntas del despacho. El mundo fuera seguía girando. Pero dentro de mí, algo había cambiado. Y aunque el día no había sido como esperaba, tenía claro que iba a enfrentarlo con la cabeza bien alta.

Capítulo 22

El mediodía se nos echó encima sin que nos diéramos cuenta. Mireia había insistido en que no podía quedarme sola dándole vueltas a la cabeza, y yo, a pesar de mis resistencias iniciales, acabé aceptando. Así que acabamos sentadas las dos en una terracita frente al paseo marítimo, con Valeria uniéndose apenas unos minutos después, tan escandalosa y radiante como siempre.

—¿Qué ha pasado ahora? —fue lo primero que dijo al sentarse, dejando su bolso de piel sintética sobre la silla vacía junto a la suya—. Tenéis cara de haber visto un fantasma. O peor, un ex.

Mireia y yo nos miramos, medio riendo, medio suspirando.

—Peor —dije al fin, mientras cogía el menú que el camarero acababa de dejar—. El ex en cuestión ha decidido demandar a la empresa.

Valeria levantó las cejas, perpleja.

—¿Sergio? ¿Ese cretino con ínfulas de príncipe encantado? ¿Qué le pasa ahora?

—Que nos ha demandado por despido improcedente —explicó Mireia, más seria de lo habitual—. Dice que Elena lo echó porque estaba despechada y no aceptaba que él no quisiera dejar a su mujer.

Valeria abrió la boca, soltando una carcajada entre incrédula y furiosa.

—Pero qué gilipollas es ese hombre. Lo digo en serio. Es que se supera. Si no fuera tan tóxico, daría risa.

—Yo no sé si reír o llorar, Valeria. No te exagero —respondí mientras me servía un poco de agua—. No tenía ni idea de que estaba casado. Lo descubrí de golpe. Y en cuanto lo supe, lo mandé al carajo. Y, claro, no iba a tenerlo todos los días en la empresa como si nada. Lo eché con todo en regla. Pero ahora viene con esto… como si me hubiera importado tanto como para quedarme colgada de él.

Valeria negó con la cabeza, indignada.

—Lo que pasa es que no puede soportar que lo rechazases. Y que encima ahora estés con alguien como Christian, que ya es otra liga. Está rabiando por dentro, y quiere joderte. Así de claro.

—Eso pensamos —añadió Mireia—. Y Álvaro también. Él ya se está encargando del tema legal.

—Me alegro de que esté metido —dijo Valeria—. Porque si esto se alarga, os va a quitar tiempo y energía. Y con el lanzamiento de la nueva línea no podéis distraeros con mierdas de este tipo.

Asentí en silencio, con la garganta apretada. Sabía que tenía razón.

—Lo peor —dije tras un momento— es que me da rabia que algo así ensucie lo que estamos logrando. Justo ahora que *Salval* va tan bien. Que Christian ha apostado por nosotros, que las cosas empiezan a rodar con una seguridad que hacía tiempo no sentía…

—No te va a tumbar, Elena —interrumpió Valeria, cogiéndome de la mano por encima de la mesa—. Tú eres más fuerte que todo eso. Y no estás sola. Lo sabes, ¿no?

La miré, con esa mezcla de cariño y gratitud que siempre me despertaba. Ella sabía cuándo cogerme, cuándo callar y cuándo meter una verdad como un dardo bien tirado.

—Lo sé —dije al fin—. Pero me está costando no dejar que me afecte.

—Por eso estás aquí —respondió Mireia, brindando con su copa de vino —. Para que te rías un poco, para que comas bien y para que recuerdes que eres Elena Valverde. CEO de *Salval*, jefa de tu vida y, además, una mujer enamorada de un pedazo de hombre que está deseando volver a verte.

Sonreí a medias. Pensar en Christian en ese momento me aflojó el pecho. El recuerdo de su nota, de la videollamada, de su voz ronca deseándome cerca… todo eso volvió como un bálsamo a calmarme.

—Estoy fatal, ¿verdad? —dije entre risas—. Antes era yo la que decía "el amor es una trampa" y ahora parezco sacada de una telenovela.

Valeria levantó la copa.

—Bienvenida al club, cariño. Aquí se ama, se sufre, se chismorrea y se brinda. A veces todo en el mismo día.

Las tres chocamos las copas con un "¡Salud!" que sonó más fuerte de lo que el restaurante necesitaba, pero nos dio igual. Estábamos juntas, y eso siempre era una victoria.

La comida fue un desfile de tapas, confidencias y carcajadas. Comimos pescadito frito, un salmorejo que quitaba el sentido y unas croquetas que nos hicieron cerrar los ojos del gusto. Entre bocado y bocado, repasamos lo último de la campaña, hablamos de los rumores de un nuevo spa que podría trabajar con *Salval* y también de las clientas que ya preguntaban por Christian, dado que ya era una realidad que formaba parte de mi empresa.

—Tu hombre va a ser imagen de marca sin quererlo —bromeó Mireia—. La de señoras que preguntan por "ese que sale en las fotos con la barba de tres días…"

—¡Ay, no! —exclamé llevándome las manos a la cara—. No quiero ni imaginarlo.

—Pues imagina, que eso vende. Y mucho —añadió Valeria con una sonrisa cómplice.

Entre risas, me di cuenta de que, aunque el tema de Sergio seguía allí, en el fondo de mi cabeza, se había hecho más pequeño. Como una piedra molesta en el zapato, sí, pero no lo suficiente como para estropear un día así.

A veces, tener cerca a la gente adecuada era la mejor respuesta ante todo lo que intentaba rompernos.

Después de comer, caminamos las tres, calle arriba hasta el salón de Valeria. Hacía un día tan suave que costaba creer que estuviéramos a las puertas de diciembre. El sol se filtraba entre las ramas de los árboles, las terrazas seguían llenas, y Cádiz, como siempre, parecía vivir a su propio ritmo, como si el tiempo se midiera por risas, por pasos lentos, por olor a sal y mar.

El salón "Valeria Estética & Estilo" estaba a rebosar. Nada más entrar, nos saludaron varias clientas, algunas incluso con productos de *Salval* en la mano, lo que me sacó una sonrisa inmediata.

—Tengo el stand con la línea masculina preparado en la entrada —me dijo Valeria, guiándome hacia el fondo—. No veas cómo preguntan por el exfoliante con algas y aroma de azahar. Ese va a arrasar.

—Eso espero —respondí mientras me quitaba la chaqueta—. Si al menos Sergio no consigue arruinarnos la campaña, igual hasta dormimos tranquilas este mes.

Mireia, ya con la melena suelta, se dejó caer en uno de los sillones acolchados junto a la zona de manicura.

—Venga, vamos a olvidarnos del gilipollas ese unas horas, ¿no? Hoy toca mimarse.

Valeria organizó todo como si fuéramos clientas VIP. Nos puso una mascarilla facial purificante de algas, de las nuestras, claro, nos hicieron una limpieza profunda de cutis, exfoliación, hidratación con vapores de agua marina, y luego pasamos a la manicura y la pedicura mientras nos servían cafés en tazas de colores. El ambiente olía a jazmín, a sal marina y a esmalte recién abierto.

—¿Seguro que esto no es un spa de lujo en Bali? —dije entre risas mientras me limaban las uñas con delicadeza—. Porque ahora mismo estoy a punto de pedirte que me adoptes, Valeria.

—Lo siento, solo acepto gente que me haga regalos de Navidad con más de cincuenta euros de valor —respondió con una ceja arqueada.

—Yo lo valgo —intervino Mireia con su sonrisa de siempre—. Y además sé cocinar pasta al pesto. Adóptame a mí.

—Sois unas pesadas —Valeria se rio—. Pero qué suerte tengo de teneros.

Hubo un momento, en mitad de toda esa tontería entre amigas, en que me detuve a observarlas. A Mireia, con la piel luminosa, las uñas recién pintadas de rojo cereza, hablando con entusiasmo de cómo Álvaro le había escrito esa mañana una nota que dejó junto al desayuno antes de irse. A Valeria, mandando notas de voz a Mario con una sonrisa idiota que no intentaba ocultar.

—Mario me llama todas las noches —nos dijo, suspirando entre nerviosa y feliz—. Creo que ese hombre está interesado de verdad.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo también. Pero no quiero ir muy deprisa, ¿sabes? Que ya me ilusioné antes y acabé peor que una ceja mal depilada.

Solté una carcajada.

—Vale, eso es muy gráfico.

—Pues sí. Que es muy fácil idealizar al principio. Te pintan un cuadro bonito y tú vas y cuelgas el marco sin mirar el fondo. Y luego resulta que era un garabato.

Las tres nos reímos a carcajada limpia y me di cuenta de lo bien que me venía ese momento. Lo necesitaba. Me estaba quitando capas, literal y emocionalmente. Quitando el peso de Sergio, del estrés del trabajo, del miedo de que todo se viniera abajo otra vez. Me estaba dejando querer por mis

amigas, por la risa, por la calma que llegaba cuando te recordaban quién eres de verdad.

Cuando salimos del salón, ya era de noche. El aire olía a pan recién hecho de la panadería de la esquina, y nuestras pieles brillaban por el tratamiento como si lleváramos focos encima. Valeria sugirió que cenáramos por el centro, en un sitio nuevo de tapas fusión. Allí pedimos de todo: hummus con chicharrones, mini hamburguesas de atún rojo, rollitos de salmorejo con jamón… El vino fue fluyendo entre las risas, y el cansancio de los días anteriores se fue disipando poco a poco.

En algún momento de la noche, cuando fui al baño, aproveché para mirar el móvil. Tenía un mensaje de Christian.

Christian: *¿Cómo ha ido el día, mi gaditana favorita? Te echo muchísimo de menos.*

Suspiré. Solo leerlo me hizo sentir ese nudo dulce en el estómago. Esas mariposas que ahora ya no eran tímidas, sino que revoloteaban como locas. Toqué la pantalla con el pulgar, dudando. Pensé en contarle lo de Sergio. En ser sincera, en compartir la carga.

Pero luego lo imaginé en Madrid, agotado, peleando por su empresa, tratando de mantenerla a flote mientras yo le sumaba un drama más.

Al final decidí que no, no era el momento todavía. Respiré hondo y escribí.

Elena: *Día largo. Estoy agotada. Pero ya en casa, a punto de meterme en la cama. También te echo de menos. Buenas noches, Chris.*

Le di a enviar. Guardé el móvil. Y al volver a la mesa, Mireia me miró con picardía.

—¿Era él?

Asentí con una sonrisa suave.

—Sí. Solo quería saber cómo estaba.

Valeria me observó con esa mirada que todo lo veía, pero no preguntó más. No lo necesitaba.

Esa noche, al llegar a casa, me puse el pijama, me recogí el pelo en un moño desordenado y me tumbé en la cama sin encender la televisión. Cerré los ojos y pensé en Christian. En su voz. En su risa. En su manera de besarme como si no existiera el resto del mundo.

No le había contado lo de Sergio, no porque quisiera ocultárselo. Sino porque, por una vez, quería mantener nuestro pequeño mundo limpio de todo lo demás. Solo por un rato más.

Porque si algo había aprendido en los últimos días, era que la tormenta siempre volvía. Pero también sabía que yo, con las personas que tenía a mi lado, sabía cómo bailar bajo la lluvia.

Capítulo 23

La semana había sido eterna. Desde que Álvaro me confirmó que él se encargaría de todo el tema legal con Sergio, había intentado centrarme en la empresa, en las campañas, en los pedidos, en los lanzamientos… Pero el veneno de ese hombre seguía corriendo por mis pensamientos como una gota oscura que no terminaba de diluirse.

Estaba sola en casa, con una manta sobre las piernas y una película de esas que no requerían pensar mucho. Una comedia romántica absurda. De esas que solía criticar con Valeria y que ahora agradecía en silencio. No quería intensidad. Quería evasión.

La lluvia golpeaba suave los cristales del salón. Noviembre estaba acabando con un aire frío, como si el frío de diciembre se hubiese adelantado por puro capricho. En la mesita, una copa de vino tinto a medio terminar. Y yo, deseando que Christian regresara.

Llevaba ya varios días en Madrid, más de los que ambos habíamos calculado. El asunto con su empresa se había complicado, según me dijo, y aún no tenía fecha exacta de vuelta. Solo esperaba que llegase a tiempo para la cena de Navidad de *Salval*. Lo echaba de menos. Mucho más de lo que me atrevía a admitir incluso en voz baja.

Mi móvil vibró sobre la mesa de centro. Me sobresaltó un poco. No esperaba mensajes a esas horas y menos de un número desconocido.

Al principio dudé. Luego lo abrí. Y entonces… todo cambió.

Una ráfaga de imágenes me explotó en la cara como una bofetada helada. Fotos. Vídeos.

Christian con otras mujeres. Riendo, bailando, muy cerca, demasiado cerca.

Una de ellas lo besaba en la mejilla con una mano en su pecho. Otra aparecía abrazada a su cuello. Otra salía de un hotel. El mismo en el que me dijo que se estaba alojando.

En una de las imágenes, él le abría la puerta a una rubia con un vestido ceñido, y ella lo besaba tan cerca de la comisura que mi estómago se encogió. En otra, aparecía de espaldas, sentado en la terraza del hotel con dos mujeres riendo a carcajadas. Y en un vídeo…

No quise seguir mirando. No pude. Pero lo hice. El texto que acompañaba las imágenes fue aún peor. Estaba claro que era de Sergio.

Desconocido: *Te lo dije, Elena. Ese hombre va a hacerte más daño del que yo jamás te hice. Es un mujeriego. Siempre lo ha sido. Nunca serás la única. Ni la primera. Solo una más. Una más a la que follarse. A ver si esta vez aprendes.*

Sentí las lágrimas antes de darme cuenta de que estaba llorando. El corazón me latía tan fuerte que me dolía. El pecho se me cerró, como si me faltara el aire. Mi móvil sonó justo entonces.

Christian. Su nombre en pantalla se veía tan limpio, tan claro, tan inocente… Y, sin embargo, ya no podía verlo igual. No contesté. Esperé a que dejara de sonar.

Puse el móvil en silencio y me quedé allí, temblando, con las manos sobre las piernas, como si estuviera a punto de vomitar.

No podía creerlo. No podía creer que después de todo… Otra vez. Otra vez me habían mentido. Otra vez había confiado y me habían clavado un puñal por la espalda.

No sabía cuánto tiempo estuve sentada así, con los ojos abiertos sin ver nada. Solo recordaba sus palabras. Sus miradas. Su forma de tocarme. De

hablarme. Las llamadas. Los buenos días por mensaje. Las noches de risa en la cama. El desayuno sorpresa. El “te echo de menos”.

Todo me parecía falso ahora. Todo parecía parte de una actuación que había tenido como única finalidad meterme en su cama.

Me levanté de golpe, me puse el primer abrigo que encontré, cogí las llaves y salí. No sabía a dónde iba, solo sabía que no podía quedarme allí sola. Necesitaba aire. Necesitaba a Valeria.

El viento frío me cortaba la cara mientras caminaba con paso rápido. Llamé a su portero automático. Me abrió sin preguntar.

Cuando subí, me abrió la puerta con expresión sorprendida.

—Pero ¿qué…? Elena, ¿qué ha pasado? —preguntó, frunciendo el ceño al ver mi cara.

No respondí, solo entré. Ella cerró la puerta y yo me apoyé en la pared del pasillo como si no pudiera más.

—¿Qué ha pasado, cielo? —insistió, más suave, y se acercó a abrazarme.

Pero antes de que me tocara, estallé.

—¡Me ha mentido, Valeria! ¡Me ha mentido como un cabrón! —lloré con rabia—. ¡Me ha engañado igual que Sergio! ¡Soy una estúpida!

—¿De qué hablas? ¿Christian? ¿Qué ha hecho?

Y entonces se lo conté. Le hablé de las fotos, de los vídeos, de ese mensaje de Sergio. Le conté lo del hotel, lo de las mujeres, lo de los besos cerca de los labios, lo de la videollamada que no contesté.

Valeria se quedó callada mientras le decía que me había mentido a la cara y con descaro, que me utilizaba y que había jugado con mis sentimientos. Que no me quería, que no me vio nunca como algo más, que lo de que me viera como mujer en vez de como la niña que fui, no era más que una puta mentira. Luego respiró hondo y me miró.

—¿Tú estás escuchando la cantidad de tonterías que estás diciendo?

—¡No son tonterías! ¡Lo he visto!

—¿Y quién te ha mandado eso? Sergio, ¿no? ¿El mismo que os ha demandado y que está rabioso porque no le haces ni puto caso?

—Pero las imágenes… —susurré.

—¿Y tú sabes si son de ahora? ¿Sabes si son de otro momento? ¿Sabes si son amigas, socias, clientas? ¡¿Sabes algo?!

Me mordí el labio.

—No puedes juzgarle así. Al menos dale la oportunidad de explicarse, Elena. No todos los hombres son como Sergio. Christian no es Sergio. ¡Coño! —gritó enfadada.

—No he podido hablar con él… He apagado el móvil —dije, bajando la mirada.

Ella bufó y en ese momento sonó su móvil.

—Es Mario —dijo mirándome y suspiró.

—Por favor, Valeria, si pregunta por mí, dile que no sabes nada.

—¿Te das cuenta de que me está pidiendo que empiece mi relación mintiendo?

—Por favor —supliqué, entre lágrimas.

—Dios —resopló—. Mario, hola —respondió, y en su voz noté que forzaba una sonrisa—. ¿Elena? —me miró y negué—. No, no estoy con ella. Imagino que estará en casa. Han tenido una semana de mucho trabajo —no era mentira del todo—. Sí, claro, si sé algo te digo… Claro, no te preocupes… Un beso.

Colgó.

—Le he mentido por ti, Elena. Pero esto no puede seguir así. Tienes que hablar con Christian. No puedes dejarte arrastrar por la bilis de un ex despechado.

—Ya es tarde —susurré.

—¿Cómo que tarde?

Me levanté y cogí su portátil del escritorio del salón.

—¿Qué vas a hacer?

No contesté. Entré en mi correo de empresa y, sin pensar, sin meditarlo, sin darle vueltas… escribí.

*«**Asunto:** Se acabó.*

Christian:

No quiero explicaciones. No quiero excusas. He visto las imágenes. Sé lo que hay. No soy idiota. Ya lo fui una vez. Ya me enamoré de un hombre que me engañó durante años. No voy a volver a pasar por lo mismo.

Tú sigue con tu vida, con tus mujeres, con tu hotel, con tu libertad. Yo seguiré con la mía. Desde este momento, eres un inversor en Salval. Nada más. No hay "nosotros". No lo hubo nunca. Solo fui una más. Y no voy a permitir que me hagas daño.

Elena.»

Cerré el portátil con un golpe suave y me dejé caer en el sofá. Me abracé las piernas y dejé que las lágrimas siguieran cayendo.

Valeria regresó del pasillo con dos tazas de chocolate caliente, pero al verme simplemente dejó las tazas en la mesa y se sentó a mi lado.

—Te has precipitado —murmuró.

—Me da igual.

—No te da igual.

No respondí, solo cerré los ojos.

Pero las imágenes seguían ahí. Clavadas en mi mente como agujas. Y el dolor… sabía que ese no se iba a ir tan fácilmente.

Capítulo 24

Martes. Odiaba los martes. No tenían el dramatismo de un lunes ni la cercanía esperanzadora del viernes. Solo eran un limbo insípido que me obligaba a fingir equilibrio mientras por dentro todo seguía desmoronándose.

Eran casi las ocho y media de la mañana y ya llevaba más de una hora en la oficina. No había dormido bien, otra vez. Me levanté incluso antes que sonara el despertador, como si el cuerpo se negara a seguir fingiendo que descansaba. Me duché en silencio, me vestí con un conjunto de camisa gris perla y pantalón de pinzas que me sentaba como una armadura, y salí sin desayunar. Ya en el despacho, el café que me preparó Carmen fue lo único que agradecí.

La presentación de la nueva línea masculina se celebraría en menos de dos semanas. La prensa local ya había recibido las invitaciones, los materiales de prensa estaban listos y teníamos confirmación de varios influencers de moda masculina que habían aceptado venir a Cádiz para cubrir el evento. Queríamos algo sobrio, elegante, con identidad, sin caer en clichés de virilidad absurda. Algo fresco, pero con raíz.

En mi mesa tenía desplegados los últimos diseños de los envases, aún sin sello de aprobación final. Cristal oscuro con etiquetas en tonos tierra y azul profundo. Limpios. Marinos. Masculinos sin caer en tópicos. La imagen visual era impecable, y eso, al menos, me ofrecía una mínima sensación de control.

Revisaba por tercera vez los textos de las fichas técnicas cuando escuché unos golpecitos breves en la puerta. Levanté la mirada y vi que Mireia.

—¿Se puede? —asomó la cabeza con su sonrisa de siempre, esa que traía luz, aunque el día fuera gris.

—Pasa. ¿Tienes algo?

—Un montón de cosas, pero lo prioritario… —Entró del todo, cerrando con el pie mientras sostenía una carpeta azul—. Confirmación del hotel para la cena de Navidad. El Oasis del puerto ha aceptado nuestras condiciones. Cena tipo cóctel, barra libre moderada, espacio reservado hasta las tres de la mañana, música en directo… y no, no incluirá sevillanas.

—Menos mal —murmuré sin levantar la vista del catálogo—. ¿Ya tenemos cifra cerrada de asistentes?

—Casi. Aún falta que algunos confirmen, pero entre empleados y acompañantes rondamos los ochenta.

Asentí sin mucho entusiasmo. Ella se acercó al escritorio y dejó la carpeta a un lado. Me miraba. Lo sabía.

—¿Has dormido algo? —preguntó con una suavidad inusual.

—Lo suficiente.

—Mentira —respondió sin dudar.

Suspiré. Me recosté en la silla y me pasé la mano por el cabello, que llevaba hoy suelto, aunque perfectamente ondulado como siempre.

—¿Mireia, quieres algo más o vas a empezar otra vez con el tema?

Ella ladeó la cabeza, con esa expresión mezcla de ternura y obstinación.

—No es "el tema", Elena. Es el único tema. Y no te lo saco por gusto. Es que te estás enterrando viva en trabajo desde hace días y no es normal. Llevas las ojeras maquilladas con corrector y de milagro.

—Estoy centrada. Es distinto.

—Estás escapando —corrigió sin rodeos, sentándose en la silla frente a mi mesa—. Lo de Sergio, lo de Christian, lo de la empresa, todo junto… sé que te está pasando factura.

Apreté los labios y cerré el catálogo con más fuerza de la necesaria.

—No quiero hablar de Christian —dije. Mi voz sonó seca incluso para mí.

—No te pido que me cuentes todo. Solo que pienses si hiciste bien mandando ese e-mail. Porque a mí me parece… que fue precipitado.

—¿"Precipitado"? —pregunté con una media sonrisa amarga—. ¿Después de ver las imágenes? ¿De leer lo que escribió Sergio?

—Justamente —dijo con los ojos muy abiertos—. Fue Sergio quien lo envió. Él. El ex más tóxico del planeta. Elena, ¿no ves que podría haber manipulado todo?

—¿Y las fotos? ¿Y los vídeos? ¿Eso también lo fabricó?

—¿Sabes cuándo fueron tomadas? ¿Dónde? ¿Qué contexto tenían? ¿Por qué estabas tan dispuesta a creer en su versión? —se inclinó hacia adelante—. Christian no es un santo, vale. Pero tampoco me parece el tipo de hombre que juega a dos bandas. No contigo, al menos.

Me quedé callada. Una parte de mí quería gritarle que no lo entendía. Otra parte se aferraba al dolor como a una muleta. Era más fácil estar enfadada que vulnerada.

—No era mi pareja, Mireia —dije al fin—. Nunca fue un compromiso formal. Solo fue… algo. Algo que se acabó.

Ella me miró durante un buen rato, con los ojos muy azules, como si buscara detrás de mis palabras la verdad que yo no quería admitir.

—¿Y tú estás bien con eso?

—Estoy trabajando —repliqué, levantándome—. Hay cosas que no se hacen solas. La presentación es en menos de dos semanas y quiero que salga impecable. No puedo permitirme errores. Ni ahora ni nunca.

Mireia se levantó también, con su carpeta bajo el brazo. Parecía querer decir algo más, pero se contuvo.

—Solo te digo una cosa —dijo al final, mientras abría la puerta—: Estás acostumbrada a llevarlo todo sola. Pero hay batallas que no se ganan solo con la cabeza. A veces hay que escuchar al corazón. Aunque dé miedo.

La puerta se cerró tras ella con un leve clic y me quedé sola. El despacho, bañado por una luz grisácea que entraba por los ventanales, se volvió de pronto más frío. El silencio era espeso. Y lo odié.

Volví a sentarme lentamente. Pasé los dedos por el portátil, como si el tacto del teclado pudiera anclarme al presente.

Pero no pude evitarlo. Las imágenes volvieron. Como un puñal que se clavaba una y otra vez en el mismo sitio.

Christian riendo con esa mujer. La rubia del vestido ceñido besándole tan cerca de los labios. Él entrando en el hotel. Esa terraza. Esas carcajadas.

¿Podían haber sido tomadas antes? ¿Eran clientas? ¿Amigas? ¿Socias? O… ¿Era simplemente él siendo él?

Apoyé los codos en la mesa y me cubrí el rostro con las manos. Mierda. ¿Por qué dolía tanto si ya había decidido que estaba mejor sin él?

Estaba revisando por décima vez el guion del evento cuando escuché otro golpe en la puerta.

—Estoy ocupada —dije sin levantar la mirada, molesta por la interrupción.

Pero no fue Carmen. Ni Mireia. La puerta se abrió de todos modos.

—¿Vas a seguir ignorando mis llamadas?

Mi corazón se detuvo un segundo. Era Christian.

Levanté la mirada con un nudo en la garganta que no supe esconder del todo. Allí estaba, de pie en el marco de la puerta, con un traje azul oscuro sin corbata, camisa blanca desabrochada en el cuello, y ese maldito aire de seguridad que tanto odiaba y adoraba al mismo tiempo. Ojos grises. Mirada fija en mí.

—Te pedí que no vinieras sin avisar —dije, y me levanté, queriendo controlar cada palabra.

—Te he escrito. Te he llamado. He mandado mensajes. Me has dejado en visto, Elena —avanzó unos pasos—. ¿De verdad pensabas que con un e-mail bastaba?

—No era un e-mail cualquiera.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

Cerró la puerta tras de sí. Cada paso que dio hacia mí lo sentí como un temblor bajo los pies. Me obligué a no retroceder.

—Tú lo dijiste, Christian. Somos adultos y tenemos negocios. Nada más. —Mi voz sonaba firme, pero mis manos estaban heladas.

Él ladeó la cabeza. Sus labios formaron una mueca amarga.

—¿Y eso es todo lo que fui para ti? ¿Un negocio?

—Fuiste… una ilusión. Una equivocación. Y se acabó.

—¿Por qué? —preguntó, directo—. ¿Por qué de pronto te convertiste en juez y verdugo? ¿Qué has visto para estar tan segura de que no merezco ni una conversación?

—¡No le des la vuelta a esto! —estallé, levantando la voz—. ¡Tú eres el que se ha comportado como un cabrón!

—¿Te estás oyendo?

—He visto las fotos. Los vídeos. ¿Qué más quieres que te diga?

Él se detuvo y frunció el ceño. No parecía sorprendido, sino… dolido. Y eso me desconcertó.

—¿Quién te lo mandó? —preguntó en voz baja.

—No importa.

—Sergio, ¿verdad?

No respondí.

—¡Joder, Elena! —golpeó suavemente la mesa con la palma de la mano—. ¿De verdad te crees todo lo que te envía ese hijo de puta?

—¡Las imágenes no mienten!

—No, pero se manipulan. Se sacan de contexto. Se usan como arma. ¿Y tú, que eres más lista que eso, caes como una cría?

—¡No soy una cría! ¡Y tampoco soy estúpida! ¡No voy a volver a pasar por lo mismo!

Él se quedó callado. Me miró y en su rostro apareció algo distinto. No era ira, tampoco arrogancia. Era decepción. Dolor.

—No soy Sergio —dijo al fin, con la voz más grave—. Nunca lo fui. Y tú lo sabes.

Me crucé de brazos. Era eso o desmoronarme.

—Tú no crees en el amor, Christian. Me lo dijiste. Crees en la libertad, en los placeres, en las relaciones esporádicas. Sexo, sin compromisos. Así vives.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Desde cuándo una persona no puede cambiar?

—¿Y lo has hecho? —pregunté, con sarcasmo—. ¿Has cambiado, Christian?

—He intentado hacerlo. Por ti.

Esas cinco palabras me atravesaron como un disparo. Bajé la mirada. No podía seguir mirándole a los ojos.

—Pues lo intentaste mal.

Silencio.

—Me haces daño, Elena.

—Tú me lo hiciste primero.

—No. Yo no te hice daño. Fuiste tú quien decidió creerle a otro antes que a mí.

Volví a mirarlo. Tenía los ojos brillantes, pero no de rabia.

—¿Qué esperabas? —susurré—. ¿Que confiara a ciegas?

—Sí —respondió, sin dudar—. Porque eso es lo que se hace cuando amas a alguien.

Tragué saliva. Me temblaron los labios, pero no lloré. Aún no.

—¿Y tú me amas? —pregunté.

—¿Tú qué crees?

No supe qué decir.

—Me fui a Madrid a cerrar un acuerdo que también beneficiaba a *Salval* —continuó—. Estuve con Mario, con clientes, con proveedores. Sí, en cenas. Sí, rodeado de gente. ¿Y sabes qué? Ninguna de ellas eres tú. Ninguna. Porque tú eres la que me mira como si me viera de verdad. Tú eres la que me desmonta.

Se acercó un poco más. Ya estaba casi frente a mí y sentía el calor de su cuerpo a través del aire.

—Tú eres la que me ha enseñado lo que no sabía que necesitaba.

No supe responder. Solo lo miré, y vi la herida abierta en sus ojos.

—¿Y aun así? —pregunté con voz ronca—. ¿Fuiste capaz de…?

—No hice nada. Te lo juro. Ni una caricia. Ni un beso. Nada. Pero tú decidiste no preguntar. Solo condenar.

Y entonces se apartó. Dio dos pasos atrás y para mí, esa distancia fue como una bofetada.

—¿Sabes qué me jode más? —dijo con amargura—. Que estaba dispuesto a luchar por ti. Pero tú me cerraste la puerta. Me la cerraste en la cara sin dejarme decir ni una palabra.

Se volvió hacia la puerta y yo no lo detuve. No podía. Estaba paralizada. Pero justo antes de salir, se giró y me miró por última vez.

—A veces el problema no es que alguien te haga daño, Elena. A veces el problema es que ya no sabes reconocer cuándo alguien no quiere hacerlo.

Y se fue.

La puerta se cerró, volví a quedarme sola y esta vez no pude contener las lágrimas.

Capítulo 25

El cielo de Cádiz se había vestido de gris esa mañana, como si el tiempo estuviera en sintonía con el desorden emocional que llevaba días arrastrando. El viento soplaba con una frialdad temprana para principios de diciembre, y aunque la bufanda me cubría casi hasta la nariz, no podía evitar sentir que el frío me atravesaba desde dentro.

Mi padre me había llamado la noche anterior. No fue una conversación larga. Rafael Valverde no era de dar muchas vueltas.

—*Elena, mañana te quiero a comer en casa. A las dos. Puntual.*

Y colgó. Ni un "¿Puedes?", ni un "¿Cómo estás?". Solo una orden envuelta en afecto paternal mal disimulado. La conocía bien. Esa voz que usaba cuando algo le inquietaba. Cuando necesitaba recuperar el control de alguna pieza que sentía fuera de sitio.

Habían pasado solo unos días desde que le envié aquel e-mail a Christian. Dos días desde la discusión. Desde que me rompí en silencio tras verle marcharse sin girarse una última vez. Desde entonces, todo parecía seguir girando menos yo. Me aferraba al trabajo como si fuera una cuerda en mitad del naufragio, y fingía que todo estaba en orden.

Pero no lo estaba.

Aparqué delante de la casa de mis padres y respiré hondo antes de bajar. La fachada blanca, las macetas con geranios que mi madre cuidaba como si

fueran hijos, el leve olor a jazmín que venía del patio… Todo seguía igual. Como siempre. Menos yo.

Mi madre abrió antes de que llamara. Siempre hacía eso. Decía que sabía cuándo estábamos cerca porque el corazón le latía distinto.

—Hija… —Me abrazó sin decir más, y durante un instante me sentí niña otra vez.

El calor de su abrazo fue tan reparador como doloroso. Me contuve. No podía venirme abajo allí, delante de ella.

—¿Y papá? —pregunté mientras me quitaba el abrigo.

—En el despacho. Pero ha dicho que bajaba en cinco minutos. Ya está todo listo.

Me guiñó un ojo y se fue hacia la cocina. Su forma de no preguntar demasiado siempre había sido una de sus virtudes. Sabía esperar. Dejar que las palabras salieran cuando pudieran hacerlo sin rompernos.

Me senté en el salón. Los mismos sillones, las mismas fotos de familia, incluso el mismo cojín deshilachado que nunca querían tirar. Mi infancia seguía allí, atrapada en cada rincón, en cada aroma. Pero la mujer que era ahora… esa tenía demasiadas grietas para encajar del todo.

Mi padre bajó con paso firme. Llevaba uno de sus jerséis de lana gruesa y las gafas aún colgando de la camisa.

—Hola, hija.

—Hola, papá.

Nos abrazamos. Un abrazo corto y firme. Con el cariño contenido que tanto nos caracterizaba.

Nos sentamos a la mesa. Mi madre había preparado un arroz con marisco y una ensalada con hinojo y aceitunas negras que siempre decía que era

“refrescante y elegante”. Durante los primeros minutos hablamos del trabajo, de cómo iba la nueva línea de productos, del evento de presentación.

Parecía una comida normal. Hasta que no lo fue.

—Hablé con Christian —dijo mi padre de pronto, dejando el tenedor en el plato.

El arroz se me atragantó un poco. Bebí agua sin mirarle directamente.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Vino a verme hace dos días. A casa. Quería hablar conmigo sobre el futuro de la inversión en *Salval*, pero también… sobre vosotros.

Sentí cómo mi madre dejaba suavemente el cubierto. El silencio se volvió denso, como una nube que no terminaba de descargar.

—Me dijo que le habías escrito un correo poniendo fin a todo. Que no le diste opción a explicarse. Que lo trataste como a un cualquiera.

La voz de mi padre era pausada, pero no neutra. Había juicio en sus palabras. Como si ya hubiese formado una opinión.

Me senté más recta.

—¿Y qué quieres que te diga, papá?

—Quiero que me lo expliques tú. No él.

Suspiré y jugué con el tenedor sobre el plato, evitando mirarlos como cuando era una adolescente.

—Vi unas imágenes. Fotos. Vídeos. Con mujeres. En el hotel en el que decía estar trabajando.

—¿Y eso qué significa? —preguntó mi madre con suavidad.

—Que no era sincero. Que estaba con otras mientras me decía que me echaba de menos. —Mi voz tembló apenas un poco.

—¿Quién te mandó eso? —insistió ella.

No respondí.

—Fue Sergio, ¿verdad? —aseguró mi padre.

—¿Y qué más da? —dije, con un tono más alto del que quería.

—¡Da mucho! —replicó él, levantando la voz por primera vez—. ¡Porque si fue ese cabrón, entonces todo esto puede haber sido una jugada sucia para vengarse de ti!

—¿Y si no lo fue? ¿Y si lo que vi era real?

—¿Y si no? —intervino mi madre, tranquila pero firme—. ¿Y si Christian es realmente distinto? ¿Y si lo que viste esa noche no fue más que una trampa para que tú hicieras justo esto?

—No lo sé. ¡No lo sé! —exploté—. Solo sé que no quiero volver a sentirme como me sentí con Sergio. ¡No quiero vivir con la duda, con el miedo, con la sensación de que en cualquier momento se va a caer todo!

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no dejé que salieran.

—Ya soporté durante años la mentira de un hombre al que amaba. Ya me tragué el cuento del futuro perfecto. Del amor tranquilo. De los desayunos en la cama. Y un día me enteré de que tenía una vida paralela. Una esposa. Un hijo. Otra casa. ¡Otra maldita vida!

Mi madre se acercó despacio y me cogió la mano.

—Lo sé, hija. Lo sé. Pero Christian no es Sergio.

—¿Y si sí lo es? ¿Y si solo lo disimula mejor?

—¿Y si no? —repitió, con ternura—. ¿Y si has cerrado la puerta al único hombre que ha sabido tocarte el alma de verdad?

Me levanté de la mesa decidida. Fui al perchero y cogí el abrigo y el bolso.

—Gracias por la comida.

—Elena —dijo mi padre—. No estamos en tu contra.

—Lo sé. Pero ahora mismo no puedo con todo. Solo necesitaba arroz. Y silencio.

—Y amor —añadió mi madre, abrazándome por detrás.

Me dejé abrazar. Pero no volví a sentarme. Me despedí sin volver a mirar atrás. Porque si lo hacía, sabía que me rompería.

Salí al aire frío de la tarde. El cielo seguía nublado. El viento soplaba fuerte, como si quisiera llevarse algo conmigo.

Pero el dolor seguía ahí. Pegado a mi piel. A mis costillas. A mi recuerdo de Christian diciéndome que había intentado cambiar por mí.

¿Y si me había equivocado? ¿Y si esta vez, el daño no lo había hecho él… sino yo?

Después de aquella comida tensa en casa de mis padres, seguía dándole vueltas a todo lo que se había dicho. Las palabras de mi madre se repetían en mi cabeza con eco, como si las hubiese grabado en un lugar imposible de borrar: "¿Y si has cerrado la puerta al único hombre que ha sabido tocarte el alma de verdad?"

Había querido ignorarlas. Silenciarlas con cualquier cosa que me ayudara a no pensar en él. Pero no funcionaba. Christian seguía ahí, incluso en su ausencia.

Esa tarde, quedé con Mireia y Valeria en una de nuestras cafeterías favoritas, cerca de la playa. No hacía falta que nos reuniéramos por una razón específica. Nos bastaba un café, una conversación y ese tipo de vínculo que

solo se formaba entre mujeres que habían estado ahí para sostenerse unas a otras cuando todo lo demás se desmoronaba.

Entré en el local diez minutos tarde. Ellas ya estaban sentadas junto a la ventana, con dos cafés humeantes y una porción de tarta de zanahoria que ya tenía un par de bocados menos. Me sonrieron cuando me vieron, aunque Mireia entrecerró los ojos con su típico gesto inquisitivo.

—Menuda cara traes, chiquilla —dijo, señalándome la silla vacía frente a ellas—. ¿Has dormido algo estos días o vienes de arrastrarte por el infierno emocional otra vez?

—Algo intermedio —resoplé, dejándome caer en la silla—. O más bien… una especie de purgatorio personal, versión "yo me lo guiso, yo me lo como".

—Eso suena a que necesitas más que un café —intervino Valeria, con su tono dulce pero directo—. ¿Te traigo un vodka?

Solté una carcajada que salió más triste que divertida.

—Un tranquilizante quizás. O una lobotomía. Algo que me borre esta parte del cerebro donde se repite el mismo pensamiento una y otra vez.

—¿Christian? —preguntó Mireia, sin rodeos.

Asentí. Las dos me miraron en silencio un momento. Luego, Valeria alargó la mano y me la apretó con suavidad.

—¿Qué ha pasado?

Respiré hondo. Les conté la comida en casa de mis padres, lo que mi padre había dicho, lo que mi madre había insinuado, cómo había salido de allí con el corazón en la garganta y las dudas enredadas en el estómago.

Les hablé también de cómo no conseguía pasar página, de cómo me dolía más ahora que cuando me llegaron aquellas fotos. Porque ahora dudaba de todo. De mí. De mi juicio. De si me estaba defendiendo o simplemente huyendo.

—No sé si hice bien —dije al final—. En el momento estaba tan segura. Estaba tan convencida de que, si algo olía a traición, tenía que cortar por lo sano antes de que me destruyera otra vez. Pero ahora… ahora no sé si he sido valiente o cobarde.

Mireia me miró fijamente. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso y el pelo recogido en una coleta alta que siempre le daba un aire desafiante.

—Te has protegido. Y eso está bien. Es lo que hacemos todas cuando salimos heridas. Nos blindamos. Pero hay una diferencia entre poner límites y levantar un muro tan alto que nadie pueda cruzarlo, ni siquiera quien de verdad quiere quedarse.

Me removí en el asiento.

—Es que no sé cómo distinguir eso. No sé cuándo estoy protegiéndome y cuándo me estoy saboteando.

—Eso nos pasa a todas —dijo Valeria con dulzura—. Lo que pasa es que tú… tú llevas años sobreviviendo en modo automático. Te has acostumbrado tanto a no confiar, a analizar cada gesto, cada silencio, cada palabra, que cuando aparece alguien que simplemente te quiere… te da pánico.

Me quedé en silencio. Era dolorosamente cierto.

—Yo también lo vi. Ese miedo. En cuanto empezaste con Christian —añadió Mireia—. Nunca lo dijiste en voz alta, pero se te notaba. Era como si esperaras que en cualquier momento la historia se repitiera. Que él también se quitara la máscara y resultara ser otro Sergio.

—Porque así es como funciona, ¿no? —respondí, bajando la voz—. Siempre hay un momento en el que todo se derrumba.

—No —dijo Valeria con firmeza—. Así no es como funciona el amor de verdad. El amor de verdad no te hace dudar todo el tiempo. No te hace sentir menos. No juega con tus inseguridades. Y Christian… —Me miró con los ojos muy abiertos—. Christian te cuidaba. Te miraba como si fueras lo mejor que le había pasado en la vida. Nosotras lo vimos.

Me dolía escucharlo. Me dolía porque una parte de mí también lo sabía. Pero otra parte, más fuerte, seguía gritando que no podía arriesgarse a creer otra vez.

—Elena —dijo Mireia con voz más baja—. ¿Te das cuenta de que a veces pareces empeñada en sabotear todo lo bueno que te pasa?

La miré y fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que te has convertido en alguien que huye en cuanto siente algo real. Porque te da miedo. Porque cuando amas, te sientes vulnerable. Y tú odias sentirte así.

No supe qué contestar. Me sentía expuesta, como si me hubieran arrancado todas las capas con las que llevaba tiempo cubriéndome.

—Quizás tienes razón —susurré—. Quizás ya no sé amar sin miedo.

Valeria me acarició la mano.

—No se trata de no tener miedo. Se trata de no dejar que el miedo decida por ti.

Nos quedamos en silencio un rato. Fuera, el cielo empezaba a aclararse. Los rayos de sol se filtraban entre las nubes como si el día quisiera darme una tregua.

—¿Y si me equivoqué? —pregunté en voz baja—. ¿Y si lo que vi… no era lo que parecía?

—Entonces aún estás a tiempo de enmendarlo —dijo Mireia sin dudar—. Pero tienes que decidir qué quieres. No por impulso ni por miedo. Sino desde la verdad.

—¿Y cuál es mi verdad? —pregunté, más a mí misma que a ellas.

—Que le quieres —respondió Valeria—. Y que estás cansada de vivir con la armadura puesta.

Sí. Esa era la verdad. La más simple. La más difícil de aceptar.

Amaba a Christian. A pesar del miedo. A pesar de la rabia. A pesar de no saber si todo podía arreglarse o no.

Y quizás ya era hora de dejar de esconderme detrás del dolor antiguo.

—¿Y si ya es tarde? —pregunté.

—Entonces habrás sido valiente. Porque lo intentaste. Porque no te quedaste paralizada por el miedo —dijo Mireia, con una media sonrisa—. Pero si no haces nada… entonces sí será tarde.

Miré mi café ya frío y sentí cómo algo se aflojaba dentro de mí. Una cuerda, una traba. Una de esas ataduras invisibles que llevábamos sin darnos cuenta hasta que nos las quitábamos.

—Vale —dije, más para mí que para ellas—. Voy a hacer algo. No sé qué exactamente. Pero no quiero seguir así. No quiero seguir huyendo del amor por miedo a repetir el pasado.

Las dos sonrieron. No dijeron nada más; no hacía falta.

A veces, lo que más curaba no eran las respuestas, sino las personas que se quedaban contigo mientras buscabas las preguntas correctas.

Capítulo 26

Sábado. Cádiz. Viento de levante suave. Cielo limpio, de esos que parecían pintados con pinceladas de azul mediterráneo. Y yo, con los tacones puestos desde las ocho de la mañana y los nervios a flor de piel, repasando cada maldito detalle por cuarta vez.

El evento de presentación de nuestra nueva línea masculina se celebraba en un espacio reformado en el casco antiguo: techos altos, paredes encaladas, luces tenues, aroma a sal y romero flotando en el aire gracias a nuestros nuevos difusores con esencia marina. Todo impecable. Todo medido. Todo listo.

Valeria había llegado poco antes de mediodía con Mario. Iban guapísimos los dos. Ella con un vestido azul petróleo con corte asimétrico que dejaba uno de sus hombros al descubierto, él con una chaqueta gris claro, desenfadado, como si no le importara y al mismo tiempo sí. Se notaba la complicidad, las miradas que todavía no se atrevían a ser algo más, pero que ya lo eran.

Mireia apareció al rato con Álvaro, el hombre de su vida desde hacía tanto que solo ella no parecía ver, hasta que finalmente lo vio. Ella iba de verde esmeralda con labios rojos y su eterna risa contagiosa. Él, con traje oscuro, camisa blanca abierta al cuello y una expresión entre socarrona y atenta.

Yo me refugiaba en los pasillos del evento, revisando que la presentación visual estuviera sincronizada, que los productos estuvieran dispuestos como habíamos ensayado, que el equipo de marketing tuviera listos los vídeos, los hashtags, los discursos.

Pero justo cuando me acerqué a una de las mesas para revisar el orden de los folletos, los escuché hablar.

—Al final lo de la demanda ha sido cosa de despecho, ¿no? —preguntó Mireia con tono bajo, aunque no lo suficiente para que no lo oyera.

—Totalmente —respondió Álvaro—. Está claro que Sergio no soporta que Elena haya seguido adelante. Y mucho menos con Christian.

—Yo no me fío de ese tío. Tiene una mirada... como de serpiente.

—Y ha jugado sucio. Muy sucio.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Christian, apareciendo de pronto a nuestra derecha, con el ceño fruncido y la voz tensa—. ¿Qué demanda? ¿Qué está pasando?

Me giré hacia él, y noté cómo se me encogía el estómago en un reflejo ya demasiado familiar.

—No es asunto tuyo, Christian —dije, cruzándome de brazos.

—¿Cómo que no? Soy inversor de *Salval*. Y, por si lo has olvidado, también soy el hombre que te ama.

Un murmullo se instaló en mi pecho. No dije nada. Él se volvió hacia Álvaro.

—¿Qué está ocurriendo?

Álvaro me miró antes de hablar, buscando mi aprobación. Yo asentí con un leve gesto. Ya qué más daba.

—Sergio ha demandado a la empresa por despido improcedente. Y… hay algo más.

Christian se tensó y yo también.

—¿Qué más?

Álvaro tragó saliva y continuó.

—Parece que está trabajando para el principal competidor de *Salval*. El que quiere hacerse con algunos de vuestros contratos clave.

—¿Que está trabajando para la competencia? —repetí en voz baja, como si necesitara escucharme a mí misma para creérmelo.

Álvaro asintió.

—Me enteré ayer por la tarde, pero quería confirmarlo antes de decírtelo. Tiene un contrato de colaboración con *Thalassa Derm*; están intentando captar a algunos de los proveedores con los que trabajáis, además de conseguir esos contratos y, según un par de contactos míos, van a lanzar una línea "marina" en enero.

Sentí cómo el aire se llenaba de sal y rabia. Sergio. Otra vez Sergio. Como una sombra pegajosa que se empeñaba en arruinar todo lo que tocaba.

—Ese cabrón... —murmuró Mireia a mi lado, cruzándose de brazos.

—¿Y tú sabías esto? —pregunté mirando a Álvaro, intentando no dejar que la furia me nublara por completo.

—Lo supe ayer, como he dicho. Me llegó una alerta del registro mercantil por una coincidencia en nombre comercial. Aparentemente, van a llamarla *"Thalassa Men".* Están intentando registrar patentes muy parecidas a las vuestras.

Christian dio un paso al frente. Su mandíbula estaba tensa, y los ojos le brillaban con esa mezcla de determinación y enfado que conocía demasiado bien.

—Si ese hijo de puta se cree que va a joder a mi familia, está muy equivocado.

—No hagas nada, Christian —le advertí, levantando una mano.

—¿Perdona?

—No quiero que te metas en esto. Lo tenemos controlado. Álvaro lleva el tema legal. Vamos a responder la demanda como corresponde, presentar la documentación, probar que fue un despido justificado.

—¿Y mientras tanto ese cabrón intenta sabotearte desde dentro, vendiendo ideas nuestras, imágenes nuestras, fórmulas que quizá ya tenía…? ¡Elena!

—No. —Mi voz salió más firme de lo que me esperaba—. No quiero que esto se convierta en un circo personal. Esta es mi empresa. Lo gestiono yo.

Nos miramos fijamente. Estábamos tan cerca que, por un segundo, todo lo demás desapareció: las luces, la música ambiente, la gente revoloteando alrededor, las bandejas del catering, los murales con los nuevos envases. Solo él y yo. Otra vez. Como si estuviéramos solos. Como si no hubiera miles de capas de dolor entre nosotros.

—No estoy hablando como tu amante —dijo en voz baja, pero con ese tono profundo que solo él sabía usar—. Estoy hablando como tu socio. Y también como el hombre que no va a permitir que te destruyan.

Y entonces, antes de que pudiera responderle, Valeria se acercó.

—Estáis montando un espectáculo, y no en el buen sentido —susurró, intentando ser discreta.

—Tenemos que hacer la presentación —añadió Mireia, cogiendo la mano de Álvaro—. Luego os echáis en cara lo que queráis. Ahora toca hablar de *Salval*.

Asentí, aunque tenía la garganta seca y la cabeza a punto de estallar.

Christian se apartó un paso, pero no dejó de mirarme. No como antes. No como un hombre herido. Esta vez me miraba como quien había tomado una decisión. Una que no pensaba dejar pasar.

Suspiré, me alisé el vestido de lino azul marino que llevaba, me acerqué al atril donde me esperaba la directora de marketing y respiré hondo.

Era el momento de ponerme la máscara. De ser Elena Valverde, directora general de *Salval Cosmética Natural*. Ya habría tiempo de llorar. De romper.

De amar, si quedaba algo por salvar.

La sala estaba llena de luces cálidas y proyectores que iluminaban los nuevos productos. Habíamos preparado la presentación de la línea masculina con meses de anticipación, y yo sentía el peso de la responsabilidad sobre los hombros. Cada palabra que pronunciaba era un paso para demostrar que *Salval* seguía fuerte, a pesar de todo.

—Queremos presentaros *"Valiente"*, la línea masculina que combina la naturaleza y la tecnología, pensada para hombres que cuidan de sí mismos sin perder la esencia de lo auténtico —dije, mientras mostraba los frascos y envases diseñados con líneas sobrias y masculinas.

Valeria estaba a mi lado, radiante. Mario observaba la sala con una mezcla de orgullo y atención. Mireia, con Álvaro al lado, me lanzaba miradas cómplices. Era un equipo. Mi familia profesional.

—En *Salval* creemos que el cuidado personal no tiene género, pero sabemos que ellos buscan productos que conecten con su estilo y necesidades —continué—. Por eso hemos creado fórmulas exclusivas, con ingredientes seleccionados y sin productos químicos agresivos.

Mientras hablaba, vi a Christian acercarse por el lateral del escenario y se quedó ahí, con las manos en los bolsillos del pantalón, observándome, con la mirada fija en mí, consiguiendo que me estremeciera de pies a cabeza.

La presentación continuó. Hubo aplausos cuando terminé de hablar, y mientras los asistentes probaban las muestras, pude ver a Christian aún observándome desde el mismo rincón, como si evaluara cada uno de mis movimientos.

Cuando la presentación terminó, la música se suavizó y las luces bajaron, creando una atmósfera íntima. Christian se acercó con pasos decididos.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó con una voz que no admitía un no por respuesta.

Asentí, aunque una parte de mí dudaba.

—Quiero que me muestres esas imágenes que Sergio dice que te envió —dijo con calma, pero con la firmeza de alguien que no estaba dispuesto a ceder.

Resoplé, sintiendo que este momento llegaría tarde o temprano.

—Ya sabes qué tipo de imágenes son —contesté, sacando el móvil.

Él miró la pantalla con atención mientras yo le mostraba las fotos; las mujeres que aparecían eran conocidas para él.

—Sí —dijo finalmente—. Algunas fueron amantes mías, pero todas están felizmente casadas y con hijos ahora. Otras son empresarias, dueñas de empresas o negocios donde he invertido, pero no hay nada más que eso, negocios.

—No me creo nada —susurré, sintiendo que la desconfianza aún me dominaba.

—Si Sergio envió eso, es para desestabilizarte —explicó—. Para que te sientas insegura, para que dudes. Porque no soporta que estés feliz con alguien que te ama de verdad.

Con un gesto suave, me acarició la mejilla y apartó un mechón de mi rostro con ternura.

—En mi vida, en mi mundo, no hay cabida para ninguna mujer que no seas tú.

Sentí cómo mis ojos se humedecían y un nudo se formaba en mi garganta.

—Christian... —logré decir, mientras él me cogía de la mano y me acercaba hacia la pista de baile improvisada bajo las estrellas que se asomaban por los ventanales abiertos.

Bailamos, un baile lento, en medio del murmullo de la fiesta que seguía a nuestro alrededor.

Él me confesó lo que sentía, con palabras que resonaban en mi corazón y despertaban emociones que había enterrado.

—Eres la única, Elena. La única a la que amo —confesó mirándome fijamente a los ojos, y en los suyos vi una verdad que se me clavó en el alma.

Lloré, sin poder contenerme, y él me abrazó fuerte, como si con ese gesto pudiera protegerme de todo el daño.

—Me encantaría que pasaras la noche conmigo —dijo con una voz cargada de deseo y ternura. Y yo… Asentí, sin dudarlo.

Esa noche, bajo un manto de estrellas, decidí que no podía seguir huyendo del amor ni del riesgo.

Capítulo 27

Y mientras nos dirigíamos en coche a casa de Christian, sentí una mezcla de nervios, deseo y una esperanza que llevaba tiempo dormida en mi interior.

Al llegar a ella, la puerta se cerró tras nosotros con un suave clic, un sonido que para mí significó el inicio de algo más grande, de algo que no había sentido desde hacía mucho: la certeza de que el amor verdadero podía regresar y quedarse, con toda su fuerza y su intensidad.

Christian me miró con esos ojos que siempre parecían leerme el alma, que me atravesaban sin que yo tuviera que decir una palabra. Pero aquella noche había algo diferente en su mirada. Era una mezcla de ternura infinita y una pasión contenida que me hizo estremecer hasta los huesos. Se acercó despacio, sin prisa, como si cada centímetro que nos separaba fuera un mundo que queríamos cruzar sin temor.

Sus manos cálidas se posaron en mi cintura, apretándola con suavidad, mientras me susurraba al oído con esa voz grave y vibrante que siempre me había vuelto loca.

—Eres mía, Elena. Desde que dejé de verte como aquella niña que eras el día que naciste, supe que acabarías siendo solo mía.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Era una mezcla intensa de emoción, deseo y una felicidad profunda que me llenaba por dentro. Me aferré a su cuello, buscando la seguridad y el calor que solo él podía darme. Su aliento acariciaba mi piel y su mirada me iluminaba el alma.

Empezó a desabrocharme el vestido con una lentitud medida, como si quisiera grabar cada segundo en su memoria. Cada centímetro de cremallera que bajaba era una grieta que dejaba escapar todas mis defensas, una entrega total a aquel hombre que amaba con todas mis fuerzas.

Sus manos recorrieron mi cuello y bajaron por mis hombros, tocando mi piel con la delicadeza y la firmeza que solo Christian poseía. Me estremecí en sus brazos, atrapada en esa red de sensaciones que nos envolvía a ambos, como si fuéramos dos imanes que no podían separarse.

Sin mediar palabra, nuestros labios se encontraron. El primer beso fue lento, un beso que exploraba, cargado de electricidad; ese tipo de beso que te hacía sentir viva y a la vez segura. Pero la pasión creció de inmediato y pronto se convirtió en una vorágine de caricias y suspiros.

Sus manos se deslizaron bajo la falda del vestido, acariciando mi piel, elevándome hasta sentir su calor contra el mío. Su tacto era firme y suave a la vez, una promesa de amor y deseo que me quemaba por dentro.

—Te amo, Elena —murmuró entre besos, con una sinceridad que me estremeció hasta la médula—. Más de lo que jamás hubiera imaginado.

Mi corazón latía desbocado, golpeando contra mi pecho con fuerza, como si quisiera escaparse para lanzarse a sus brazos. Él me sostenía, me hacía sentir que pertenecía a ese instante, a ese momento de pasión y ternura.

Cada caricia, cada susurro, cada mirada era un lenguaje silencioso que solo nosotros podíamos entender. Era una burbuja de amor, deseo y complicidad en la que nos perdíamos sin miedo, sin reservas.

Christian me llevó al dormitorio con pasos seguros, sin apartar la mirada de mis ojos ni un solo instante. Cerró la puerta tras nosotros y me empujó contra ella, atrapándome en un abrazo que borraba cualquier sombra de duda o temor.

Sus manos recorrieron mi espalda, bajando lentamente hasta mi cintura, mientras su boca exploraba mi cuello con besos ardientes, dejando un rastro de fuego que me hacía perder la respiración. Sus dedos se entrelazaron en mi

cabello, tirando suavemente mientras me susurraba palabras que me hacían temblar:

—Nunca más te daré motivos para dudar de lo que siento por ti. Te amo con todo mi corazón, Elena.

Sentí cómo nuestros cuerpos se fundían, cómo el deseo y la pasión nos arrastraban a un mar de sensaciones tan intensas que a veces parecía que me iba a desvanecer. Cada beso, cada roce, cada suspiro eran una promesa sin palabras que nos unía más allá de lo físico.

Nos despojamos de todo lo que nos separaba: ropa, dudas, miedos. Solo quedábamos nosotros, piel con piel, corazón con corazón, moviéndonos al unísono, como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Christian me miraba con adoración y deseo, como si yo fuera lo único que importaba en el mundo. Sus dedos trazaban senderos invisibles sobre mi piel, descubriendo cada punto vulnerable que me hacía estremecer.

—Eres perfecta —susurró con emoción—. Todo lo que siempre quise y más.

Las horas se fundieron en un solo instante de placer y ternura, un tiempo detenido donde solo existía nuestro amor y la pasión que nos consumía sin piedad.

Entre susurros y gemidos, me confesó que desde el primer día que dejó de verme como una niña, supo que yo era la mujer que había esperado toda su vida. Me habló de sus miedos, de sus luchas internas, pero, sobre todo, me prometió que jamás me daría razones para dudar de su amor.

—Nunca más —repetía solemnemente—. Eres mi mundo, Elena.

Lo amaba más de lo que jamás había imaginado. Enredada en sus brazos, entendí que había encontrado un amor verdadero, intenso y profundo, capaz de sanar todas las heridas del pasado.

Su respiración se fue calmando, su cuerpo se relajó contra el mío, y juntos nos dejamos llevar por un silencio lleno de promesas y esperanza.

—Quiero que seas mía —susurró antes de besarme con una intensidad que selló nuestro pacto—. Para siempre.

En ese instante, con su mano acariciando mi rostro y sus ojos clavados en los míos, supe que nada ni nadie podría separarnos jamás. Que el amor que sentíamos era más fuerte que cualquier miedo o herida pasada.

Me sentí completa, amada y deseada de una manera que nunca había imaginado posible. Y mientras la noche nos envolvía, supe que había encontrado al hombre con quien quería compartir todos los amaneceres.

Desperté envuelta en el calor de Christian, con su cuerpo pegado al mío, como si quisiera fundirse conmigo y no separarse nunca. Sentí su respiración pausada sobre mi cuello, ese suspiro profundo que me erizaba la piel y aceleraba el pulso.

Abrí los ojos despacio y lo encontré mirándome con una intensidad que me atravesó el alma, esos ojos oscuros llenos de deseo, ternura y promesas.

Me cogió la mano con delicadeza, como si temiera que mi piel fuera de cristal, y susurró mi nombre con voz ronca y profunda.

—Elena… —Su tono era un latido, un murmullo que hacía vibrar cada fibra de mi cuerpo—. Nunca imaginé que podría desear a alguien tanto como a ti. Eres mía, y yo soy tuyo.

Mi pecho se infló con emoción y una ola de calor recorrió mi cuerpo. Nunca antes me había sentido tan amada, tan deseada, tan completa. Pensé en todo lo que habíamos vivido, en el dolor, la desconfianza, las heridas abiertas, y en cómo aquella noche había sido un renacer, una entrega sin miedo ni dudas.

Christian acercó sus labios a los míos, rozándolos con una ternura que me hizo estremecer. Sus besos eran suaves, lentos, una danza delicada de labios y lengua que prometía mil placeres por venir.

Cerré los ojos y me entregué a ese contacto, sintiendo cómo su lengua exploraba la mía con un hambre contenida, con una pasión que crecía con cada segundo.

Entre beso y beso, susurró palabras cargadas de deseo.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido, Elena. Te amo más allá de lo que puedo expresar. Desde el primer momento supe que serías mía, no como la niña que un día vi, sino como la mujer fuerte y valiente que eres ahora.

Sentí las lágrimas nacer sin poder controlarlas, lágrimas de emoción y felicidad, de amor profundo y verdadero. Él las limpió con la yema de sus dedos y me besó la mejilla con dulzura.

Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo lentamente, despertando cada punto sensible, cada rincón donde el deseo latía con fuerza. Mi piel respondía a su tacto, a sus caricias lentas y provocadoras, a ese roce tan íntimo que parecía decirme que estábamos hechos el uno para el otro.

Yo le miraba con los ojos llenos de amor, con la certeza de que no había nada más importante que ese momento, que esa entrega sin miedo, sin reservas.

—Dime que me quieres —susurré con voz entrecortada, temblorosa, casi sin aliento.

—Te quiero con toda mi alma, Elena —me respondió, con esa voz que parecía un suspiro ardiente—. Eres mi todo, la razón por la que quiero ser mejor cada día, la luz que ilumina mi oscuridad.

Nos fundimos en un abrazo que parecía eterno, en un beso cargado de promesas y deseo. Él me tomó con una pasión arrolladora, sus manos explorando cada curva de mi cuerpo, cada centímetro de piel que pedía ser descubierto y amado.

Los gemidos escapaban de mi garganta como un himno al placer, mientras sentía cómo el mundo se reducía a su presencia, a su olor, a su sabor. Cada susurro suyo me encendía, cada mirada me hacía temblar de emoción.

—Eres mía, Elena. Te quiero solo a ti —me dijo, colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja, acariciándome con ternura y deseo a partes iguales.

Pensé que jamás podría amar a alguien tanto como a él, y, sin embargo, mi corazón latía con una fuerza que parecía capaz de romperme el pecho de pura felicidad.

Nos entregamos a ese momento de pasión sin medida, donde cada caricia, cada beso, cada palabra susurrada fue una declaración de amor y deseo imposible de contener.

En aquel momento, supe que lo amaba más de lo que jamás podría haber imaginado, y que él me amaba con un fervor que barría todos mis miedos y dudas.

—Te prometo que nunca más tendrás motivos para dudar de lo que siento —me dijo, mirándome a los ojos con una sinceridad que me dejó sin aliento.

Me acarició la mejilla con ternura y volvió a besarme, un beso lleno de pasión, de ternura, de la promesa de un futuro juntos.

Y yo me abandoné a ese amor, a esa entrega absoluta, sintiendo que por fin había encontrado a alguien que me amaba sin reservas, sin miedos, sin condiciones.

En ese momento supe que, pasase lo que pasase, con Christian a mi lado podría enfrentar cualquier tormenta. Porque su amor era un refugio, una llama que no se apagaría nunca, un pacto silencioso entre dos almas destinadas a encontrarse y permanecer unidas para siempre.

Cuando finalmente dejamos atrás aquel instante de pasión y promesas, nos levantamos despacio, tomándonos nuestro tiempo para disfrutar de la mañana.

Caminamos hacia la cocina, con las manos entrelazadas, con el aroma del café recién hecho llenando el aire. Empezamos a preparar juntos el desayuno; él cortaba las frutas mientras yo tostaba el pan, riendo cuando una gota de zumo se escapaba de la naranja que exprimía. Aquellos momentos sencillos, cotidianos, me recordaban que el amor también se construía en las pequeñas cosas, en la complicidad diaria.

Después de desayunar decidimos preparar la comida juntos, una paella de marisco que nos quedó buenísima y disfrutamos acompañada de una botella

de vino.

Tras el café nos sentamos en el sofá, con la chimenea encendida que crepitaba suavemente, llenando la habitación de un calor acogedor. Nos acurrucamos, él abrazándome con firmeza, pero con ternura, mientras veíamos una película juntos como haría cualquier pareja. Entre susurros y sonrisas compartidas, hablábamos del éxito del evento de la noche anterior. Christian parecía relajado, satisfecho.

—En la sede de Madrid —me contó con voz segura— ya han solucionado todo. Los problemas legales están encaminados y el equipo está preparado para cualquier imprevisto.

Lo miré con admiración, consciente de la fuerza y determinación que tenía, esa mezcla de hombre de negocios y protector feroz que me fascinaba.

De repente, su expresión se volvió más seria, dejando de lado la tranquilidad del momento.

—No voy a permitir que Sergio se salga con la suya —dijo, mirándome fijamente a los ojos—. Ese tipo no sabe con quién se está jugando. Ahora mi foco está en la filial de Sanlúcar, que está en riesgo, y en impedir que ese competidor, con la ayuda de Sergio, os arrebate los contratos que son vitales para *Salval*.

Lo escuché con atención, sintiendo cómo la preocupación se colaba entre mis pensamientos.

—Pero eso no es asunto tuyo —respondí, tratando de mantener la voz firme.

Él negó con la cabeza, una sonrisa suave dibujándose en sus labios.

—Sí que lo es —me corrigió—. Ya no soy solo un inversor en *Salval*. Soy el yerno del fundador y, además, el novio de la directora. Así que quiero que te lo tomes en serio, porque todo lo que afecta a la empresa también nos afecta a nosotros.

Y mientras me decía eso, me cogió con delicadeza por la cintura y me besó. Un beso que tenía un poco de todo: fuerza, amor, compromiso. En ese instante, pensé que no podría amar más a ese hombre que estaba dispuesto a todo por mí y por la empresa de mi padre.

Era consciente de que juntos éramos un equipo invencible, y que aquel amor que nos unía tenía la fuerza para superar cualquier adversidad.

Capítulo 28

Era miércoles por la mañana cuando recibimos la primera alerta.

Estaba en mi despacho revisando los informes de producción del último trimestre, cuando Mireia entró con el rostro pálido y un móvil temblando en su mano.

—¿Lo has visto? —preguntó sin más preámbulo.

Fruncí el ceño y le hice un gesto para que se acercara. Me tendió el móvil y en la pantalla había un artículo recién publicado en un portal financiero. El titular me golpeó como un mazazo en el pecho.

"EXCLUSIVA: Varios clientes de Salval firman contratos con su competencia directa"

Debajo, una lista de nombres que conocía demasiado bien. Eran cuentas importantes, de las que sostenían parte del volumen anual de la empresa. A algunos de esos directivos los había visitado personalmente hacía no más de dos semanas.

—¿Esto es real? —pregunté con voz más baja de lo que habría querido.

—No lo sabemos aún. Álvaro está intentando confirmarlo —dijo Mireia.

Me levanté de golpe, cogí mi chaqueta y mi móvil, y salí hacia el despacho de Christian. Llamé a su puerta sin esperar respuesta.

—Tenemos un problema —dije en cuanto crucé el umbral.

Christian levantó la mirada desde el portátil. Por su expresión, ya sabía de qué hablaba. Me mostró su móvil y vi que estaba leyendo el mismo artículo.

—No han firmado nada —me aseguró con calma contenida—. Son filtraciones manipuladas. Pero si no reaccionamos ya, lo harán.

Cerró el portátil y se puso de pie.

—Vamos a hacer llamadas. Quiero saber exactamente qué les han ofrecido y qué han respondido. Después, nos reuniremos con ellos. Uno por uno, si hace falta.

Me gustaba su actitud. Práctica, firme, segura. Y también me gustaba, aunque no lo diría en voz alta, que ya no tomara estas cosas como un asunto suyo o mío, sino nuestro.

—Voy contigo —respondí.

Las primeras llamadas no fueron fáciles. Algunos contactos estaban confundidos, otros directamente molestos. Decían que habían recibido propuestas "muy atractivas" por parte de la nueva empresa competidora, la misma en la que, supuestamente, trabajaba ahora Sergio, pero que aún no habían firmado nada.

—Nos lo están poniendo muy difícil, Elena —dijo uno de los directivos más importantes desde Valencia—. Lo sabes. Vuestra oferta se ha mantenido estable, pero ellos han llegado agresivos, con descuentos, beneficios, condiciones a largo plazo…

—¿Y qué pasa con la confianza, Manuel? —pregunté con un tono firme—. Llevamos trabajando juntos más de siete años. ¿Y por una promesa vacía estás dispuesto a tirarlo todo por la borda?

Hubo un silencio al otro lado.

—Quiero verte. A ti y a quien consideres. Lo antes posible.

—Perfecto. Iremos esta misma tarde.

Christian asintió desde el otro lado del despacho. Estábamos trabajando juntos como un equipo real, y eso… eso me hacía sentir más fuerte.

Las siguientes horas fueron frenéticas. Coordinamos reuniones con los tres clientes principales implicados. Llamamos a Álvaro, Mireia, incluso a Valeria para revisar contratos y preparar nuevas propuestas. Cada uno jugó su papel con precisión. Incluso Mario aportó una comparativa de condiciones que nos sirvió como arma en la negociación.

Esa misma tarde, Christian y yo estábamos sentados frente a uno de esos clientes clave, en una sala de reuniones elegante en Madrid. Mientras él hablaba con voz firme y tono de estratega consumado, yo observaba los gestos del directivo, midiendo cada reacción.

—No solo os ofrecemos condiciones mejores a largo plazo —decía Christian—, sino estabilidad. Compromiso. Presencia. Y no vamos a desaparecer dentro de seis meses con promesas incumplidas y márgenes insostenibles.

El directivo asintió lentamente.

—¿Y estáis dispuestos a revisar el contrato actual? —preguntó.

—Estamos dispuestos a mejorar lo que haga falta para conservar lo que realmente importa: vuestra confianza —dije yo, mirándole directamente a los ojos.

Al final de la reunión, conseguimos lo que parecía imposible esa misma mañana: una prórroga. Tiempo para revisar. Tiempo para volver a demostrarles quiénes éramos.

Cuando volvimos a la sede de *Salval* entrada la noche, estaba agotada. Me dejé caer en el sillón de mi despacho, respirando hondo.

Christian se acercó con dos vasos de agua y me ofreció uno.

—Lo hemos hecho bien —dijo.

—Sí, pero no hemos terminado.

Él me miró con esa expresión tan suya, mezcla de admiración, deseo y complicidad.

—Contigo en mi equipo, no me preocupa ningún final —dijo, suave.

Mis mejillas se encendieron sin remedio.

—Tú solo quieres que te suba el sueldo —bromeé.

Christian se rio, y por un momento, todo el estrés del día pareció disiparse.

Pero sabíamos que esto solo era el principio.

La tensión en mi cuerpo era casi insoportable.

Sabía que no había terminado. Con Sergio, nunca lo estaba. El veneno de su presencia podía sentirse incluso antes de verlo aparecer, como si el aire se volviera más denso, más pesado, solo con pensar en él.

Christian y yo estábamos repasando los últimos movimientos tras el escándalo de la mañana; la filtración interesada de nuestro competidor había intentado hundirnos, pero habíamos salvado la situación. Por los pelos, que todo había que decirlo. Y solo porque habíamos actuado rápido.

Y entonces apareció Sergio.

Con esa sonrisa de lobo disfrazada de encanto barato, con su traje perfectamente ajustado y ese maldito sobre bajo el brazo. No necesitaba adivinar lo que había dentro. Lo supe. Lo sentí. Algo en mi estómago se contrajo de golpe.

—Vaya, qué sorpresa encontraros juntos —dijo, como si esto fuera una charla entre viejos amigos.

Christian se puso tenso a mi lado. No le temía, pero lo odiaba con cada fibra de su cuerpo.

—No estás invitado, Sergio —espeté. Mi voz salió más firme de lo que esperaba—. Hace tiempo que no eres bienvenido en esta empresa.

—No, pero soy el invitado que nunca os libráis de tener. —Dejó el sobre sobre la mesa entre nosotros—. Esto es lo que vais a leer con mucha atención. Son las condiciones para no hacer públicas ciertas grabaciones… comprometidas.

Me quedé helada. Christian fue el que cogió el sobre. Lo abrió con calma, sin perderle de vista ni un segundo. Dentro había una carta y un pendrive.

—¿Qué hay en el pendrive? —preguntó él, sin titubeos.

Sergio sonrió.

—Tú ya lo sabes, Elena. Tú los viviste. ¿No crees que un par de vídeos tuyos... íntimos, con tu ex, arruinarían bastante la reputación de una mujer como tú? Una directora general con una imagen tan… pulcra. —Hizo una pausa, saboreando el daño—. Además de afectar a tus padres, por supuesto. Y a la empresa que lleva el nombre de tu padre.

Mis piernas temblaron. Literalmente. Christian se levantó despacio, caminó hacia él y se detuvo a un palmo de distancia.

—Si haces eso, será tu sentencia de muerte. Profesional y personal.

—¿Eso es una amenaza? —Sergio se mostró desafiante, pero por primera vez, vi un destello de miedo en sus ojos.

—No. Yo no amenazo. Solo informo —replicó Christian, con un tono tan frío que helaba la sangre.

Silencio. Por unos segundos, no se oyó nada más que mi respiración acelerada.

—No quiero hacer daño a nadie, solo quiero lo que me corresponde —insistió Sergio, con fingida calma—. Un millón. Ni más ni menos. Y el pendrive no verá nunca la luz.

Quise gritar. Quise romper algo. Christian, en cambio, cruzó los brazos, me miró y, en ese instante, entendí que no estaba sola. Que él estaba conmigo para lo que viniera.

Sergio se giró y se fue como había venido: con ese aire de arrogancia. Pero su máscara había empezado a resquebrajarse. Lo vi. Lo sentí. Y entonces me vine abajo.

—Christian… —susurré, sin poder contener las lágrimas.

Me abrazó fuerte, me sostuvo. Como si él fuera el único lugar seguro en el mundo.

—No voy a dejar que te haga daño. Ni a ti, ni a tu familia, ni a tu empresa.

—¿Y si lo hace? ¿Si lo publica? ¿Si lo ve la prensa? ¿Los empleados? ¿Mi padre?

Me hundí en sus brazos. Por primera vez en semanas, sentí verdadero pánico. No por mí, sino por todo lo que había construido. Por todo lo que podía perder.

Christian me besó la sien.

—Vamos a solucionarlo. Hay formas. Te lo prometo.

Llamamos a Álvaro. Le contamos todo y no tardó en llegar.

—Hay algo que quizá os ayude —dijo, nada más sentarse—. He estado investigando por mi cuenta. Sergio tiene trapos sucios… muchos. Incluyendo irregularidades en su trabajo con el competidor. Si ese vídeo ve la luz, nosotros también tenemos armas.

Lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Qué clase de armas?

—Conversaciones grabadas. Transacciones. Hechos. Nada sexual, ni emocional. Pruebas legales de extorsión y prácticas desleales. Y si las usamos

bien… podríamos incluso denunciarlo y que esto se le vuelva en contra.

Christian apretó los puños, pero su mirada era más clara que nunca.

—Vamos a usarlo. Todo. Ya no se trata solo de defendernos. Se trata de acabar con esto de una vez por todas.

Me sentí agotada, pero también aliviada. No estaba sola. Estaban ellos. Estaba Christian. Estaba mi gente.

Quizás, solo quizás, todavía podíamos salir de esta. Juntos.

Capítulo 29

Cuando llegué a la oficina aquella mañana, el silencio ya estaba allí. No era el silencio normal de un amanecer contemplativo, sino el silencio tenso de antes de la tormenta. Sentí un escalofrío, pero traté de mantener la compostura. Christian estaba ya ahí, pálido, firme, con los puños apretados sobre la mesa. Y Álvaro, con expresión grave, desplegaba documentos sobre el escritorio central.

—Buenos días —dijo Álvaro sin levantar la voz, pero su tono llenó el despacho—. Quiero que Sergio venga aquí hoy. Que mire estos papeles y que decida si retractarse o hundirse.

Yo me apoyé contra la pared notando que mi corazón latía con más fuerza de la necesaria. Sentía miedo, rabia, cada emoción mezclada y extendiéndose como un fuego helado por dentro.

—Esto no es solo una amenaza pasajera —insistió Álvaro—. No es la primera vez que él chantajea con vídeos íntimos y demandas de despido improcedente. Hace años, cuando empezaba, tuvo una relación con la hija de un famoso empresario de Barcelona. Después de una ruptura conflictiva, actuó igual: chantajes, amenazas, presión para que firmara, para que retirara denuncias. Estos documentos y conversaciones lo prueban.

Sacó un sobre grueso e hizo un gesto hacia Christian para que lo abriera. Christian lo hizo con manos firmes. Dentro había extractos de comunicados antiguos, capturas de mensajes y recortes de prensa que hablaban del escándalo de Barcelona y el nombre de Sergio vinculado a amenazas y

extorsión. Era como ver un fantasma del pasado venir a acusarlo en plena luz del día.

—Ahora tiene dos opciones —siguió hablando Álvaro—. Retractarse, retirar la demanda y marcharse —señaló hacia la puerta—. O yo mismo me encargaré de hundir lo que quede de su carrera. Y no solo eso: hablé con el juez que supervisó su divorcio. Sabes, el juez no va a tolerar que un niño se críe en un ambiente de mentiras, chantajes y presión emocional. Con estos hechos, las visitas podrían revocarse. Él no podrá ver a su hijo siempre que quiera si persistiera en este comportamiento.

Tras sus palabras, se instaló un silencio absoluto en la sala. Sentí que el aire era más denso; cada respiración estorbaba.

Solo unos minutos después vi a Sergio entrar sin anunciarse, con paso calmado pero mirada desafiante. Levantó la barbilla con desprecio mientras me miraba, y tomó la palabra.

—¿Ya tenéis mi cheque listo? —preguntó con una sonrisa que me hizo estremecer.

—Tenemos algo mejor que eso —contestó Álvaro, mostrándole los papeles que había sobre la mesa y diciéndole palabra por palabra lo que ocurriría si seguía con la demanda contra *Salval* basada en mentiras—. Vaya, se te ha borrado la sonrisa que traías.

Sergio se quedó mirando todos los papeles, y a juzgar por el modo en el que apretaba la mandíbula, estaba sopesando sus opciones. Mi pregunta era cuánto quería a su hijo, dado que, si seguía adelante con sus chantajes y mentiras, Álvaro le había asegurado que le arruinaría la vida de tal manera que no volvería a verle. Y ese niño crecería odiando a su padre por el asco de persona que era.

—Podríamos haberlo tenido todo si tú no me hubieras dejado, Elena —escupió con rabia, como si yo le hubiera dejado por un mero capricho—. Pero ahora solo me queda esto.

Christian se puso de pie de un salto.

—¡Hasta aquí, Sergio! —gritó—. ¡Sal ahora mismo y no vuelvas!

Sergio lo miró con risa amarga.

—¿De verdad crees que tú puedes ordenarme? —respondió con voz sarcástica—. Tú, un inversor, un novio, un hombre que juega a ser más de lo que es.

Christian no retrocedió. Se acercó a él y yo sentí mis piernas temblar.

—No soy un jugador —dijo Christian muy firme—. Y te exijo que te marches ahora, porque con esto ya has perdido más de lo que jamás sabrás.

Sergio lo miró, luego me miró a mí otra vez con esa mezcla de resentimiento y desprecio, y finalmente dio media vuelta y salió. No habló más.

Cuando la puerta se cerró tras él, el silencio volvió, pero ya era distinto: venía cargado de victoria, temor y un peso para el que sabíamos que habría repercusiones.

Me tambaleé, pero Christian me sostuvo. Sus ojos encontraron los míos, tan intensos que me hicieron temblar de nuevo.

—Lo hizo —murmuré—. Se fue.

—Sí —dijo Christian—. Se va. Al menos por ahora.

Álvaro recogió esos documentos y los guardó con gesto firme.

—Sé que va a retirar la demanda —advirtió—. Pero por si acaso, más vale estar prevenidos, por si ese tipo sale con alguna otra jugada.

Me apoyé en el respaldo de una silla. Intenté recomponerme, pero mi voz salió temblorosa cuando volví a hablar.

—Gracias, Álvaro.

Christian se inclinó hacia mí y cogió mi mano con suavidad.

—No lo hubiéramos hecho sin ti —añadió.

Él asintió con una leve sonrisa. En ese instante sentí que, aunque el camino fuera duro, no estaba sola.

El zumbido tenue del teléfono me devolvió a la realidad. Christian y yo habíamos permanecido un instante abrazados en el despacho, apenas capaces de respirar después del enfrentamiento con Sergio. Sentía el latido estridente en mis sienes, pero una sensación extraña de alivio también había nacido dentro de mí: habíamos dado un golpe, aunque el enemigo no estuviera derrotado.

Christian acomodó una silla para mí y se sentó frente al escritorio, apoyando los codos y entrelazando los dedos con firmeza. Álvaro se quedó de pie cerca, con mirada vigilante. Yo encendí el móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de Mireia. No tardó en abrir la puerta y entrar con paso apresurado.

—Buenos días —dije intentando sonreír al ver a mi mejor amiga.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó con voz contenida.

Christian se giró hacia ella.

—Sergio retirará la demanda —anunció él—. Álvaro le mostró pruebas contundentes e incluso le amenazó con hablar con el juez que llevó su divorcio. No le ha quedado opción.

Mireia dejó escapar un suspiro profundo, y de pronto pasó los brazos alrededor de mí, abrazándome con fuerza.

—Una pesadilla menos —me dijo con emoción contenida y me pellizcó suavemente la mejilla—. Cuando dije que lucharas, no me refería solo en el trabajo.

En ese momento, la puerta principal se abrió. Mi padre entró, con su porte firme habitual. Al verlo, casi me levanté de la silla, pero él levantó la mano suavemente.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, con ese tono serio que tenía cuando algo iba mal.

Christian se puso en pie.

—Rafael —lo saludó—. Queríamos esperar a ver cómo salía todo para informarte. Todo apunta a que la demanda va a ser retirada. Sergio está retrocediendo.

Mi padre entrecerró los ojos; luego asintió lentamente.

—Un problema menos —dijo con voz grave—. Ojalá nunca tengamos que ver de nuevo a ese cabrón en nuestra vida.

Me sentí aliviada de oírlo. *Salval* no solo era la empresa familiar, no era tan solo mi legado, era eso por lo que él tanto había luchado desde que lo puso en marcha treinta y cinco años atrás. Era la ilusión con la que él y mi madre comenzaron y el sueño por el que siempre lucharon.

Cuando nos quedamos solos, Christian se acercó a mí, me cogió del brazo con suavidad y me guio hasta el centro del despacho. Cuando me miró a los ojos con aquella intensidad que tanto conocía, me estremecí al instante.

—Quiero proponerte algo —murmuró él.

Le correspondí la mirada, con el corazón encogido por la expectativa.

—Nada de vídeos caseros, por favor —bromeé medio en serio—. Que luego lo usen para chantajearme otra vez.

Christian se rio con suavidad mientras me acariciaba la mejilla.

—No, lo que propongo es mucho más serio —dijo—. Quiero que vivas conmigo —soltó de golpe, sin anestesia, y yo me quedé impactada, sin palabras.

—¿Vivir contigo?

—Sí. Ya no quiero dejar espacio entre nosotros. Quiero que compartas mi vida, mi casa, mis días.

Sentí una mezcla de emoción y vértigo. Quizá había soñado esto muchas noches. Con Christian. Con que no quisiéramos separarnos más.

—¿Ahora? —pregunté con voz suave.

—Si tú quieres. Hoy, mañana, cuando tú digas. Pero quiero que sea real.

Mi pecho se apretó. Lo observé y vi en sus ojos sinceridad, vulnerabilidad, deseo de construir algo estable, sin engaños.

—Sí —susurré al fin—. Sí, quiero vivir contigo.

Se acercó y me besó. Aquel fue un beso lento, profundo, ese tipo de beso que confirmaba más que mil palabras. Sentí que mis lágrimas, contenidas durante días, luchaban por salir.

Él me abrazó fuerte, como si quisiera que el mundo se redujera a ese instante.

—Te amo —me dijo al oído—. Y quiero que lo vivas todo conmigo.

Yo también le amaba, más de lo que ni él mismo podría imaginar. Hacía casi veinte años que le quería, que había estado enamorada en secreto de ese chico inalcanzable para mí. Y ahora que los dos habíamos dicho lo que ninguno supo cuando él se marchó diez años atrás, ahora me sentía plenamente feliz y lucharía por mantener al hombre al que amaba a mi lado.

Me quedé entre sus brazos un instante que me pareció eterno, saboreando esa decisión que podría cambiarlo todo.

Porque, para mí, vivir con él ya era parte de mi sueño. Y ahora, al fin, lo iba a vivir.

Capítulo 30

La música de fondo se mezclaba con las risas y el tintinear de las copas. La cena de Navidad de *Salval* había empezado hacía poco más de una hora, y el ambiente era exactamente el que deseaba para cerrar el año: alegre, emotivo y rebosante de ilusión. Las luces doradas colgaban del techo como constelaciones bajas, y había algo casi mágico en cómo se reflejaban en las copas y en los ojos de todos.

Me sentía radiante. Y no solo por el vestido largo de terciopelo color esmeralda que llevaba, ceñido en la cintura y con la espalda al descubierto. Sino porque algo dentro de mí vibraba con una energía nueva, como si el caos del año me hubiese cincelado y ahora por fin pudiera verme de verdad.

Mi moño bajo, deliberadamente deshecho, tenía mechones sueltos que enmarcaban mi rostro. Mi madre había dicho al verme: “Parece que vas a protagonizar una película de época”, y Mireia había añadido entre carcajadas: “Sí, una donde la protagonista arrasa con todo y encima lo hace en tacones de aguja”. Y sí, me estaban destrozando los pies, pero por dentro me sentía invencible.

A mi lado, Christian estaba sencillamente espectacular. Esmoquin negro, camisa blanca impecable y una pajarita perfectamente ajustada. Pero lo que realmente me desarmaba era el brillo en sus ojos, ese que veía cada mañana desde que decidimos darnos una nueva oportunidad. Cada vez que me miraba, sentía ese cosquilleo bajo la piel, como si el universo se acomodara en silencio para observarnos.

—Sabes que todo el mundo te está mirando, ¿no? —me susurró Christian, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Claro —respondí, fingiendo total seguridad mientras me abanicaba con la servilleta—. Es por los zapatos. Transmiten poder.

—Será eso… o que pareces una diosa griega con ganas de conquistar el mundo.

No pude evitar sonreír como una tonta. Él me conocía lo suficiente como para saber que ese tipo de halagos eran mi *kriptonita*. Me pellizcó la mano suavemente por debajo de la mesa, y yo le saqué la lengua en respuesta. Así éramos ahora: cómplices. Y eso valía más que cualquier joya.

Mireia y Valeria estaban en su salsa, por supuesto.

Valeria agitaba una copa de champán como si estuviera coreografiando una ópera invisible, y con la otra mano dirigía la música que sonaba por los altavoces como si fuera la mismísima directora de orquesta del Teatro Real. Nadie sabía muy bien qué hacía, pero todos la miraban con fascinación. Sin duda, se había convertido en la reina de la noche.

—¡Elena! —gritó Valeria de repente desde su mesa—. ¿Has probado los langostinos? ¡Parecen bendecidos por el mismísimo Neptuno!

Mireia soltó una carcajada que se escuchó hasta en recepción.

—Cállate, loca —le dijo entre risas—. Te has comido cinco. ¿Vas a invocar al dios marino o vas a explotar en la pista de baile?

Álvaro, que ya ostentaba el título de novio oficial de Mireia, la observaba con la sonrisa tranquila de quien ya había aceptado que su vida sería un eterno *reality show* con efectos especiales. Mario, que además de amigo y socio de Christian era oficialmente el chico de Valeria, también se integraba con naturalidad entre bromas y comentarios locos, como si llevara años en el grupo.

Yo me reía mientras los observaba, sintiéndome parte de algo auténtico. No éramos solo un equipo, no éramos solo una empresa. Éramos una familia.

La sala estaba decorada con un gusto exquisito. Guirnaldas doradas que caían en cascada, centros de mesa con velas y pequeñas ramas de acebo. Los camareros se movían con eficiencia entre las mesas redondas, sirviendo platos que olían a gloria. Se escuchaban brindis, anécdotas, risas y esa familiaridad reconfortante de saberse en casa, aunque estuviéramos en un hotel de cinco estrellas.

Mis padres estaban sentados en la mesa principal. Frente a ellos, María, la madre de Christian, que no dejaba de contar anécdotas suyas de cuando era niño. Yo me reía, él fingía escandalizarse, pero era evidente que se le escapaba la sonrisa.

—¿Te he contado cuando Christian le robó una bicicleta al vecino porque este le había dicho que era la que Eliot usó en ET para volar? —preguntó María por tercera vez en la noche.

—Mamá, por favor —susurró Christian—, ya hemos acordado que esa historia está fuera del contrato familiar.

—¡No existe tal contrato, cariño! —dijo ella con orgullo—. Solo existen las madres con memoria selectiva.

Ver a nuestras familias juntas, riendo, hablando, compartiendo, como si llevaran toda la vida siendo una sola, me llenaba de algo muy parecido a la paz. Una paz que no había sentido en años. Quizá nunca.

Cuando los postres empezaron a servirse, un suflé de chocolate con corazón de frambuesa que tenía una pinta buenísima, mi padre se levantó. Dio un par de golpes suaves con el tenedor contra su copa, y todos los murmullos fueron apagándose poco a poco.

—Si me permitís unas palabras —dijo, con ese tono cálido que siempre usaba en los momentos importantes—. Este año ha sido… peculiar, por decirlo suavemente. Hemos superado crisis, amenazas, traiciones, y también hemos celebrado grandes logros.

Hizo una pausa. Me miró y yo asentí con una pequeña sonrisa.

—Quiero brindar por todos vosotros, por este equipo humano que forma *Salval*. Por los que estáis desde el principio, por los que habéis llegado hace poco y os habéis ganado nuestro respeto, por los que lucháis a diario por esta empresa… y por mi hija, Elena.

El nudo en la garganta apareció sin previo aviso.

—A partir de este momento, la dirección queda completamente en sus manos. Sé que es capaz. Lo ha demostrado. Y sé que hará cosas aún más grandes. Brindo por ti, hija, y por todos vosotros. ¡Feliz Navidad y que el año que viene nos encuentre igual de unidos!

Las copas fueron el centro de atención cuando todos nosotros las levantamos en un estruendo de vítores y aplausos. Yo me levanté y abracé a mi padre. Sentí su mano firme en mi espalda y su voz baja, solo para mí.

—Estoy muy orgulloso de ti, hija.

Y en ese instante, sentí que ese momento se quedaría grabado en mi memoria para siempre.

Después del brindis, como si alguien hubiera pulsado un interruptor invisible, la música subió de volumen y la solemnidad se desvaneció en un aplauso generalizado. Las luces se atenuaron ligeramente, creando una atmósfera más cálida, más de "fiesta privada entre cómplices". Mireia y Valeria no tardaron ni treinta segundos en localizarme con sus radares internos.

—¡Vamos, nueva jefaza! —gritó Mireia, levantando su copa como si fuera una antorcha olímpica—. ¡La pista de baile nos necesita!

—Y no aceptamos un no por respuesta —añadió Valeria, que ya se había quitado los tacones y caminaba descalza como una ninfa urbana sin vergüenza alguna—. He hecho estiramientos. Estoy lista para darlo todo.

Antes de que pudiera protestar, ambas me arrastraron de las manos hacia la pista de baile. Christian solo elevó las cejas y dijo con una sonrisa ladeada:

—¿Debería estar preocupado?

—Probablemente —respondí riendo—. Pero demasiado tarde.

Y así comenzó el asalto a la pista. La primera canción fue una versión ochentera de *"Last Christmas"* y la atacamos como si estuviéramos en un musical navideño en Hollywood. Valeria improvisaba coreografías imposibles, Mireia gritaba las letras como si la estuvieran escuchando desde Marte y yo… bueno, yo simplemente decidí rendirme y disfrutar.

—¡Mira a Álvaro! —chilló Mireia, señalando a su novio, que intentaba seguir la coreografía con la dignidad de un ministro en una boda gitana.

—¡Pobrecito! Está sudando más que en una reunión con inversores —añadí, mientras me doblaba de la risa.

—¡Oye, que Mario se ha integrado como un campeón! —dijo Valeria, aplaudiendo—. ¡Eso es actitud!

La gente alrededor nos imitaba; algunos se unían con entusiasmo, otros nos miraban entre divertidos y asustados. En un momento dado, una compañera del departamento de contabilidad, Raquel, que siempre estaba muy seria, se soltó el moño y se unió a nuestro corro bailando como si no hubiera un mañana. Aquello ya era una revolución.

Entonces empezó a sonar *"All I Want for Christmas Is You"*. Y ahí se desató el apocalipsis.

Nosotras tres gritamos al unísono como si estuviéramos en un concierto de Mariah Carey y empezamos a cantar a todo pulmón, con movimientos exagerados, brazos extendidos y vueltas sobre nosotras mismas. Christian se acercó a mí bailando como si no supiera qué hacer con su cuerpo, lo cual era parcialmente cierto, y yo lo agarré de la corbata para arrastrarlo al centro del círculo.

—¡No te vas a librar, galán de telenovela! —le dije entre risas.

—Me estás matando, Elena —respondió él, riendo mientras intentaba seguirnos.

Hubo algo mágico en ese momento. Éramos un grupo de adultos que habíamos sobrevivido a un año brutal, con sus dramas, traiciones, decisiones difíciles, noches sin dormir… Y, sin embargo, estábamos allí, bailando como adolescentes con azúcar de más en el cuerpo. Mireia imitaba la voz de Mariah con una copa de cava como micrófono, Valeria daba vueltas con los brazos abiertos y Christian me miraba como si, de alguna forma, yo fuera el centro de su universo.

Y por un instante, yo también lo sentí así.

—¿Y si nos fugamos ahora mismo? —me dijo al oído, acercándose mientras me agarraba de la cintura—. Un coche nos espera fuera, la lluvia suave, música de fondo… Solo tú y yo.

—¿Y dejar a estas dos criaturas sueltas sin supervisión? —dije señalando a mis amigas, que en ese momento estaban intentando hacer una pirámide humana con la ayuda de dos compañeros de recursos humanos.

—Punto válido.

Estallamos en una carcajada y después nos besamos. Nos perdimos un momento en esa pequeña burbuja de nosotros, mientras el mundo seguía girando con villancicos de fondo.

Cuando la canción terminó y todos estábamos jadeando como si hubiéramos corrido una maratón, nos dejamos caer en los sillones cercanos. Mireia se quitó un zapato y lo agitó en el aire.

—Elena, por favor, como futura jefa oficial… declara ilegal usar tacones después de las nueve de la noche.

—Hecho —le respondí entre carcajadas—. Primera orden ejecutiva como directora.

Valeria bebió un trago largo de champán y dijo:

—Chicas, este año ha sido una montaña rusa, pero aquí estamos. Ni perfectas, ni ilesas, pero juntas.

Nos miramos en silencio. Fue uno de esos raros momentos de verdad compartida, sin necesidad de adornarlo con bromas. Mireia nos agarró a las dos de las manos.

—¿Sabéis qué me gustaría hacer el próximo año? —preguntó, muy seria.

—¿Conquistar el mundo? —aventuré.

—No, eso ya lo harás tú desde tu oficina de cristal. Yo solo quiero que no perdamos esto. Nosotras. Nuestras cenas caóticas, los mensajes de madrugada, los memes cuando todo arde.

—Brindemos por eso —dijo Valeria—. Porque este grupo se mantenga siempre, con o sin drama.

—Con drama —corrigió Mireia—. Porque, sin drama, nos aburrimos.

Reímos, levantamos las copas, con las manos un poco torpes y los corazones llenos, y brindamos.

Sin duda, el mundo podrá arder, el Apocalipsis podría encontrarnos, pero jamás nos perderíamos las unas a las otras porque, más que amigas, éramos familia.

Capítulo 31

Después de tanto baile, risas y burbujas, necesitaba un respiro. Un instante de silencio para respirar el momento. Me excusé discretamente y me escabullí entre las mesas hasta salir a la terraza del hotel. El aire fresco me acarició el rostro como un viejo amigo. Era de esas noches de diciembre en las que no hacía frío del todo, pero la brisa te recordaba que el año se estaba muriendo.

Y entonces empezó a llover.

Una lluvia fina, casi imperceptible, como si el cielo también quisiera celebrar con confeti líquido. Cerré los ojos y sonreí. Siempre me había gustado la lluvia, incluso cuando de pequeña significaba no poder salir al parque. Me recordaba a los días de sofá, mantas y libros. A los momentos en los que no pasaba nada, pero uno lo sentía todo.

Me apoyé en la barandilla de piedra, observando cómo las luces navideñas del hotel se reflejaban en el suelo mojado. Pensé en todo lo que había cambiado. En cómo había pasado de ser “la hija de” a convertirme en alguien capaz de tomar decisiones, de equivocarse, de reconstruirse. En cómo Christian, con todo lo que habíamos vivido y perdido, había vuelto a mí no para completar algo, sino para caminar a mi lado.

Y entonces lo sentí. Sus brazos rodeándome por detrás hicieron que me estremeciera, no de frío, sino porque su abrazo era mi casa.

—Estás demasiado seria para estar celebrando una cena de Navidad —murmuró con esa voz grave que siempre me hacía cosquillas en el alma.

—Solo estaba pensando —respondí sin moverme, dejándome envolver.

—¿Pensando o planeando dominar el mundo desde una terraza lluviosa?

—Ambas cosas.

Sonreí y me giré para mirarlo. Tenía el cabello ligeramente húmedo por la lluvia, y aun así parecía sacado de una portada de revista. Era ridículo cómo me seguía desarmando con una sola mirada.

—¿Has visto a nuestras madres? —dije con una sonrisa torcida—. Ya están planeando todas las comidas y cenas para las fiestas. María y mi madre son como dos estrategas en una misión de alto riesgo.

—Sí, las escuché hablar de "la logística del turrón". Me dio miedo intervenir —contestó y nos reímos.

—Tenemos que reservar un día entero para buscar el regalo perfecto para nuestros padres y amigos —dije—. Y otro solo para nosotros. Un día sin compromisos, sin agendas.

—Me parece un plan perfecto —respondió, apretando suavemente mi cintura—. Lo que venga, con tal de estar contigo.

Nos quedamos en silencio, solo escuchando el sonido leve de la lluvia sobre la piedra. Había algo hermoso en no tener que llenar cada segundo con palabras. Con Christian, el silencio no era vacío. Era presencia.

Entonces, vi cómo metía la mano en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Qué haces?

—Algo que llevo mucho tiempo queriendo hacer.

Se arrodilló. Y mi mundo se detuvo. Sacó un pequeño estuche de terciopelo negro y lo abrió con cuidado, revelando un anillo sencillo, pero absolutamente perfecto: un diamante pequeño, discreto, montado sobre una banda de oro blanco que brillaba con la misma delicadeza que él me miraba.

—Elena —dijo con voz firme pero temblorosa, como si cada palabra fuera un suspiro contenido—. Hace diez años te dejé marchar, y cada día desde entonces me he arrepentido. Pero también creo que todo lo que vivimos nos trajo hasta aquí. Ahora sé que no puedo, ni quiero, vivir sin ti. ¿Quieres casarte conmigo?

Yo no dije nada. No porque no quisiera. Sino porque las lágrimas me saltaron tan de golpe que no me salían las palabras. Solo pude asentir. Una, dos, tres veces. Como una niña emocionada el día de Reyes.

Me agaché y lo abracé con fuerza, con todas las emociones desbordándose por mi cuerpo. Él se levantó y nos fundimos en un beso largo, profundo, lleno de todo lo que habíamos sido y todo lo que queríamos ser.

Y entonces, detrás de nosotros, un estallido de aplausos. Nos giramos y allí estaban nuestras familias.

Valeria con la boca abierta, sosteniendo su copa como si fuera un trofeo. Mireia llorando con el rímel hecho un desastre. Mi madre emocionada. María, con los ojos brillantes, vino directa hacia mí y me abrazó.

—Siempre supe que serías tú —me dijo al oído—. Incluso cuando Christian era un adolescente torpe, tú eras su norte. Y el mío también, en cierto modo. Eugenio estaría encantado de saber que por fin formas parte de la familia Morales.

—Gracias —logré decir, con un nudo en la garganta.

Valeria y Mireia llegaron como una tromba.

—¡Ahhhhh! —gritó Valeria, saltando—. ¡Se casa! ¡Nuestra Elena se casa! ¡Estoy en shock! ¡Pero también quiero organizar la despedida de soltera!

—¡Y yo el viaje de la luna de miel! ¡Las islas griegas! ¡O Las Vegas! ¡O las islas griegas en Las Vegas!

—Eso no existe —respondí entre risas—. Pero si existiera, os llevaría.

Christian y yo nos miramos de nuevo y nos besamos. Fue un beso distinto. No como los anteriores. Este tenía algo de destino cumplido, de promesa compartida, de comienzo.

—Nunca dejaré de amarte —me susurró.

Y por primera vez, no me dio miedo creerlo. Porque también era verdad para mí.

Después de la pedida y los abrazos, la fiesta entró en modo leyenda.

Volvimos dentro y el DJ, que hasta entonces había estado con su *playlist* navideña elegante, cambió de registro por completo. De pronto sonó *"Dancing Queen"* y se desató un efecto dominó de baile, gritos y euforia que duraría hasta bien entrada la madrugada.

Valeria cogió una servilleta, la ató a su cabeza como si fuera una corona y gritó desde lo alto de una silla:

—¡Quiero hacer un brindis por Elena, la futura esposa de nuestro galán favorito, la reina de *Salval*, y la única persona que puede llevar tacones y salvar una empresa al mismo tiempo!

Todos aplaudieron, algunos incluso silbaron. Yo me llevé la mano a la cara, medio avergonzada, medio encantada.

—¡Y que no se os olvide! —añadió Mireia, saltando a su lado—. ¡Nosotras dos seremos las madrinas de boda más fabulosas del hemisferio norte!

—El hemisferio norte, ¿eh? —dijo Álvaro, divertido.

—¡Sí! —respondió Mireia—. Porque en el sur hace calor, y los rizos no me aguantan con humedad. Hay que pensar en la logística capilar, cariño.

—Mi vida, que vivimos en el sur… —comentó entre risas el pobre Álvaro.

—Pues por eso, chiquillo, por eso.

Todos estallamos en carcajadas.

Las siguientes horas pasaron como un suspiro. Bailamos con los camareros. Hicimos vídeos absurdos. Álvaro intentó enseñarle a Christian un paso de salsa que acabó con ambos tropezando contra una mesa. Valeria hizo un monólogo improvisado sobre el "karma romántico" y terminó recibiendo un beso inesperado de Mario, que claramente ya estaba más dentro del grupo que muchos empleados.

En un rincón de la pista, Mireia me cogió del brazo y me miró con esa expresión suya entre seria y cómplice.

—Oye… ¿Estás bien?

—¿Tú qué crees?

—Creo que estás feliz, pero también asustada. Te conozco, Elena. Tu cara de "me muero de amor, pero ¿esto es real?" no ha cambiado desde la universidad.

Reí, y mis ojos se humedecieron.

—Estoy feliz. Y sí, tengo miedo. Pero es diferente esta vez. Ya no es miedo a perder. Es miedo a no saber qué hacer con todo lo bueno que me pasa.

Mireia me abrazó fuerte.

—Entonces estás justo donde debes estar. Y, por cierto, si alguna vez te da un mini ataque de pánico *prebodil*, yo te secuestro y te llevo a la playa a gritarle a las olas.

—¿Y Valeria?

—Ella ya está haciendo una lista de *Spotify* para el coche. Todo controlado.

Nos reímos y, cuando me separé de ella, vi a Christian hablando con mi padre, ambos con las manos en los bolsillos, riendo como dos viejos amigos. Y sentí una oleada de gratitud tan intensa que me mareó un poco.

Más tarde, mientras nos servían el último brindis con cava rosado y una bandeja de dulces navideños, Christian me llevó de la mano hacia una de las

ventanas. Las luces de la ciudad brillaban como un mar lejano. El reflejo de nuestra gente en los cristales era una postal perfecta.

—¿Sabes qué estaba pensando? —me preguntó.

—¿Qué?

—Que después de todo lo que hemos vivido… este momento es una especie de milagro. Como si el universo hubiera dicho: "Vale, ya les hice pasar por todo. Ahora les toca ser felices".

—¿Y tú crees en el universo?

—Creo en ti —contestó mirándome fijamente, y me derretí por completo.

—Eres un cursi —dije.

—Y tú me vas a soportar así toda la vida. Has firmado con un anillo.

Le sonreí.

—Eso fue antes de saber que tu plato favorito de Navidad es el pastel de carne de tu madre con forma de reno.

—¡Oye! Es una tradición familiar.

—Es un crimen culinario —me burlé.

—Y tú eres la única con jurisdicción para perdonarlo.

Nos besamos. Otra vez. Sin testigos. Sin aplausos. Solo nosotros.
Y en ese instante, supe que el futuro ya no era un abismo. Ya no dolía. Ya no asustaba.

El futuro… Daba ganas de correr hacia él.

Porque estaba claro que ya no era la Elena que empezó el año con miedo, dudas y sombras. No, ahora era la Elena que sobrevivió, eligió y amó sin reservas.

Y si eso no era magia… No sé qué lo sería.

Capítulo 32

Habían pasado siete meses desde aquella mágica noche bajo las estrellas cuando Christian me pidió matrimonio. Ya estábamos en pleno verano, en julio, y nuestra boda era inminente. La emoción y los nervios se mezclaban en mi interior, pero había algo que me mantenía tranquila: el apoyo y el cariño de mis mejores amigas, Mireia y Valeria.

Desde primera hora, mientras el sol se abría en el cielo y los rayos comenzaban a filtrarse por las ventanas de mi casa, sentí que ese día sería especial. Me desperté con el corazón acelerado, una mezcla de ilusión, expectación y un ligero cosquilleo de "¿Y ahora qué?" que sabía que era inevitable.

En la cocina, el aroma del café recién hecho se combinaba con el olor de los bollos que mi madre había preparado la noche anterior. Me puse la bata blanca, con el pelo aún sin peinar, y bajé las escaleras con cautela para no despertar a nadie más.

Cuando entré en el salón, allí estaban mis chicas: Mireia, ya con su tripita de cinco meses que brillaba de felicidad, y Valeria, cargada con su cámara de móvil como si fuera parte del ritual previo a la boda. Ánimo, risas, tacto y complicidad se respiraban en el ambiente.

—Buenos días, señorita novia —dijo Valeria, señalándome con una cuchara de madera como si fuera un micrófono—. ¿Lista para el gran día, o quieres que te traiga otro bollito antes de entrar en pánico?

Reímos.

—Estoy lista —contesté—. Bueno… dentro del "estoy" hay unos nervios que podrían protagonizar una serie, pero estoy lista.

Mireia, acariciando su barriga, sonrió con ternura.

—¿Sabes? —dijo—. Me parece que pronto tendremos dos bodas seguidas. Va a ser un verano de celebraciones inolvidables.

Asentí, y mientras lo hacía, observé la luz que entraba por la ventana. Era tan clara, tan cálida… y me sentí afortunada.

Valeria soltó una risa extensa, tomó una foto espontánea de nosotras tres con la bata puesta y dijo:

—Lo sabéis: cuando Lucas nazca, empezará la segunda mitad de este verano épico. Chicas, esto va a ser legendario.

Me incorporé y me acerqué a ellas.

—Gracias por estar aquí —murmuré—. No sé qué haría sin vosotras.

Valeria arqueó la ceja de modo teatral.

—¿Que qué harías? Probablemente saldrías con el pelo hecho un nido de pájaros y un maquillaje horroroso. Menos mal que estoy yo aquí —dijo, provocando otra carcajada.

Y fue bonito. Fue un momento íntimo, antes de la tormenta, en el buen sentido, de risas y abrazos, de promesas silenciosas de "estoy contigo".

Cuando llegó la hora de prepararnos, el caos organizado que siempre precedía a una boda se desplegó con perfecta armonía.

Mi madre había traído los vestidos para las damas de honor, los accesorios, el maquillaje y un buen número de pañuelos "por si lloramos demasiado", había dicho. Mireia estaba radiante, con un vestido ligero que se adaptaba a

su barriga, y Valeria llevaba un vestido fucsia que la hacía destacar y brillar aún más.

Me senté en el sillón grande y dejé que la estilista, que no era otra que Valeria, trabajara, y mientras me miraba al espejo entendí una cosa: había llegado el momento de ser libre. De dejar de cargar con los miedos, las inseguridades y los "qué pasará". Aquí y ahora quería disfrutar.

Mientras mi madre ajustaba los tirantes del vestido, pensé en mi padre. Un hombre siempre firme, pero cariñoso; alguien que me había visto crecer, tropezar, levantarme y ahora dar este gran paso. Sentí sus ojos en la puerta, y sabía que, aunque no lo dijera, él estaba más emocionado de lo que sus gestos aparentaban.

—¿Lista, hija? —me preguntó con voz suave.

Asentí y él me sonrió. En ese instante, padre e hija compartimos un pequeño silencio, una mirada que lo decía todo, y él me abrazó.

—Te amo, hija. Y te deseo tanto… tanto, que seas feliz —me dijo.

Las palabras eran simples, pero el peso era enorme y precioso. Sentí un nudo en la garganta, y me repuse, con la boca entreabierta, tratando de que las lágrimas se quedaran donde debían.

—Gracias, papá —le susurré—. Gracias por darme alas y por recordarme que puedo volar.

Él asintió y me dio un beso en la frente. Y en ese gesto hubo tanto…

Habíamos hablado mucho en los últimos meses. De cómo me había enseñado a ser fuerte, a confiar en mí, a amar sin miedo. Y justo entonces entendí que este día también era un homenaje silencioso a todo lo que él había hecho por mí.

La ceremonia la celebrábamos en un hotel precioso a pie de playa, con la brisa marina acariciando nuestra piel y el sonido relajante de las olas de fondo. Habíamos elegido ese lugar porque representaba para nosotros la paz y la fuerza que siempre habíamos encontrado el uno en el otro.

Llegué al pasillo con mi vestido de encaje blanco y detalles de pedrería que captaban la luz del sol de manera mágica. La falda fluía casi como si flotara. El viento jugueteaba con el velo largo y transparente, y mientras caminaba, sentí que todo a mi alrededor se volvía difuso: solo existíamos él, yo, el mar y la promesa.

Vi a Christian al final del pasillo, con una sonrisa que iluminaba su rostro. Los ojos brillaban de emoción. Me entendía sin que dijéramos una palabra. Cuando nuestros dedos se entrelazaron, supe que el tiempo se había detenido y que, por fin, estaba entrando en algo grande, bonito y auténtico.

Y empezó la ceremonia.

—Queridos hermanos, estamos hoy aquí reunidos… —Pero no pude seguir escuchando, porque solo tenía ojos para Christian.

—Elena —comenzó él con voz emocionada cuando el cura le cedió la palabra—, desde que te vi de verdad, supe que eras la mujer con la que quería compartir mi vida. Hoy te entrego mi corazón, mi alma y todo lo que soy. Prometo amarte y protegerte todos los días, en cada paso que demos juntos.

Me costó contener las lágrimas. Sentí un calor en el pecho que me inundaba. Y cuando respondí, mi voz tembló:

—Christian, tú has sido mi fuerza cuando dudaba, mi refugio en la tormenta. Te entrego mi amor sincero y mi confianza eterna. A tu lado quiero construir un futuro lleno de sueños cumplidos y momentos compartidos.

Los anillos se deslizaron sobre nuestros dedos, símbolo de promesa y eternidad. El beso que selló ese instante se sintió hasta en los huesos. Y cuando abrí los ojos, todo el mundo nos miraba con alegría, lágrimas y aplausos.

Durante el camino de vuelta al salón de celebración, pensaba en mi padre y en Eugenio, el padre de Christian, que ya no estaba con nosotros físicamente. Recordé a Eugenio con cariño: sus abrazos cuando era una niña, su risa profunda, su mirada amable hacia mí la primera vez que él y yo cruzamos palabras. Y su ausencia trayendo a su madre María y a mí el reto de hacer de esta boda algo todavía más significativo.

Miré a Christian, que estaba cogiendo la mano de su madre, y supe que él llevaba en su corazón también el hueco de su padre. Esa vulnerabilidad compartida nos unió aún más.

La celebración tras la ceremonia fue un auténtico despliegue de alegría y buen humor. El salón del hotel, decorado con flores blancas y rosas, brillaba bajo luces cálidas. Las mesas relucían con centros de mesa que olían a jazmín y eucalipto. La música empezó a sonar y, tras unos brindis llenos de cariño, las risas se convirtieron en protagonistas absolutos de la noche.

Valeria, siempre la más espontánea, no paraba de bromear y de animar a todos a bailar. Cuando por fin lancé el ramo, sí, había decidido que lo lanzaría con todas las ganas; todos los ojos se posaron en él. Para mi sorpresa, le cayó a Valeria.

La miré con una sonrisa cómplice.

—Pues nada —dijo Mario mirándola con un brillo divertido en los ojos—. Parece que vamos a ser los próximos en prometernos y casarnos, preciosa.

Valeria arqueó una ceja con aire divertido.

—Eso parece… ¡A prepararse!

La broma provocó una oleada de risas entre todos los invitados, llenando el ambiente de una energía maravillosa. Yo me apoyé en la mesa y suspiré de felicidad. Miré a mi alrededor: amigos, familiares, mis padres, la madre de Christian, los compañeros de empresa… todos estaban allí celebrando algo que, de alguna forma, nos había transformado.

Mis padres estaban radiantes, con miradas llenas de orgullo y emoción. Mi madre incluso se había puesto a bailar con uno de los contables de la empresa, contagiando su entusiasmo. Y la madre de Christian, María, no podía ocultar sus lágrimas de felicidad. Cuando la vi al lado de mi padre, bailando, supe que esta noche era más grande de lo que habíamos imaginado.

Christian me cogió de la mano y me condujo a la pista de baile. La canción era lenta, dulce, tranquila. Mientras bailábamos, nos miramos a los ojos, y sentí que el mundo se reducía a ese instante perfecto.

—Te amo —me susurró al oído, con esa voz cargada de sinceridad y ternura.

—Yo también te amo —respondí con lágrimas que no pude contener—. Más de lo que jamás imaginé.

Y justo en ese momento, en ese giro suave de la música, le conté la noticia que llevaba guardando desde hacía semanas, con el corazón en un puño.

—Christian… estoy embarazada.

Él se detuvo un instante, me miró fijamente, y su sonrisa se iluminó aún más. Me abrazó como si fuéramos dos piezas que encajaban desde siempre.

—Ese es sin duda el mejor regalo de bodas que podrías darme —dijo, y su voz se cargó de una emoción que nunca antes había escuchado.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies, y luego todo volvió a su lugar: la música, las risas, los brindis, la emoción compartida. Sabía que juntos podríamos superar cualquier cosa.

Las siguientes horas fueron un torbellino. Mireia y Valeria no paraban de bromear y celebrar. En un momento, Valeria subió al escenario improvisado del DJ, pidió que pusieran una canción de los noventa y comenzó a cantar mientras todos la animaban. Mireia, entre carcajadas, le señaló a Álvaro:

—Ey, futuro papá, ¡este año aprovecha para ensayar tus pasos de bebé!

Él respondió haciéndole una reverencia y diciendo:

—Con gusto, *milady*.

Y la pista estalló nuevamente en risas.

En un rincón del salón, vi a mi padre hablando con mi madre y con la madre de Christian. Los tres tenían una copa en la mano, miradas de complicidad y una ternura compartida que me conmovió. Me acerqué a ellos, lo agarré por el brazo y dije:

—Papá, mamá, María… mirad esto. Esto somos nosotros ahora.

Él sonrió, me acarició la mejilla y miró a María.

—Gracias por acogerla como hija.

Ella lo abrazó.

—Solo estoy agradecida de que él la haya elegido —contestó—. Y de que él tenga a alguien que lo complemente como tú lo haces.

Las lágrimas brotaron, discretas, como un río silencioso. Allí estaba esa familia nueva, esa unión de historias, de ausencias, porque Eugenio no estaba con nosotros, y de presente.

Al cabo de un rato, me excusé de nuevo de la pista y me encaminé hacia la terraza del hotel. El aire nocturno traía consigo un ligero frescor y el murmullo del mar detrás del vidrio. Vi a mi padre de pie, él solo, mirando el horizonte. Me aproximé en silencio, me apoyé en la barandilla y dejé que el viento me despeinara suavemente.

—Papá —dije, casi susurrando—. Gracias por tanto.

Se giró y me sonrió, con los ojos brillantes.

—Gracias a ti, cariño —respondió—. Por elegirme para que estuviera contigo en este viaje.

Nos quedamos unos segundos así, mirándonos. Vi en su rostro la mezcla de orgullo, nostalgia y amor que siempre había tenido para mí, y de repente entendí lo que significaba dar un paso importante, llevar contigo a quien te dio la vida y avanzar sin dejarle atrás.

—¿Recuerdas cuando yo tenía siete años y me empeñé en convertir el jardín en pista de patinaje? —pregunté con una media sonrisa.

Él soltó una risa suave.

—Cómo olvidarlo. ¿Y cómo olvidarme de que yo iba detrás de ti con rodilleras, casco y un "¡No te caigas!" constante?

Reímos juntos.

—Y ahora… —dije—. Aquí estamos. Yo recién casada, embarazada y aún con ganas de patinar.

—Y yo listo para ir detrás de ti con rodilleras si hace falta —contestó con cariño.

Nos abrazamos durante un buen rato. Y entre sus brazos supe que él también estaba dejando ir a la niña que fui, y abrazando con firmeza a la mujer que era.

Sacó un pañuelo, secó discretamente sus ojos y me dijo:

—Hoy te veo hermosa. Y lo haré siempre. Pero hoy… hoy eres maravillosa.

Las lágrimas vinieron sin culpa y me apoyé en su pecho un instante.

—Te quiero muchísimo, papá.

—Y yo a ti —me respondió—. No importa dónde vayas, que siempre tendrás un hogar. Y siempre tendrás un padre que te espera.

Recordé entonces a Eugenio. Cómo me había tratado siempre: con cariño, con humor, con esa forma suya de aceptar y celebrar. Y sentí que, aunque ausente, él también estaba allí. En la madre de Christian, en las flores, en el mar, en la causa de esta boda. Sentí su presencia silenciosa, y me permití llorar un poco más, esta vez de gratitud.

Cuando regresé al salón, las luces eran más suaves, la música algo más pausada y el ritmo de la celebración había cambiado a algo más tranquilo. Me senté junto a mi padre, le cogí la mano y miré su cara iluminada por las lámparas cálidas.

Pensé en cómo había empezado el año anterior: con dudas y sombras, arrastrando heridas y responsabilidades que parecían demasiado grandes. Y ahora: estaba casada, esperando un hijo, amada, sostenida por amigos que eran hermanos, por un hombre que era compañero, por una familia que era reflejo de lo que siempre había soñado.

Sentí una alegría tan profunda que dolía de lo buena que era. Un futuro que ya no daba miedo. Daba ganas. Ganas de correr hacia él, de abrazarlo, de explorarlo.

Me recosté la cabeza sobre su hombro brevemente, y él me apretó la mano.

—¿Estás bien, princesa? —me preguntó.

—Estoy mejor que bien —contesté—. Estoy… feliz.

Y lo era. En ese momento entendí que la boda no era solo un fin, ni un inicio: era una transformación. Un salto. Un "sí" al amor, al riesgo, al próximo capítulo.

Porque sí: me había casado con el hombre que amaba, estaba esperando un hijo suyo, rodeada de las personas que me querían y abrazando sin miedo la vida que venía.

Y si me preguntaran qué quería ahora… Quería que cada mañana contara. Que cada risa, cada abrazo, cada error, cada triunfo… formasen parte de un camino compartido.

Quería que mi padre siguiera estando a mi lado, que mis amigas siguieran siendo mi hogar, que Christian me siguiera mirando con esos ojos como si yo fuera su universo.

Y quería que el bebé que venía supiera que era fruto del más puro amor.

—Papá —dije con voz suave—. Gracias por darme alas para poder volar.

Él me abrazó otra vez.

—Gracias a ti, por hacer que mi vida sea más rica, más hermosa.

Cerré los ojos. Sentí el murmullo del mar, la canción suave en la distancia, los ecos de las risas dentro del salón. Y supe que, pasase lo que pasase… ya estábamos bien.

Capítulo 33

Habían pasado siete meses desde nuestra boda y la espera había sido tan dulce como eterna. La barriga era ya un universo propio, redonda, tensa, llena de vida… y también de patadas a deshoras. Mi cuerpo estaba agotado, pero mi corazón rebosaba emoción.

Aquella mañana de sábado, el cielo tenía un azul tan limpio que parecía mentira que fuera febrero, y la luz que entraba por los ventanales de casa llenaba el salón de reflejos dorados. Christian y yo habíamos decidido desayunar tranquilos, sin pensar en nada más que en disfrutar del momento. Una rareza, si se consideraba que el reloj biológico que marcaba la llegada de nuestra hija parecía tener vida propia.

Estábamos a punto de empezar cuando, de repente, sentí una presión diferente, una especie de ola desde dentro que me hizo fruncir el ceño. No era como las contracciones falsas que ya había sentido otras veces. No. Esta era distinta. Más profunda. Más… decidida.

—¿Sabes qué? —dije, dejando el tenedor sobre el plato y colocando ambas manos sobre mi abdomen—. Creo que esta niña ha decidido que hoy quiere conocer el mundo.

Christian me miró con los ojos muy abiertos, y después con esa mezcla entre alarma y ternura que me derretía por dentro. Soltó la tostada que tenía en la mano y se incorporó con tal velocidad que casi tiró la silla.

—¿Estás segura? —preguntó, ya con medio cuerpo girado hacia la puerta —. Porque si estás segura, Elena… ¡Nos vamos!

—No sé si segura es la palabra… —dije, apretando los labios y sintiendo una nueva contracción—. Pero me acabo de acordar de todas las escenas de partos en películas. Y sí, Christian, creo que estamos oficialmente en modo "emergencia".

Él corrió a por el bolso del hospital que llevábamos semanas teniendo preparado, mientras yo caminaba lentamente hacia la entrada. Una parte de mí temblaba por los nervios, el miedo, lo desconocido, pero otra se sentía llena de poder. Iba a dar a luz a nuestra hija. Iba a conocer su carita, su olor, su voz…

Christian regresó en segundos, con las llaves en una mano, el bolso en la otra y la expresión de alguien que estaba a punto de correr una maratón sin haber entrenado.

—Vale, tengo todo. El bolso, tu cartera, tu documento, las listas, el plan de parto, la *playlist* de música relajante, el cargador del móvil, las… —Me miró y paró en seco—. ¿Qué me falta?

—Yo. Te falta yo, cariño —le dije, sonriendo mientras me apoyaba en él.

La carrera hacia el hospital fue una locura. Christian, empeñado en ir a una velocidad moderada para "no poner en peligro a nadie", se detenía en cada semáforo como si fuésemos de picnic. Y yo, entre contracción y contracción, le gritaba frases como:

—¡No soy de porcelana, Christian! ¡Pisa el acelerador o voy a parir en el asiento!

—¡Pero me dijiste que querías un parto sin estrés! ¡Sin estrés, Elena!

—¡Sí, sin estrés emocional! ¡No sin velocidad! ¡Quiero epidural, no incienso y meditación!

Los dos nos reíamos entre gritos, nervios y amor desbordado. Me apretaba la mano con fuerza, me susurraba palabras para calmarme, y yo, aunque

sentía que el mundo giraba demasiado deprisa, sabía que no había nadie más en quien quisiera confiar este momento.

Cuando llegamos al hospital, la enfermera de guardia nos reconoció enseguida.

—¡La pareja guapa del curso de preparación al parto! —exclamó con una sonrisa—. ¿Es hoy el gran día?

—Eso, o nuestra hija está ensayando para las olimpiadas —gruñí mientras me sentaba en la silla de ruedas.

Me ingresaron en una sala de partos decorada en tonos suaves, con música ambiental, que Christian rápidamente sustituyó por nuestra *playlist* favorita, y desde allí todo se volvió un torbellino de sensaciones.

Las contracciones se intensificaron y, a pesar del dolor, sentí una extraña paz. Christian me hablaba con esa voz baja y templada que siempre usaba cuando quería calmarme, y me acariciaba el cabello con ternura entre cada oleada.

—Lo estás haciendo increíble —me decía una y otra vez—. Estoy tan orgulloso de ti, Elena. Tan jodidamente enamorado de ti...

No podía recordar con claridad cuánto tiempo pasó, pero de pronto, tras un día entero con contracciones y en medio de la noche, llegó ella. Daniela.

El silencio de la habitación se rompió con su llanto poderoso, tan fuerte, tan lleno de vida, que las lágrimas comenzaron a brotarme incluso antes de verla. Me la colocaron sobre el pecho y sentí que el mundo entero se condensaba en ese instante.

—Es perfecta —susurré con voz ronca, acariciando su carita sonrosada—. Y es mía. Nuestra.

Christian no pudo contener el llanto. Le temblaban las manos mientras la tocaba, como si tuviera miedo de romperla. Luego me besó la frente, el cabello y los labios.

—Gracias. Gracias por este milagro —me dijo entre lágrimas.

—Por cierto —añadí, medio sonriendo—. Esto ha sido precioso, pero… no pienso volver a hacerlo.

Él rio y asintió.

—Anotado. Estoy dispuesto a vivir una vida de celibato si es necesario.

—No tanto, no tanto… —dije, cerrando los ojos con una sonrisa—. Solo… un descansito.

Los días siguientes al nacimiento de Daniela fueron una mezcla de ternura, agotamiento y caos adorable. Las mañanas se confundían con las noches, los biberones con las canciones de cuna, y el aroma a leche tibia lo impregnaba todo. Pero lo que más me sorprendió fue el milagro de la cotidianidad, cómo todo había cambiado para siempre, sin que pareciera que algo estuviera fuera de lugar.

Nuestra hija, tan pequeña, tan valiente, tan intensa, dormía en mi pecho mientras yo intentaba recordar qué día de la semana era.

Christian, por su parte, se transformó en una versión aún más increíble de sí mismo. A las dos horas de llegar a casa, ya tenía organizadas las visitas, los turnos de siestas y hasta un menú semanal que incluía sopas, proteínas y mi postre favorito para cada tarde: mousse de chocolate negro con almendras.

—No pienso dejar que te alimentes a base de cereales y café frío —me dijo una noche, mientras me ofrecía una bandeja con cena caliente y una vela encendida—. Daniela necesita una madre fuerte, y yo... necesito una Elena feliz.

Lo miré con los ojos húmedos. No por los cambios hormonales, aunque también era por eso, sino porque lo amaba con cada célula de mi ser. Y ahora que lo veía sostener a nuestra hija con esa mezcla de respeto y fascinación, lo amaba incluso más.

El tercer día en casa, llegaron mis padres y la madre de Christian. Las tres visitas aparecieron al mismo tiempo, como si lo hubieran planeado para no

perderse ni un segundo del espectáculo de la *abuelidad*.

Mi madre soltó un grito apenas cruzó la puerta y vio a Daniela en mis brazos.

—¡Ay, por favor! ¡Es una miniatura! ¡Una obra de arte!

—¿Se puede adoptar a una nieta? —añadió entre risas la madre de Christian—. Porque no pienso devolverla cuando la tenga en brazos.

Mi padre no decía nada al principio. Solo me miraba, con una expresión que era una mezcla de asombro, ternura y orgullo silencioso. Luego, se acercó, me besó la frente y susurró:

—Eres una madre maravillosa, Elena. Lo sé. Porque eres igual que tu madre. Eugenio estaría tan feliz de ver esto…

Me tragué el nudo en la garganta. Aquel recuerdo de Eugenio, el padre de Christian, nos tocaba a todos. Agarré la mano de mi padre y asentí.

—Lo siento con nosotros —le dije—. En cada gesto de Christian, está él. Y sé que Daniela también lo llevará en su sangre.

Christian, que estaba escuchando desde la cocina mientras preparaba café, apareció en la sala en silencio. Se agachó junto a su madre, cogió su mano y dijo:

—Papá adoraba la música. ¿Recuerdas cómo me hacía bailar con él en el salón los domingos?

—Y cómo te subía en sus zapatos para que no te cayeras —añadió María con una sonrisa nostálgica—. Ahora vas a poder hacer lo mismo con tu hija.

El ambiente se llenó de una emoción suave, profunda. Me di cuenta de que Daniela, sin saberlo, estaba uniendo generaciones. Como si el amor pasado, el presente y el futuro estuvieran ahora concentrados en ese cuerpecito dormido.

Pero como no todo podía ser solemnidad, la puerta se abrió de golpe a media tarde y entraron Mireia y Valeria como dos tornados en modo

celebración.

—¡Paren las rotativas! —gritó Valeria nada más cruzar el umbral—. ¡Venimos cargadas de regalos, azúcar y teorías no solicitadas sobre la maternidad!

—Y helado —añadió Mireia, señalando una bolsa.

Ambas se abalanzaron sobre mí y sobre Daniela, mientras Christian y yo intentábamos protegerla como si estuviésemos en un campo de batalla de mimos.

—¡Cuidado, que tiene cabeza de algodón! —exclamó Christian.

—¡Y nariz de fresa! —añadió Valeria, besándola en la punta con un chillido de ternura—. Ay, por favor… ¡Ya la amo más que a mi cactus del despacho!

—¿Tenías un cactus? —pregunté, divertida.

—Tuve. Lo maté sin querer. Pero esto es diferente. Esta niña sí me hace caso.

Mireia, por su parte, se acomodó lentamente en el sofá para verla mejor. Álvaro sonrió saludándome mientras cargaba con su pequeño al que habían llamado Lucas.

—Menos mal que se parece a la madre, da gracias por eso, hermano —le dijo Mario a Christian, y todos reímos.

—A mí me están dando ganas de tener un bebé, no digo más —soltó Valeria.

—¿Lo dices en serio, preciosa? —preguntó Mario.

—Pues sí, estas dos capullas me han despertado el instinto maternal que no sabía que tendría.

—En ese caso, vamos a hacer una cosa. Nos casamos a la de ya y empezamos con trámites de adopción. ¿Qué te parece?

Valeria miró a Mario y vi que le brillaban los ojos.

—¿Lo estás diciendo en serio? Porque, aunque es muy bonito, tengo que poner una queja porque es una petición de matrimonio de lo más simplona, hijo —volteó los ojos.

—Ya la haré mejor, pero dime, ¿qué opinas?

—¿Qué voy a opinar? Que ya era hora, por Dios, que desde que me cayó el jodido ramo de novia de Elena, no veas si has esperado —resopló, y volvimos a reír todos.

Christian me rodeó con el brazo y, al oído, me susurró:

—¿Recuerdas cuando pensábamos que no íbamos a encontrar el camino de vuelta?

—Y míranos ahora —respondí—. Nos hemos construido uno completamente nuevo.

Él me besó la mejilla y susurró:

—Y lo que nos queda.

Epílogo

Quince años después…

Que el tiempo pasaba sin que apenas nos diéramos cuenta era un hecho más que evidente.

Hacía ya casi dieciséis años que Christian y yo nos casamos en aquella tarde de julio junto al mar, más de una década en la que nos prometimos amarnos hasta el final y apoyarnos el uno al otro sin miedos ni reservas. Más de una década en la que cada día que pasaba podía confirmar que el amor que sentí por él cuando era apenas una cría no había desaparecido ni lo más mínimo.

Y habían pasado ya quince años desde aquel día en el que Christian y yo dimos la bienvenida a nuestra hija, rodeados de familia y amigos, con el corazón a punto de estallar de felicidad. Quince años en los que habíamos construido una vida llena de amor, risas y también desafíos, pero siempre juntos, como un equipo imbatible.

Nuestra hija Daniela había crecido y se había convertido en una joven maravillosa, con esa mezcla de mi carácter tenaz y la sensibilidad de Christian. Era la luz de nuestra casa, siempre llena de energía y sueños por cumplir.

Y a su lado estaba Izan, nuestro pequeño terremoto de diez años, que era la viva imagen de su padre: decidido, alegre y con una chispa que iluminaba

cualquier habitación. Verlos jugar juntos, pelearse y reconciliarse en cuestión de minutos me recordaba lo afortunada que era de tener esa familia.

Mireia y Álvaro, por su parte, tenían a Lucas ya con quince años, un joven responsable y cariñoso, igual que Daniela, y a Sofía, de ocho años, que era un calco de Mireia: con el mismo carácter fuerte y esa sonrisa que desarmaba a cualquiera.

Valeria y Mario se habían casado hacía catorce años, y su familia era una gran alegría constante. Habían adoptado a tres hermanos del orfanato, a los que nadie quería separar y que ahora formaban un hogar lleno de amor. Gabriel, el mayor, con veinte años, ya estudiaba empresariales siguiendo los pasos de Mario y Christian, decidido a contribuir en la empresa familiar.

Jimena, con catorce años, era una niña preciosa con la misma pasión por la moda y la belleza que Valeria, y Kike, un pequeño de diez años, era un torbellino constante, siempre soñando con ser policía y llenando la casa de energía y risas.

La madre de Christian y mis padres estaban encantados con todos los niños, disfrutando cada momento de abuelos felices y orgullosos.

Christian seguía trabajando en su empresa y en *Salval*, siempre con la misma pasión que el primer día. Y el amor que nos unía era más fuerte que nunca, más profundo y maduro, pero con esa chispa intacta que hacía que cada día juntos fuera especial.

A menudo pensaba en aquella niña de quince años que nunca habría imaginado que el chico al que veía como un ideal inalcanzable acabaría siendo el hombre de su vida, el padre de sus hijos y su compañero para siempre. Pero no cambiaría nada de todo lo que había vivido hasta llegar a este momento. Cada lágrima, cada miedo, cada alegría, cada paso nos había llevado a este lugar.

Una tarde, mientras estábamos sentados en el sofá de nuestro salón, con la luz del atardecer filtrándose por las cortinas, Christian me miró con esa sonrisa que me volvía loca.

—*Elena* —susurró, cogiendo mi mano entre las suyas—*, después de todo este tiempo, todavía siento mariposas cuando te veo.*

Yo sonreí, dejando que mi corazón se acelerara como la primera vez.

—*Y yo todavía me pongo nerviosa cuando me miras así* —confesé, acercándome a él.

Nos besamos despacio, sintiendo que cada año juntos no había hecho más que avivar esa llama. Y mientras nuestras manos se entrelazaban, pensé que, a pesar del paso del tiempo, Christian aún conseguía ponerme nerviosa y excitarme como el primer día.

Y sabía que le amaría hasta mi último aliento, porque el amor verdadero no se desgastaba, solo se fortalecía con los años.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor
Facebook: Aitor Ferrer
Amazon: relinks.me/AitorFerrer